

HARLEQUIN®

BIANCA®

Secreto de mujer

[illegible]

$3.50 U.S.

Secreto de mujer

Nueve años atrás, el atractivo hotelero Marcus Foreman había sido el jefe de Donna King y también su primer amante. Aquella aventura de una noche fue un desastre y, al día siguiente, él la despidió.

Ahora, Donna había vuelto a la ciudad, tenía su propio negocio y estaba más hermosas que nunca... y Marcus parecía decidido a demostrarle cómo debería haber sido esa primera noche. En esta ocasión, la experiencia en la cama fue fabulosa, ardiente y apasionada; sin embargo, al contrario de lo que Donna había esperado, no consiguió zanjar con ello aquel asunto pendiente... Porque el hombre que le había causado tanto dolor en el pasado era el padre del hijo que llevaba en el vientre...

Capítulo 1

EL ABOGADO era listo, sofisticado y atractivo, y tenía las manos más cuidadas que Donna había visto en su vida.

—Está bien, Donna, firma aquí, por favor —el abogado señaló una zona del papel con una uña casi perfecta—. ¿Lo ves?, justo ahí.

Donna contuvo las ganas de reír.

—¿Te refieres al sitio que tu secretaria ha señalado con una cruz?

—Ah, sí, perdona —dijo él rápidamente—. No era mi intención insultarte.

La tensión de los últimos días se disolvió.

—No te preocupes, no lo has hecho —Donna estampó su firma —. No sabes cuánto me alegro de que todo haya terminado.

La expresión de Tony Paxman no se hizo eco de las palabras de Donna.

—Voy a echarte de menos —Tony suspiró—. En fin, la cosa es que la propiedad ya es tuya y has conseguido la licencia para servir alcohol. ¡Felicidades, Donna! Te deseo todo el éxito del mundo.

—Gracias —respondió ella.

Donna recogió su chaqueta de seda color crema y dedicó a Tony Paxman una sonrisa de agradecimiento. El abogado, con sumo celo, se había encargado de los trámites burocráticos referentes a la compra de la propiedad. Y, sobre todo, lo había hecho con absoluta discreción. Donna le debía un favor.

—¿Te apetecería almorzar conmigo para celebrarlo?

Tony parpadeó. Su expresión de sorpresa sugirió que una invitación a almorzar, viniendo de Donna King, era lo último que habría esperado oír.

—¿Almorzar? —repitió Tony débilmente. Donna arqueó una ceja. ¡No estaba haciéndole proposiciones deshonestas!

—¿He quebrantado alguna ley al invitarte a almorzar conmigo?

Tony sacudió la cabeza rápidamente.

—No, no, en absoluto. Es más, con frecuencia almuerzo con mis clientes.

—Lo suponía —Donna se miró el reloj—. ¿Te parece bien a la una? ¿En el New Hampshire?

—¿El New Hampshire? —Tony Paxman sonrió con pesar—, ¿El restaurante de Marcus Foreman? Me encantaría, pero no creo que consigamos una mesa para hoy. Para comer en ese restaurante hay que hacer la reserva con mucha anticipación. No, imposible encontrar mesa para hoy.

—Lo sé —Donna sonrió—. Por eso mismo tomé la precaución de reservar una mesa la semana pasada. Tony frunció el ceño.

—¿Tan segura estabas de que lograríamos zanjarlo todo hoy?

—Bastante segura. Sabía que hoy era el día en que se me tenía que dar la licencia y no pensaba que se presentara ningún imprevisto.

—Eres una mujer con mucha confianza en sí misma, Donna —dijo Tony con voz suave—. Además de sumamente bonita.

Había llegado el momento de destruir sus falsas ilusiones. Era una pena que algunos hombres interpretaran simples gestos de amistad como una invitación a algo más profundo e íntimo.

—Por favor, Tony, no te engañes —le dijo ella con voz queda—. Se trata de un almuerzo amistoso; por mi parte, es una forma de demostrarte lo agradecida que estoy por todo lo que has trabajado. Eso es todo, nada más.

—Bien —Tony comenzó a ordenar papeles en su escritorio con repentina urgencia—. Bueno, entonces hasta la una en el New Hampshire, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —Donna agarró su bolso y se puso en pie, los tacones de sus zapatos marrones de ante la hacían parecer mucho más alta—. Hasta la una, Tony.

—Adiós —respondió él.

Fuera del despacho del abogado, Donna respiró el fresco aire de abril, casi sin poder creer que estaba de vuelta en aquella ciudad a la que tanto quería. Desde su llegada unas semanas atrás, había mantenido su regreso en secreto; pero ya no había necesidad de ocultarse. Había vuelto e iba a quedarse.

Hacía un día perfecto. Cielo azul. Sol. Los lustrosos pétalos blancos de una magnolia brillando como estrellas. Una iglesia con muros de piedra gris y una torre afilada como un lápiz. Perfecto. Y lo que lo coronaba todo era su adquisición.

La gente le había dicho que era una locura abrir una «casa de té» en una ciudad como Winchester, llena ya a rebosar de cafeterías y

restaurantes. Y no les faltaba razón. Pero la mayoría de los establecimientos pertenecían a grandes e impersonales cadenas. Solo uno se destacaba, y pertenecía a Marcus Foreman.

Donna se tragó la excitación, los nervios y otra cosa. Algo que hacía mucho que no sentía, algo que había creído imposible volver a sentir. Era una sensación olvidada hacía mucho tiempo. Pero ahí estaba, urgente e insistente, con solo pensar en que pronto volvería a ver a Marcus.

Excitación. Y no la clase de excitación previa a un viaje de vacaciones. Era una excitación que le producía picor en los pezones y temblor en las extremidades.

—¡Maldita sea! —dijo Donna en voz alta—. ¡Maldita sea, maldita sea!

Y después de subirse el cuello de la chaqueta para protegerse del frío aire de primavera, Donna emprendió el camino calle abajo para mirar escaparates hasta que llegara la hora de su cita para almorzar.

Pasó despacio por delante de las tiendas, mirando sin excesivo interés las caras prendas de las boutiques. Exquisita ropa hecha con tejidos naturales de seda, algodón y cachemira. Ropa que, cualquier día normal, se sentiría tentada a examinar cuidadosamente, y quizá a comprar.

Pero ese no era un día normal. Y no solo porque no ocurría todos los días que uno invirtiera sus ahorros en un negocio que algunas personas consideraban destinado a fracasar desde el principio:

No, ese día era diferente porque, además de caminar hacia delante, Donna iba a retroceder. Iba a volver al lugar donde conoció a Marcus y donde aprendió sobre el amor y el sentimiento de pérdida, y muchas más cosas.

Acababa de dar la una cuando Dona entró en el New Hampshire, esperando dar la impresión de tener una confianza en sí misma que, en ese momento, no sentía. Tras la pálida máscara de su cuidadosamente maquillado rostro, miró nerviosa a su alrededor.

El restaurante había cambiado completamente. Cuando ella trabajó allí, fue en una época en la que se llevaba una decoración más recargada, todo con volantes, encajes y flores.

Pero Marcus había cambiado con los tiempos. Las alfombras habían desaparecido para dar paso a encerados suelos de tarima y

sencillas cortinas cubrían las ventanas. El mobiliario que había era el mínimo posible y daba sensación de sencillez y confort, no de opulencia.

Donna recordó lo intimidada que se sintió la primera vez que cruzó aquellas puertas. Fue como entrar en otro mundo. Pero, claro, aquello ocurrió cuando acababa de cumplir dieciocho años, hacía nueve años y toda una vida.

Donna se acercó al mostrador de recepción en el que había un florero gigante con flores aromáticas. Los carnosos pétalos de los lirios estaban rodeados por un follaje verde espinoso. Era un arreglo floral extraordinario… pero Marcus siempre había tenido un gusto exquisito.

La recepcionista levantó el rostro.

—¿En qué puedo servirla, señora?

—Sí, hola… tengo reservada una mesa para almorzar —Donna sonrió.

—¿Su nombre, por favor?

—King. Donna King —la voz le pareció que sonaba desacostumbradamente alta, y medio esperó que Marcus saliera de un salto de las sombras—. Voy a reunirme con el señor Tony Paxman.

La recepcionista leyó la lista y marcó el nombre de Donna antes de volver a levantar la cabeza.

—Sí. El señor Paxman ya ha llegado y la está esperando —la recepcionista, con educación, lanzó a Don—na una mirada interrogante—. ¿Ha comido alguna vez en el New Hampshire?

Donna negó con la cabeza.

—No.

Había hecho camas y fregado los cuartos de baño de las habitaciones de arriba, y también había comido los deliciosos restos de comida que solía haber en la cocina. Y una vez, junto al resto del personal del hotel restaurante, había comido en el salón privado del piso de arriba cuando Marcus les invitó a todos para celebrar un extraordinariamente halagador artículo sobre el restaurante en un periódico.

Donna tragó saliva al recordar aquel incidente en concreto. Pero, hablando estrictamente, no podía decir que hubiera comido en el restaurante.

—No, no he comido aquí nunca.

—En ese caso, llamaré a alguien para que la lleve a su mesa.

Donna, decidida a no dejarse intimidar y repitiéndose a sí misma que había trabajado y comido en lugares así por todo el mundo, siguió a uno de los camareros.

Sin embargo, el corazón le latía con fuerza ante la idea de la posibilidad de verlo, y se preguntó por qué.

Ya que había superado lo de Marcus.

Hacía años.

El restaurante estaba ya casi lleno, y Tony Paxman se puso en pie al verla aproximarse.

—Empezaba a pensar que ibas a dejarme plantado.

—¡Oh, hombre de poca fe! —bromeó Donna, sonriendo al camarero que, educadamente, esperaba—. Por favor, tráiganos champán de la casa.

—Por supuesto, señora.

Tony Paxman esperó a la segunda copa de champán para comentar sombríamente:

—Esperemos que dentro de seis meses sigas teniendo motivos de celebración.

—¿Qué quieres decir?

Tony se encogió de hombros.

—Solo que a Marcus Foreman no va a hacerle mucha gracia la competencia de un nuevo establecimiento en la ciudad.

—¿En serio? —Donna se metió una oliva verde en la boca y la masticó pensativamente—. Todo el mundo lo conoce, su reputación en la hostelería es extraordinaria. Y supongo que es lo suficientemente hombre para aguantar un poco de competencia, ¿no?

—Supongo que es lo suficientemente hombre para la mayoría de las cosas —observó Tony con cinismo—, pero quizá no le apetezca tener competencia en la misma calle.

Donna dejó el hueso de la aceituna en el platillo que tenía delante.

—Vamos, no soy una seria rival, ¿no? Además, su hotel solo sirve el té de la tarde a sus residentes.

—Cierto. ¿Pero y si los residentes del hotel empiezan a ir a tu establecimiento a tomar el té? Donna se encogió de hombros.

—Es un país libre —Donna sonrió al tiempo que alzaba su copa para brindar—. ¡Que gane el mejor!

—Que gane el mejor —repitió Tony.

Donna examinó la carta, el menú era excelente.

—Vamos a elegir la comida, ¿te parece? Estoy muerta de hambre.

—Me parece perfecto. Después, habíame de tu vida —Tony frunció el ceño—. ¿Sabes una cosa? Tienes un color de pelo increíble, rojo dorado. Apuesto a que te vestías de princesa cuando eras pequeña.

—No, me vestía con andrajos —bromeó Donna; aunque, realmente, no era una broma.

Había pasado una infancia itinerante con su cariñosa, pero alocada, madre. De ella había aprendido el arte de la exageración y la evasión, y después que ambas cosas eran diferentes formas de mentir. Y las mentiras se hacían más y más grandes, hasta que acababan tragándose a uno.

Donna sonrió a Tony Paxman.

—Hablemos mejor de ti. Y luego cuéntame todo lo que sepas de Winchester.

Tony empezó a hablar, y Donna se esforzó realmente por disfrutar de la comida y de la compañía de Tony. A Tony se le daba bien conversar de todo y de nada en particular.

Pero Donna estaba demasiado distraída como para concentrarse en la charla. O en la comida. Extraño. No había creído posible que Marcus aún tuviera el poder de hacerla perder el apetito.

Siempre contrataba a los mejores cocineros; incluso al principio, cuando no podía permitirse el lujo de pagarles buenos salarios. Y la cocina de aquel restaurante no había bajado de calidad. Nada en absoluto. Donna contempló la perfecta pirámide de mousse de chocolate en medio de una salsa de plátano.

Quizá se hubiera vuelto loca al pensar que, de alguna forma, podía competir con ese hombre.

—Donna —dijo Tony de repente. Donna apartó su plato hacia un lado y levantó la mirada.

—¿Mmmmm?

—¿Por qué me has invitado a almorzar? —Tony bebió vino y se llenó de nuevo la copa; después, respondió a su propia pregunta sin

darse cuenta de lo que hacía—. Desde luego, no ha sido porque quisieras profundizar nuestra relación.

Ella, confusa, se lo quedó mirando.

—Eso ya te lo he dicho en la oficina.

—Sí, supongo que sí —Tony se encogió de hombros—. Puede que tuviera la esperanza de que quizá cambiaras de idea.

—Lo siento —dijo ella con voz suave, y se recostó en el respaldo del asiento para mirarlo fijamente—. La comida ha sido una forma de darte las gracias.

—¿Por?

—Por arreglarlo todo sin complicaciones y por haberlo mantenido en secreto.

—Ah, sí —Tony volvió a llevarse la copa a los labios, mirándola—. Quería preguntarte... ¿por qué el secreto? ¿Por qué no querías que nadie se enterase?

—Ya no es ningún secreto —Donna sonrió—. Puedes decírselo a quien te plazca.

Tony se inclinó sobre la mesa.

—Me dijiste que no habías comido nunca aquí.

—Y es verdad.

—Pero no es la primera vez que vienes aquí, ¿verdad?

Donna empequeñeció los ojos. No había supuesto que Tony pudiera ser tan perceptivo.

—¿Por qué dices eso?

—Por tu actitud. Me paso la vida observando a la gente, es mi trabajo. Soy un experto.

No tan experto, pensó Donna, al no notar que había estado enviándole señales de no acercarse a ella. Sin embargo, no tenía sentido acabar con malentendidos. Ella debía saberlo bien.

—Trabajé aquí —dijo Donna—. Trabajé aquí hace años, cuando era joven.

—No se puede decir que seas una anciana.

—Tengo veintisiete años.

—¿Y llena de experiencia? —bromeó Tony.

—No, no lo creo —dijo una sedosa voz a espaldas de Donna, justo detrás de su hombro derecho—. No, si nos atenemos al pasado. ¿No estás de acuerdo, Donna?

Ella no se volvió. No necesitaba hacerlo. Habría reconocido

aquella voz en cualquier lugar del mundo. Echó la cabeza hacia atrás un milímetro y casi sintió la presencia de él, a pesar de no poder verlo.

—Hola, Marcus —dijo ella con cuidado, preguntándose cómo le sonaría su voz a él.

¿Una voz más madura y reflexiva? ¿O aún llena de juvenil adoración?

Marcus entró en su zona de visión, aunque solo Dios sabía cuánto tiempo llevaba oyendo su conversación. Pero, al principio, Marcus no miró a Donna, sino a Tony Paxman; por lo tanto, Donna pudo observar a Marcus sin que él lo notara.

Y el corazón pareció querer salírsele del pecho.

Donna había sabido que se lo encontraría; y, mentalmente, había ensayado aquel momento. Cierto atisbo de maldad le había hecho preguntarse si Marcus estaría calvo, si el dinero y el éxito le habrían hecho relajarse y tener barriga, o si habría empezado a llevar ropa horrorosa.

Pero no, claro que no le había ocurrido nada de eso.

Marcus Foreman seguía siendo la clase de hombre por el que la mayoría de las mujeres abandonaría su hogar.

—Hola, Tony —dijo Marcus. El abogado inclinó la cabeza.

—Hola, Marcus.

—¿Os conocíais? —preguntó Donna a Tony con sorpresa.

—Todo el mundo conoce a Marcus —respondió Tony con un encogimiento de hombros.

Pero Donna notó un sutil cambio en su compañero de mesa. De repente, Tony Paxman ya no le parecía el astuto y atractivo abogado de antes. Ahora, parecía un hombre normal y corriente. Un hombre que acababa de reconocer al jefe de la manada.

Por fin, Marcus la miró y Donna se dio cuenta de que esa era su oportunidad de reaccionar como había jurado que haría si volvía a verlo: con frialdad, clama e indiferencia.

Su educada sonrisa no vaciló, pero Donna se preguntó si podía notarse, desde fuera, la forma en que le martilleaba el corazón y el modo en que le sudaban las manos.

—¿Qué tal, Donna? —dijo Marcus despacio.

Y Donna vio, con vergonzosa fascinación, esos ojos azul frío de oscuras pestañas, ojos tan puros y claros como las aguas de una

piscina a primeras horas de la mañana.

—¿Qué tal, Marcus?

Bien, de acuerdo que Marcus no estaba calvo ni gordo ni feo, pero había cambiado. Había cambiado mucho. ¿No cambiaba todo el mundo?

—¿Lo vas a decir tú o prefieres que lo diga yo? —la voz de Marcus estaba impregnada de burla... y algo más. Algo que Donna no pudo interpretar, pero que la hizo sentirse consciente de ponerse en guardia.

—¿Decir qué?

—¡Cuánto tiempo! —contestó él perezosamente—. ¿No es lo que suele decirse cuando dos personas se ven después de tanto tiempo?

—Sí, supongo que sí —respondió ella lentamente, pensando que habían pasado nueve años desde la última vez que lo había visto—. Podrías haber dicho: «¡Hola, Donna, qué alegría verte de nuevo!». Pero eso habría sido una gran mentira, ¿verdad, Marcus?

—Tú lo has dicho —Marcus sonrió—. Y tú eres la experta en mentiras, ¿no, Donna?

Se mantuvieron la mirada y Donna se sorprendió a sí misma observando los detalles del rostro de Marcus; un rostro adorado en el pasado... pero ahora solo un rostro entre tantos, se dijo Donna a sí misma.

Donna lo conoció al principio de la vertiginosa carrera profesional de Marcus, antes de que el éxito le resultara tan normal como respirar. Antes de que Marcus se fabricara su propia imagen, en vez de proyectar la que había heredado.

Se había deshecho del aspecto educado y académico que había heredado, al igual que del traje de chaqueta y la corbata, de los zapatos de cuero italianos y las camisas confeccionadas en Jermyn Street. Ahora, Marcus llevaba pantalones claros y una camisa; pero, naturalmente, una camisa de seda y, por supuesto, los dos botones de arriba desabrochados. Estaba muy atractivo.

También llevaba el pelo un poco más largo. Antes, el corto cabello definía bien la orgullosa forma de su cabeza; ahora, finos mechones le acariciaban las cejas y los prominentes pómulos, y le cubrían la nuca, tocándole el cuello de la camisa. Tenía aire de haber salido de la cama de una hermosa chica después de hacer el amor salvajemente al mediodía.

Y quizá así hubiera sido.

Desesperadamente, Donna buscó algo que decir mientras encontraba un estúpido alivio en mirarle los zapatos.

—Es evidente que no estás trabajando.

Los ojos de él no habían cambiado, y ahora disimulaban una leve sorpresa, como si la reacción de ella no hubiera sido la esperada. Marcus se miró los zapatos náuticos que le cubrían los pies desnudos.

—¿Qué tienen de malo? —quiso saber Marcus.

—Supongo que nada, solo que no es un calzado convencional, ¿no te parece? —observó ella burlonamente—. Más apropiados para navegar que para llevar un negocio.

—Pero yo no llevo un negocio convencional —dijo él con impaciencia—. Y ya no siento la necesidad de esconderme detrás de un traje y una corbata.

—¡Dios mío! ¡Te has vuelto un rebelde, Marcus! —comentó Donna, notando las chispas que oscurecieron aquellos ojos, transformándolos de aguamarinas en zafiros.

Se oyó una pequeña tos, y Donna y Marcus volvieron las cabezas y sorprendieron a Tony Paxman observándolos. Donna, con arrepentimiento, se mordió los labios.

Se había olvidado de su compañero de mesa. ¡Qué maleducada! Que Marcus hubiera aparecido no significaba que el mundo hubiera dejado de girar sobre su eje.

Aunque lo hubiera parecido…

—¿Te parece que pidamos café, Tony? —preguntó ella rápidamente.

Pero Tony Paxman ya había sufrido demasiado rechazo por un día. Sacudió la cabeza y se puso en pie.

—Vaya, no me había dado cuenta de que fuera tan tarde. Bueno, debo marcharme ya, tengo una cita con un cliente a las tres —le ofreció la mano a Donna—. Muchas gracias por el almuerzo, Donna.

De repente, Donna se sintió mal. No había sido su intención que ocurriera aquello, que Marcus le estropeara el día. Lo que la dejó preguntándose qué había esperado realmente. Había sido consciente de la posibilidad de verlo. ¿Acaso había esperado que él pasara por delante de su mesa sin reconocerla? ¿O que simplemente hubieran intercambiado un rápido saludo?

—¡Gracias por todo lo que has hecho por mí, Tony! Quizá almorcemos otro día.

—Sí, bien. Adiós, Marcus —Marcus estrechó la mano que Tony le ofreció—. Una comida excelente… como siempre.

—Muchas gracias —murmuró Marcus.

Los dos se quedaron en silencio mientras Tony Paxman se abría camino entre las mesas. Entonces, de repente, Donna casi se sintió mareada cuando Marcus centró su atención en ella. Era como si se hubiera lanzado a las profundas aguas de sus ojos sin saber nadar.

—Felicidades, Donna. Ese es uno de los jóvenes abogados con más dinero y más inteligentes de la ciudad.

—Su cuenta bancaria y su cara bonita no me interesan, lo elegí porque es el mejor. Marcus arqueó una ceja.

—¿En qué?

—¡No en lo que estás pensando! Me lo recomendaron —respondió Donna con un suspiro.

Pero incluso mientras pronunciaba esas palabras se dio cuenta de que no tenía que justificarse ante Marcus. Ya no. Él ya no era su jefe. Era solo un hombre que le había regalado una desastrosa introducción al mundo del amor y el sexo.

Y luego la había dejado plantada.

—¿Y la persona que te lo recomendó también te dijo que hace muy poco acaba de pasar por un proceso de divorcio muy, muy desagradable? ¿Que ahora está libre… pero solo si no te importa que la mitad de su salario se lo lleven su esposa y sus dos hijos? Sé que los problemas económicos pueden ahuyentar a muchas mujeres.

Y entonces, Marcus lanzó una breve e inesperada sonrisa que la deslumbró.

—Cielos, he podido dar la impresión de estar celoso —murmuró él.

—Sí, así es —dijo ella con dulzura—. Pero no hay necesidad, Marcus. Mi relación con Tony es exclusivamente de trabajo.

—Me importan un bledo tus relaciones, sean con quien sean —Marcus miró insolentemente los dedos de Donna, carentes de anillos—. Supongo que todavía estás a la espera, ¿no?

Donna se lo quedó mirando fijamente.

—Todavía estoy soltera, si es eso a lo que te has referido. ¿Y tú?

—Sí —dijo él con voz queda—. Todavía soltero. Marcus

empequeñeció los ojos.

—Bueno, Donna, ¿qué estás haciendo aquí otra vez? ¿Tienes pensado pasar una temporada en la ciudad?

¿Estaba dispuesta a dejarse interrogar por él? ¿A exponerse a sus críticas?

—Me encantaría contártelo, Marcus —Donna sonrió como si acabara de darse cuenta de que tenía un millón de cosas que hacer —. Pero, lo siento, no tengo tiempo en este momento.

Marcus notó que no era verdad. Cosa que no le sorprendió. ¿No le había mentido antes? Pero, entonces, él era demasiado joven y estaba demasiado cegado por la lujuria para notarlo.

—Apuesto a que no es nada urgente —comentó él suavemente —. Nada que no pueda esperar.

—Tengo una cita urgente...

—No, no tienes ninguna cita —la voz de Marcus se hizo más espesa al recordar la oportunidad perdida de la única noche que pasó con ella—. Tienes el aire de una mujer que se ha tomado el día libre.

Marcus sacó de la mesa una silla, la opuesta a la que ocupaba Donna.

—¿Qué te parece si te tomas conmigo ese café que tu abogado no ha podido tomarse? —sugirió Marcus—. Así podrás decirme qué has venido a hacer aquí.

Capítulo 2

DONNA tenía un dilema. Por una parte, quería quedarse... porque, con Marcus allí, era como si el sol hubiera salido solo para ella. Pero, por otra parte, quería salir del restaurante lo más rápidamente posible.

Sin embargo, eso último, ¿no convencería a Marcus de que seguía siendo emocionalmente una adolescente en su comportamiento con él?

Se alisó la falda del vestido de seda color crema y se acomodó en el asiento.

—Está bien, me quedaré a tomar un café —respondió ella.

Marcus lanzó un suave suspiro triunfal. Así que Donna había decidido quedarse, ¿no? El pulso comenzó a latirle con fuerza. Una sonrisa le curvó los labios casi con crueldad mientras se sentaba en la silla opuesta a la de ella.

Con un movimiento casi imperceptible con la cabeza, llamó la atención de una camarera. Y ahora que lo del café estaba solucionado, se encontró en la línea de fuego de unos ojos tan verdes como la hierba recién cortada. Ojos oscurecidos por el rímel, muy lejos de mostrar aquellas pálidas pestañas sobre las que solía bromear.

—Has cambiado mucho, Donna —observó él.

Ella lo miró con incredulidad.

—Por supuesto que he cambiado. Para empezar, tengo nueve años más. La gente cambia con el tiempo; sobre todo, las mujeres —sin embargo, durante unos segundos, se había sentido aquella poco sofisticada adolescente que él obviamente recordaba—. Pero no creo que haya cambiado tanto, ya que me has reconocido inmediatamente.

—Sí.

Y solo con una breve mirada alrededor del restaurante. Marcus se había sorprendido a sí mismo. Quizá hubiera sido ese inolvidable cabello de fuego. O las curvas del cuerpo de Donna. O el collar de cuentas de ámbar alrededor de su cuello. Tragó saliva al recordar la otra vez que la había visto con ese collar.

—Quizá sea porque te tengo gravada en mi mente—murmuró él.

—Si,suelo producir ese efecto en la gente—comento ella en tono burlon.

Ydescubrio que su sotisficacion sorprendio a Marcus.

Quiza Marcus no lo supiera,pero en gran parte,el era el responsable de que de camarera se hubiera convertido en una mujer de negocios.¿Cuantas veces habia pensado en dejarlo atonito si volvian a verse?Bien,ahora lo tenia en frente.¿Le resultaba tan indiferente como aparentaba?

—Dime,Marcus,¿en que he cambiado tanto?—pregunto Donna con voz dulce.

Marcus se recostó en el respaldo de la silla y aprovechó la oportunidad para examinarla, lo que le produjo más placer del que le habría gustado. Donna King se había convertido en una mujer muy atractiva... a pesar de su aspecto poco convencional y de su menos convencional procedencia.

Llevaba tratando demasiado tiempo a gente de las altas esferas como para no darse cuenta de que la aparente sencillez del vestido de seda de Donna debía costar más de lo que mucha gente ganaba en un mes, al igual que esos zapatos de tacón alto que le había visto antes de sentarse. Sí, esos zapatos eran caros. Y estaba seguro de que el bolso de Donna hacía juego con los zapatos. Miró al suelo, al lugar donde la mayoría de las mujeres dejaban sus bolsos, al lado de sus pies. ¡Sí, hacía juego!

Donna, expectante, lo miraba, y Marcus recordó la pregunta.

¿En qué había cambiado?

—Antes tenías un aspecto barato —declaró él con sinceridad; al parecer, sin notar la expresión gélida de ella—. Ahora tu aspecto es caro. Una mujer de gustos caros. ¿Quién paga las cuentas, Donna? ¿Quién es el afortunado?

Donna echó chispas por los ojos.

—¡Dios mío, que atrasado estás! —le espetó ella—. En los tiempos que corren, las mujeres no necesitan que un hombre les pague los lujos. Todo lo que llevo lo he pagado yo con mi dinero.

Marcus tragó saliva. En ese caso, era dinero bien empleado.

Alguien había hilado una cinta de satén de color crema a través de las rojizas hebras del cabello de Donna, otorgándole un aspecto seductor de adolescente sofisticación. Y sus pechos estaban parcialmente ocultos por el buen corte de la chaqueta, de tal

manera que solo podía ver su erótica curva cuando ella se movía hacia delante. ¡Era enloquecedor! Marcus

sintió un desagradable y repentino deseo, e hizo un esfuerzo por contenerlo.

—Y vas maquillada —observó él en tono casi acusador—. Antes no te maquillabas nunca. Donna se echó a reír.

—¡Naturalmente que no! Cuando una se levanta a las seis de la mañana para hacer camas, jamás se le pasa por la cabeza pintarse. Créeme, la vida de una camarera no es nada sofisticada.

—A menos que se tenga suerte con el jefe. Donna lo miró fijamente.

—Pero ese no fue mi caso, ¿verdad, Marcus? De hecho, lo mejor que pudo pasarme fue marcharme de aquí sin volver la vista atrás ni una sola vez.

—Sin embargo, aquí estás hoy. ¿Por qué?

—He venido de celebración.

—Qué interesante —murmuró Marcus—. ¿Quieres que lo adivine o vas a decírmelo?

Donna había abierto la boca para contestar, pero, en ese momento, una mujer muy hermosa, con un vestido negro ceñido y una bandeja en las manos, se acercó a la mesa.

Donna se quedó mirando el brillante pelo negro con una raya perfecta en el centro mientras la mujer dejaba Jas tazas y la cafetera con el azucarero y la lechera en la mesa. Después, la oyó preguntar con acento francés:

—¿Algo más, Marcus?

Y Donna también notó la mirada de disimulada lujuria que sus negros ojos lanzaron a su jefe.

—No, gracias —Marcus sacudió la cabeza, distraído momentáneamente mientras observaba a la chica retirarse.

—Parece muy eficiente —comentó Donna.

—Sí, lo es.

—Y muy guapa.

¿Por qué había dicho eso?

Marcus levantó las cejas.

—Mucho.

—Pero no es camarera, a juzgar por el vestido —insistió ella.

Marcus sonrió.

—¿Tanto interés tienes en hablar de mis empleados, Donna?

—Claro que no.

Marcus sirvió el café y, automáticamente, le ofreció a Donna el azucarero. Y ella sintió una repentina nostalgia al darse cuenta de que Marcus se había acordado de lo mucho que le gustaba el dulce.

—No, gracias. Ya no me echo azúcar en el té ni en el café.

—¿Ni siquiera cuando estás celebrando algo tan misteriosamente?

—No se trata de ningún misterio —Donna bebió un sorbo de café y sonrió—, ese era el motivo del almuerzo con Paxman. Acabo de cerrar un trato.

—¿Qué clase de trato?

Donna notó condescendencia en la voz de Marcus, y su determinación a no mostrarse triunfal flaqueó momentáneamente.

—Se trata de un negocio que acabo de ultimar —Donna apoyó la espalda en el respaldo de la silla y esperó a oír lo que Marcus tuviera que decir.

Él frunció el ceño, parecía tan sorprendido como si ella acabara de anunciarle que iba a presentarse para las elecciones a alcalde.

—¿Quieres decir que vas a trabajar para alguien?

—¡Vaya una conclusión tan poco imaginativa! No, voy a trabajar para mí misma —Donna se permitió sonreír—. Esta vez, la jefa soy yo.

—¿Haciendo qué?

Donna saboreó el momento como si fuera un baño caliente al final de una larga jornada.

—Voy a abrir un establecimiento —respondió ella serenamente.

—¿Dónde?

—Aquí, en Winchester.

El interés de Marcus se despertó, al igual que su imaginación. No era posible que se tratara de una coincidencia. ¿El mismo tipo de negocio, la hostelería, y en la misma ciudad?

¿Por qué?

¿Acaso Donna buscaba vengarse por lo que había ocurrido hacía tantos años? ¿O su decisión de volver se debía a un impulso más básico? ¿Le había dejado aquella noche un recuerdo indeleble en la memoria, al igual que le había ocurrido a él?

¿Quería Donna...? Marcus sintió una dulce y lenta pulsación

sexual... ¿Quería ella repetir la escena, aunque con una conclusión más satisfactoria?

—Vaya, has estirado mucho el salario de camarera para poder montar un negocio con ese dinero, Donna.

—¿Tengo aspecto de camarera?

A Marcus le dolía la entrepierna. No. En ese momento, Donna tenía un aspecto increíble. Hermosa, orgullosa, con estilo...

—¿Lo tengo? —insistió ella.

—No. Pero eso eras la última vez que te vi, una camarera —Marcus empequeñeció los ojos—. Me pregunto qué has hecho durante estos años para poder permitirte comprar un establecimiento.

—¿Qué te parece que he estado haciendo? ¡No, no te molestes en contestar! ¡Resulta que he trabajado mucho desde que me pusiste de patitas en la calle!

—Por favor, Donna, no te pongas melodramática —Marcus suspiró—. Te ofrecí un muy generoso despido y un trabajo en Londres. Fuiste tú quien decidió no aceptar.

—¡No quería nada de ti! —dijo ella amargamente. Marcus se encogió de hombros.

—Eso era cosa tuya. Pero me niego a representar el papel de desalmado solo porque tú lo prefieras así. Donna lo miró furiosa.

—Me las arreglé yo sola perfectamente, gracias. Fui a Nueva Zelanda y trabajé de cocinera en una granja. ¡He trabajado en un bar en Manhattan y en un crucero! Conozco el negocio de la hostelería a la perfección. He trabajado mucho y he ahorrado mucho...

—Y has apostado fuerte, ¿no? —la interrumpió él.

—Eso es algo que no sabrás nunca.

—Bueno, te aseguro que es algo que no me va a quitar el sueño —comentó él cínicamente mientras revolvía el azúcar que acababa de echarse en el café—. Es una profesión muy precaria, veo constantemente establecimientos que se vienen abajo.

—Gracias por esas palabras de ánimo.

—Es un hecho, nada más —inesperadamente, Marcus le dedicó una perezosa sonrisa—. ¿No quieres contármelo todo, Donna? ¿Tienes miedo del... espionaje industrial?

—¡No, el único miedo que tengo es a perder los estribos!

Marcus rio, y la sonrisa de él hizo que a Donna le hirviera la sangre.

—Vamos, no te preocupes por eso —murmuró Marcus.

Ignorando la indirecta, Donna hizo una pausa antes de anunciar:

—He comprado el Buttress Guest House.

Marcus empequeñeció los ojos. Ya. No solo en la misma ciudad, sino en la misma calle. ¿Vecinos al igual que rivales? Contuvo una sonrisa. No. Nadie, en su sano juicio, soñaría con comparar una vieja y desvencijada casa con su hotel de cinco estrellas.

—¿Vas a montar una pensión?

—No es eso lo que te he dicho. He comprado la propiedad y la he transformado.

Claro que lo había hecho, pensó Marcus. De repente, todo empezó a encajar.

La Buttress Guest House, una antigua pensión, se había ido a la bancarrota hacía un par de años y nadie había querido tener nada que ver con la propiedad. Era un edificio pequeño, viejo, con habitaciones destartaladas y, lo más importante, no tenía lugar para aparcar.

Pero Marcus había visto últimamente, durante el día, la furgoneta de una empresa de fontanería aparcada delante de la casa. También había visto entrar y salir a pintores y albañiles. Había oído ruido de martillos y taladradoras al pasar. Y también había visto meter en la vieja casa interesante mobiliario.

Marcus, al igual que la mayoría de la gente, había supuesto que la casa estaba siendo reformada y reconvertida en una residencia familiar. Pero ahora veía su error.

—Está bien, la estás transformando en... ¿qué exactamente?

—Una casa de té.

—¿Una casa de té?

—¡Eso es lo que he dicho!

Marcus casi se echó a reír, pero el orgullo que habría notado en la voz de Donna se lo impidió.

—Qué encantador —murmuró él.

—Lo tomaré como un cumplido.

—No lo he dicho como un cumplido.

Marcus frunció el ceño. En vez de estar enfadado, sintió una súbita y enloquecedora necesidad de protegerla, igual que años

atrás.

—¿Te lo has pensado bien, Donna? ¿Te ha aconsejado algún profesional? Hablo en serio.

—¡Si supieras lo insultante que es lo que acabas de decir! O quizá si lo sepas. ¡Naturalmente que me he hecho aconsejar! Y también he hecho un cursillo de contabilidad por las noches —Donna empequeñeció los ojos—. ¿Por qué?

—¡Porque no hay sitio donde aparcar, por eso! —estalló él—. ¿No se te ha ocurrido preguntar por qué ese sitio llevaba tanto tiempo sin que nadie lo comprara? ¿O creías que era una ganga que, de repente, se te ha presentado a ti?

—Para tu información, no necesito lugar para aparcar.

—¿No? ¿En serio?

—¡En serio! Resulta que la propiedad está en la ruta de, al menos, dos senderos turísticos de Winchester. Los de la oficina de turismo me conocen y me van a ayudar, y espero que luego unos se lo cuenten a otros y ya está. ¡La gente que venga a mi establecimiento será gente que venga a pie y es la clase de clientes que quiero! Lo que quiero es gente interesada en la historia del lugar, gente a la que no le moleste dar un paseo andando para entrar en un sitio a tomar un té y un trozo de tarta, en vez de contaminarlo todo con la maldita gasolina.

Se hizo un silencio.

—¡Estás loca! —dijo él por fin—. ¡Y también eres| muy impetuosa!

—¿Qué te pasa? —Donna le lanzó una fría mirada—. ¿Acaso crees que ser dueña de un negocio propio es algo demasiado bueno para alguien de mi extracto social?

—La forma en que tu madre se ganaba la vida no era asunto mío —respondió Marcus fríamente—, pero sí el hecho de que me mintieras. Sin embargo, nuestra relación se asentaba en un montón de mentiras, ¿no?

—¿Nuestra relación? —le espetó Donna—. Vamos, Marcus... describir como «relación» lo que hubo entre los dos no solo es incorrecto, sino un insulto a las «relaciones».

Marcus se recostó en el respaldo del asiento y le clavó una gélida mirada azul.

—Bueno, dime, ¿es este negocio tuyo una forma de vengarte?

Donna parpadeó.

—¿De vengarme?

—Si lo piensas, es una conclusión lógica —observó Marcus.

—Marcus, por favor, tengo más inteligencia que eso. No soy tan estúpida como para labrarme mi propia desgracia, y preparar un plan para vengarme de ti haría desgraciado a cualquiera.

—Quizá valga la pena el precio —Marcus se encogió de hombros —. Todo depende de las ganas que tengas de vengarte de mí.

Donna lo miró mientras se preguntaba que quizá Marcus nunca la hubiera conocido bien.

—¡Qué egocéntrico eres, Marcus! ¿En serio crees que arriesgaría todo lo que tengo si no pensara que, realmente, tengo posibilidades de éxito en mi negocio?

—No tengo ni idea. Quizá no te haya juzgado bien —dijo Marcus, aunque nada convencido—. Pero, en ese caso, ¿cómo has conseguido mantenerlo tan en secreto? ¿Y por qué?

—¿Que cómo? —Donna sonrió—. Contratando a un buen abogado. Tú mismo lo has dicho, Tony Paxman es caro. Bien, Tony es bueno, y lo bueno se paga, eso es algo que he aprendido con los años. En lo referente a por qué... la verdad es que tenía miedo de que, si hubieras sabido quién estaba detrás de la compra, hubieras intentado impedirlo.

¡Y Donna tenía razón! No porque hubiera temido la competencia, cosa que sabía cómo manejar. No, el problema era el efecto que Donna tenía en él.

Marcus respiró profundamente en un intento por contener su instinto. Sintió calor. Donna siempre le hacía querer lo que no necesitaba...

No podía hablar, no se atrevía. Antes debía controlar sus sentimientos y emociones. Solo entonces, habló, tiñendo sus palabras de sarcasmo.

—Así que es guerra abierta, ¿eh, Donna?

—¡Claro que no! Estoy segura de que hay sitio para los dos —dijo ella con fingida generosidad—. Dejemos que la gente elija dónde quiere comer.

—Como tú hoy —observó él—. Aunque... es posible que tuvieras tus razones para querer comer aquí. Donna contuvo el aliento.

—¿Como qué?

—Como yo.
—¿Tú?
—Sí. Yo. Hay muchos otros sitios a los que podrías haber invitado a comer a tu abogado. Es posible que no pudieras aguantar las ganas de verme.
En parte, era verdad. Pero no por las razones que él insinuaba, no porque ella se sintiera vulnerable en lo que a Marcus se refería. Con ver a Marcus otra vez, su intención había sido demostrarse a sí misma que, no solo había logrado darle la vuelta a su vida, sino también que había logrado olvidar al hombre que solo la había hecho sufrir.
Donna abrió la boca sin pensar.
—¿Y por qué iba a querer verte otra vez, Marcus? ¿Por qué iba yo a querer ver al hombre que solo me ha producido dolor y sufrimiento? ¡El hombre que tomó lo que quiso y, después, se dio cuenta de que no sabía qué hacer con ello! ¿No fue esa la verdadera razón por la que me despediste, Marcus? No fue porque te mentí, sino porque te verme te hacía recordar lo que habías hecho. ¿Te sentías culpable de haber seducido a una pobre virgen?
—Hablas como si fueras una víctima, Donna, y te aseguro que no lo eras. Para ser inocente, sabías muy bien cómo ser provocativa. En cuanto a lo de seducirte... no es esa la forma de describir lo que fue un penoso incidente.
—¿Un penoso incidente? —repitió ella con incredulidad—. Dios mío, me va a encantar tener el establecimiento de hostelería más famoso de la ciudad. ¡Espero que tus clientes te abandonen para venir a mi negocio!
Marcus sacudió la cabeza al tiempo que se ponía en pie.
—¡Es una pena, Donna! —Marcus suspiró—. Puede que tengas nueve años más, pero aún tienes mucho que aprender. El plan no te va a salir bien, créeme.
—¡El tiempo lo dirá! Marcus sonrió.
—Haré lo posible por no alegrarme cuando las cosas salgan como yo he dicho.
—Y yo me reiré cuando salgan como espero que salgan.
—Ya veremos.

Marcus se marchó del comedor, dejando a Donna, y a la mayoría

de las mujeres allí presentes, mirándolo mientras salía.

CAPITULO 3

Capítulo 3

DONNA pagó la cuenta del restaurante y salió de allí. No había sido la clase de encuentro que había imaginado. Había sido muy inocente, y tonta, al suponer que esa atracción sexual se había extinguido con los años.

En la calle, el sol de primeras horas de la tarde empezaba a descender, y una leve brisa la hizo temblar, erizándole la piel debajo de la chaqueta de seda.

Caminó calle arriba, en dirección a su recién comprado futuro, hasta que el tintineo de sus tacones cesó al pararse delante de la fachada del Buttress. Contempló la puerta de madera y los antiguos ladrillos color terracota. Era suyo.

Llevaba mucho tiempo pensando en su nuevo negocio, lleno de sueños y esperanzas. Sin embargo, ese día, ver a Marcus la había obligado a enfrentarse al hecho de que ese hombre aún la afectaba de una forma en que ningún otro había conseguido afectarla nunca.

El corazón volvió a latirle con fuerza al pensar en su aspecto físico. Diferente. Mayor y más duro. E irradiando una sexualidad incompatible con la suya.

La primera vez que lo vio Marcus se había mostrado muy amable con ella. Amable y tierno, cierto,pero del mismo modo en que un benefactor le habria tirado un hueso a un perro….

Aún adolescente, Donna llegó a Winchester un luvioso día de diciembre, vestida con pantalones vaqueros, jersey y una vieja chaqueta comprada en una tienda de segunda mano. Estaba empapada. El rostro provisto de maquillaje y el pelo revuelto y goteando.

Era una semana antes de Navidad, y la ciudad es—iba iluminada. Al dar la vuelta a una esquina y entrar en la calle Westgate, Donna vio las luces del hotel New Hampshire y tembló. Era la clase de sitio que había visto en libros de historia y guías, un edifiício antiguo y elegante cuya entrada estaba adornada .por dos laureles en grandes maceteros. Los cristales de las ventanas brillantes y la pintura de la fachada inmaculada. Sí, lugares así necesitaban empleados extras de temporada.

Aferrando su bolsa con gélidos dedos, Donna empujó la puerta

de cristal y entró en el vestíbulo. Allí, vio a un hombre en lo alto de una escalera tratando de poner el adorno de la copa del árbol de navidad, que llegaba hasta el techo.

Sigilosamente, Donna dejó su bolsa en la espesa alfombra y observó al hombre. Él llevaba pantalones oscuros, de aspecto nuevo y perfectamente planchados, y la camisa era de corte exquisito. Ropa de calidad en un cuerpo de calidad.

Esperó a que la estrella estuviera en su sitio. —¡Bravo!

El hombre volvió la cabeza, frunció el ceño y, despacio, bajó la escalera.

Tenía cabello negro y espeso, y unos ojos de un azul extraordinario, sumamente pálidos. Era un azul cristalino, transparente. Y Donna sintió una emoción que no había sentido nunca.

Él volvió a fruncir el ceño mientras la miraba de arriba abajo.

—¿En qué puedo servirle?

Pero el tono de su voz contradijo sus palabras. Ella se había equivocado de sitio. La historia de su vida.

—¿Tiene una habitación?

La sorpresa de los ojos de él se desvaneció con la misma rapidez con que había aparecido. Se encogió de hombros con gesto de disculpa.

—Lo siento, pero todas las habitaciones están ocupadas. En esta época del año...

—La verdad es que no quiero una habitación —le interrumpió ella rápidamente, pensando que ese hombre había sido muy amable al fingir creer que ella podía pagar una habitación en ese hotel cuando estaba claro que no era así—. Busco trabajo.

El empequeñeció los ojos.

—¿Qué clase de trabajo?

—Cualquier cosa. Lo que sea. Puedo servir mesas...

Él sacudió la cabeza.

—Lo siento. El restaurante es de cinco estrellas...

—O pelar patatas. Él sonrió.

—No hay ninguna vacante en la cocina.

—Oh —Donna apretó los labios, para evitar que le temblaran, y fue a agarrar la bolsa—. Está bien, lo comprendo. ¡Feliz Navidad!

El hombre suspiró.

—Vaya, haces que me sienta un desalmado.

—No tiene aspecto de desalmado —ella sonrió traviesamente.

Él pensó en lo demacrada que estaba.

—¿Has hecho camas alguna vez?

—No, pero aprendo rápidamente.

—¿Cuántos años tienes?

—Casi veinte —y ella se dijo a sí misma que no había mentido, solo exagerado.

Porque ese hombre tenía aspecto de ser la clase de hombre que la habría enviado de vuelta a su casa de saber que acababa de cumplir dieciocho años.

¿Y adonde iría ella?

—¿Has estado viajando? —preguntó él, lanzándole una mirada azul a la chaqueta.

—Si

Había estado viajando la mayor parte de su vida.

Le gustaba. Nadie le pedía nada. Pero se dio cuenta de que él esperaba que elaborase su respuesta.

—Llevo una vida un poco nómada —explicó ella con una sonrisa —. Mi madre era actriz; así que, desde pequeña, me acostumbré a viajar.

—Entiendo —él asintió, preguntándose en qué lío se estaba metiendo.

Pero a través del cristal de la puerta, vio que la lluvia se había más intensa. Era la clase de noche a la que no se sacaba afuera ni a un perro.

—Está bien, te contrato hasta Año Nuevo. Pero eso es todo, ¿de acuerdo?

—¡Oh, gracias!

Y Donna pareció a punto de echarse a sus brazos. Marcus dio un paso atrás.

Con ese pelo rizado color anaranjado y las pestañas pálidas, no era la clase de mujer que considerara atractiva. Pero tenía un aspecto indómito... algo que la hacía parecer pequeña y dura y valiente... Había una alegría en ella que resultaba extrañamente llamativa y que despertaba su ternura.

—De nada. ¿Cómo te llamas?

—Donna. Donna King. ¿Y usted?

—Marcus Foreman. Y llámame Marcus, solo soy un año mayor que tú.

—De acuerdo, Marcus —dijo ella tímidamente—¿Eres el jefe?

Él tardó unos segundos en contestar.

—Sí —dijo Marcus bruscamente.

Aún no se había acostumbrado al hecho de que I ahora fuera el dueño del hotel. Cosa natural, ya que solo hacía un año que su padre había fallecido. Miró a la chica y sus facciones se suavizaron.

—¿Tienes hambre?

La mirada de Donna se ensombreció. ¿Tanto se le I notaba que no había tomado una comida de verdad en semanas? ¿Y qué iba a pensar?

El observó la reacción de Donna y recordó un gato callejero que su madre llevó una vez a casa. Al animal, a pesar de estar muerto de hambre, le costó aceptar la comida, desconfiado de la amabilidad que se mostraba con él; e inmediatamente, Marcus aprendió que la única forma de manejar al gato era aparentar indiferencia.

Marcus se encogió de hombros y dijo sin darle importancia:

—Si quieres comer, hay comida en la cocina.

—Está bien, puede que tome algo —respondió ella, también sin darle importancia.

Marcus la llevó a la cocina y le presentó a los empleados; después, encontró algo que hacer mientras la observaba disimuladamente.Nunca había visto a nadie comer con tanto gusto,con tanta hambre. Sobre todo, a una mujer. Sin embargo, ella no comía como un animal, sino con delicadeza, saboreando cada bocado con gran placer. Y cuando terminó, se limpió la boca delicadamente con servilleta, como una princesa, y le dedicó una sonrisa radiante.

Y esa sonrisa atravesó la armadura de Marcus como un rayo de sol proyectado sobre un bloque de hielo.

La primavera dio paso al verano, y Marcus no daba muestras de querer despedirla. Donna sentía un gran alivio, porque le encantaba aquella ciudad, tambien el hotel y quería quedarse. Y quizá, también, quería a Marcus un poco. ¿Y quién no?

Era el primer lugar que consideraba su casa. Trabajando tanto como le era posible, se hizo indispensable. Y Donna podía trabajar.

Si algo había aprendido durante su infancia era que nada se conseguía sin esfuerzo.

Su madre había trabajado de bailarina de strip—tease en teatros de baja categoría a lo largo de la costa, trabajaba de noche y dormía de día. Donna se había criado como había podido, tratando de molestar lo menos posible.

Sabía que el padre de Marcus había muerto hacía poco tiempo. Un día, se vio con el valor suficiente para preguntarle qué había sido de su madre. ¡Gran equivocación! Esos ojos de hielo empequeñecieron.

—¿Por qué?

—Por... nada en especial.

—Murió hace mucho tiempo —contestó él irritado.

—¿Y cuántos años tenías cuando murió?

A él no le gustó la pregunta.

—Nueve y sí, antes de que lo preguntes te diré que fue horrible. ¿De acuerdo? Y no quiero volver a ha— i blar de ello, ¿enterada?

Pero Donna, en cierto modo, se sintió aliviada.Una persona a la que no le gustaba dar explicaciones era una persona que no hacía demasiadas preguntas. Aunque, por supuesto, a un hombre como Marcus no podían interesarle las vidas de sus camareras.

Pero, a veces, le sorprendía observándola cuando él pensaba que ella no se daba cuenta. Y otras veces, incluso reía cuando ella decía algo. En ocasiones, le gastaba bromas sobre la palidez de sus pestañas.

Un día, Marcus la encontró jugando a las cartas con uno de los camareros y la desafió a una partida con él. Y Marcus descubrió pronto que ella podía ganarle a todos los juegos de cartas que conocían.

Marcus era un hombre que admiraba las habilidades especiales y, desde entonces, la trató con más deferencia. Le dijo que la forma en que ella barajaba era pura poesía, y a Donna se le hinchó el pecho de placer.

—¿Dónde has aprendido a jugar así? —preguntó él.

—Aquí y allá —contestó ella—. Me parece que no quieres saberlo.

—No, no quiero —Marcus se echó a reír.

Y era en momentos como aquel cuando Donna tenía que

recordarse a sí misma que había hombres por los que una no debía sentirse atraída, debido a ser quienes eran.

Y Marcus Foreman era uno de esos hombres.

Marcus tenía un hermano menor llamado Lucas, que era casi tan guapo como él, pero muy ladino. Y rubio, no moreno. Era una especie de fotógrafo y estaba fuera, en Tailandia.

En el primer encuentro que tuvo con Lucas ella estaba de rodillas quitando con un recogedor y un cepillo suciedad de detrás de un enorme macetero en el cansillo del primer piso, y oyó un silbido a sus espaldas.

Donna se volvió y vio a un hombre con unos ojos les que parecían los de un ángel caído. Notó el parecido inmediatamente.

—¡Tú debes de ser Lucas!

—Y tú una alucinación —murmuró él pasándose la lengua por los labios—. ¡Guau! ¡Vamos, levántate!

Era el hermano del jefe. Por lo tanto, Donna hizo lo que se le pedía y se puso en pie, aunque no le gustó aquella sonrisa.

—¡Dios mío! No me extraña que a mi hermano no le hiciera ilusión que volviera a casa, es evidente que quería a la Barbie toda para él.

—Lucas, ni se te ocurra, ¿me oyes? —Marcus aparecio a espaldas de su hermano.

Donna, además de guapa, era lista, pensó Marcus. Y trabajadora. Y simpática. Y considerada... a juzgar por lo poco que sabía de ella. Y no quería saber más.

Y aunque era lo suficientemente sincero como para admitir que deseaba a Donna King, también era lo suficientemente sincero como para darse cuenta de que procedían de mundos completamente distintos.

Lucas miró a Donna con expresión inocente.

—A Marcus le gusta hacerse el macho conmigo

—sonrió traviesamente.

—Donna, por favor, deja eso y márchate —contestó Marcus, porque ella se había agachado para recoger la suciedad que quedaba en el suelo.

—Pero...

—¡Que te vayas!

Donna se enderezó, se alisó el uniforme gris claro y luego sonrió

a Marcus.

—¿Sigue en pie la partida de esta noche? Las pupilas de Lucas se dilataron.

—¿Qué partida?

—No, esta noche no —contestó Marcos tensamente—. Vamos, Donna, vete. Quiero hablar con Lucas en privado.

Al final, Marcus se dio cuenta de que lo peor que podía haber hecho era ordenarle a Lucas que no se acercara a la despampanante camarera. No había nada que le gustara tanto a su hermano como la fruta prohibida.

Pero...¿qué alternativa había tenido? Ni por un momento se le pasó por la cabeza que ella fuera virgen, a pesar de tener un cierto aire de inocencia.

Era una combinación irresistible que lo mantenía despierto por las noches, sudoroso y excitado.

Donna notó lo diferentes que eran ambos hermanos. Marcus era el serio, el responsable. Lucas era un vividor. Mientras Marcus no parecía interesado en su vida, Lucas quería saberlo todo sobre ella.

Lucas era muy abierto con ella, al contrario que su hermano. Le habló de su infancia y la de Marcus, de su hermosa y alocada madre, tan diferente de su poco imaginativo padre.

Lucas llegaba a ser indiscreto, notó Donna. No le importaba hablarle de las infidelidades de su madre ni de las peleas de sus padres. Le explicó que su padre estaba tan enamorado que por eso no la abandono.

Le habló de cosas que Donna sabía que debía haber guardado en secreto. Y, quizá por eso, Donna le contó la verdad sobre su propia madre.Lucas no pareció escandalizado, se limitó a mirarla y a decir:

—Sí, entiendo que se desnudara en público... si su cuerpo se parece en algo al tuyo.

Donna se dio cuenta de que debería haber sido mas discreta.

—No vas a decírselo a Marcus, ¿verdad? —le suplico ella.

—¿Por qué no?

—¡Por favor!

—Está bien. Será mejor que no escandalicemos a mi hermano, ¿te parece? Le gustas, ¿verdad?

Donna negó con la cabeza.

—Solo para jugar a las cartas.

—Me parece que no —contestó Lucas—. Marcus antes jugaba al bridge con el párroco y nunca lo miraba como te mira a ti.

Lucas no estaba diciendo nada que Donna no hubiera notado. Parecía que le gustaba a Marcus. Esa forma en que la miraba a veces... con una especie de intensa pasión que la hacía preguntarse por qué Marcus no dejaba de contenerse, la estrechaba en sus brazos y...

Sabía exactamente por qué. No eran iguales. El era el jefe y ella la camarera, y mejor no olvidarlo. Marcus no lo olvidaba.

Donna vio que el hotel se hacía más y más famoso. Todo el mundo quería comer en el restaurante y se convirtió en un sitio de moda. Actores y gente de la televisión iban de Londres para cenar y pasar la noche en una de las lujosas habitaciones.

Una noche, un famoso crítico culinario fue allí a cenar para luego escribir una crítica en el periódico sobre el restaurante. Todos los que allí trabajaban se esforzaron al máximo, y contuvieron la respiración hasta la primera edición del periódico en el que se calificaba al establecimiento como «el mejor y más desconocido restaurante del sur de Inglaterra».

¡No por mucho más tiempo!

Llovieron las llamadas para reservar mesa, y Marcus anunció que iba a dar una cena de agradecimiento a todo el personal del establecimiento en el comedor privado del hotel.

Donna se puso lo único que tenía apropiado para la ocasión: un vestido de terciopelo negro que había comprado en una tienda de segunda mano. Estaba pasado de moda y era demasiado serio para ella, pero le sentaba muy bien. También se puso un collar de enormes cuentas de ámbar que hacía juego con el color de su pelo.

Bebió champán y se soltó el pelo, literal y figurativamente. Entre plato y plato, bailó con cocineros y camareros al son de la música de fondo, consciente de que Marcus la observaba.

Y Donna era hija de su madre. Podía bailar de ensueño.

Marcus no podía quitarle los ojos de encima. Nunca había deseado nada ni a nadie con tanta desesperación. Y una vez que llegó el café, se rindió y se sentó en el asiento contiguo al de ella.

—Hola, Donna —Marcus sonrió.

—Hola.

Se miraron.

—¿Lo estás pasando bien?

—¡Mmmmm! ¡Ahora sí!

Marcus tocó una de las cuentas de ámbar con la yema de un dedo.

—Son unas cuentas preciosas —dijo él con voz sua—

—. ¿Quién te ha dado el collar?

—Mi madre.

—Tiene un gusto excelente.

Donna sonrió.

—La verdad es que me lo dio porque creía que las Bentas eran de plástico. Tiene gracia, ¿verdad? Era único de valor que poseía, pero no lo sabía. Siempre llevaba bisutería.

—¿Y dónde está tu madre ahora? ¿Representando una obra de Shakespeare en algún sitio?

Donna arrugó la nariz. No quería hablar de nada,menos de cosas que se había inventado. Lo único que quería era que Marcus la besara.

—¡No, ha dejado la profesión! Ahora lleva una pensión en la costa.

—¿En qué parte de la costa? Donna empequeñeció los ojos y lanzó una cínica carcajada.

—En un sitio que tú jamás pisarías, Marcus. Aquella risa tenía un eco oscuro, y Marcus vislumbró momentáneamente otro mundo. Lo vio todo. Una playa rocosa y grasicntos huevos fritos en un plato. Ruedas de coches y gritos de niños, y un ranció olor a patatas fritas. No, no quería formar parte de ese mundo.

Si no deseara tanto a Donna…

—Estás… —paseó la mirada por el terciopelo negro y, momentáneamente, fue incapaz de pronunciar palabra.

La sonrisa y la forma en que la miraba hicieron que Donna se olvidara de toda precaución. Lo miró provocativamente por encima del borde de la copa de champán.

—¿Cómo estoy, Marcus?

—Absolutamente irresistible —respondió él con toda sinceridad.

—¡Dios mío!

Donna lo deseaba, se moría por él, lo amaba. Sabía que nunca se le presentaría otra oportunidad como aquella. Se inclinó hacia él y le plantó un beso en la boca.

Marcus casi la estrechó en sus brazos, allí y en ese momento, pero recordó a tiempo que todos sus empleados estaban viéndolos.

—Dejémoslo para luego —susurró él.

—¿Que dejemos qué para luego? —bromeó ella.

—Eso depende. ¿Qué te parece si empezamos con un beso y vemos adonde nos lleva?

—¡Mmmmm! —Donna rio—. ¡Avísame cuando estés listo!

Y Marcus notó que no estaba nerviosa. Además, Donna tenía veinte años, así que no estaba aprovechándose de una menor. Se gustaban, eso era todo. Él había empezado a confiar en ella. La vida era demasiado corta.

—No te preocupes, lo haré. Puedes jugarte la vida si quieres a que lo haré, cielo.

Cuando Donna fue a los servicios, al mirarse en el espejo notó que tenía el rostro sonrojado y que los ojos le brillaban como diamantes. Se echó agua fría en las muñecas, se retocó los rizos del pelo, salió al pasillo y, en el camino hacia el comedor, una figura apareció entre las sombras.

—Donna.

—¡Lucas! ¡Lucas, me has asustado!

—Estás un poco nerviosa, ¿no? —observó él—. Mi hermano ha estado merodeando alrededor de ti como un perro toda la noche.

Donna frunció el ceño. fe—Lucas, ¿estás borracho?

—Un poco, pero no del todo —miró al techo y lanzó bufido—. Siento claustrofobia, necesito salir de fui. Donna, préstame algo de dinero.

—¡Ni hablar! Aún no me has devuelto el último préstamo que te hice.

Donna se puso en marcha, pero Lucas la detuvo.

—¿No te parece que se enfadaría mucho si se enterase de toda la verdad? —preguntó Lucas. Donna se quedó inmóvil.

—¿A qué... te refieres?

Lucas se encogió de hombros.

—Me refiero a que nunca conociste a tu padre. A que tu madre se ganaba la vida desnudándose delante de la gente. A que te has pasado la vida yendo de un sitio a otro —hizo una pausa para dar más énfasis a sus palabras—. Marcus es una persona muy convencional, Donna, eso lo escandalizaría. ¿Quieres que continúe?

—¿Estás intentando chantajearme, Lucas? Él se echó a reír.

—No te pongas melodramática. Solo te estoy pidiendo un favor, eso es todo… si es que quieres que sea discreto.

Donna se lo quedó mirando, angustiada al darse cuenta de que Lucas podía estropearlo todo.

—¿Cuánto dinero quieres?

—No mucho, veinte libras.

—Espérame aquí, voy por mi bolso.

Cuando volvió al comedor, vio a Marcus a la mesa solo, mirándola con intensidad mientras ella se le acercaba. Y Donna se olvidó de Lucas por completo.

Marcus perdió la batalla con su conciencia y, al final, dejó de luchar. Fue a la habitación de Donna y ver aquel diminuto cuarto intensificó su sentimiento de culpabilidad. Pero verla desnuda encima de la colcha dorada le hizo enloquecer de deseo.

Sin embargo, el acto de amor fue un desastre: doloroso e incómodo para ella, y demasiado rápido para él.

Marcus se quedó despierto mirando al techo, sospechando que Donna se estaba haciendo la dormida a su lado; no obstante, le resultaba imposible hablar con ella. Era la primera vez en su vida que fracasaba en algo, pero descubrió que no deseaba darle el placer que sabía que su hermoso cuerpo merecía.

Supuestamente, debía de haber sido una aventura de una noche, nada más. En ese caso, ¿por qué demonios Donna había guardado el secreto de su virginidad? De haberlo sabido, a él no se le habría ocurrido tocarla.

Se deslizó sigilosamente de la cama, se puso los vaqueros y la camiseta y bajó a la cocina a por un vaso de leche. Y Lucas estaba allí, bebiendo una cerveza, ebrio.

Lucas sonrió.

—Bueno, ¿te has acostado con ella? Marcus se hizo el tonto.

—¿A quién?

—A Donna. Cuidado, Marcus, por poco no has estado con una menor.

Marcus se quedó helado.

—Tiene veinte años.

—No, solo tiene dieciocho —Lucas bebió un sorbo de cerveza—. ¿Sabías que su madre se ganaba la vida desnudándose en teatros de

mala muerte?

Aquello fue el final, y la excusa que Marcus neceaba. Al día siguiente, la despidió.

Donna introdujo la llave en la cerradura y miró calle abajo. Desde allí podía ver las luces del hotel New Hampshire. Si Marcus hubiera estado delante : la ventana, podrían haberse saludado con la mano. Pero no era muy probable que ocurriera. Volver allí era lo lógico. Era un lugar perfecto e i a ser un negocio perfecto; sin embargo, Donna se ípreguntó cómo podía haber ignorado un factor tan aportante en la ecuación como Marcus Foreman.

Había supuesto que la atracción habría desaparecido. Pues no, se había equivocado. Y mucho.

La cuestión era... ¿qué iba a hacer al respecto? ¿Podría ignorarlo? ¿Podría ignorar su existencia?

Una nube cubrió el sol y Donna tembló mientras abría la puerta con la sensación de que tenía un asunto pendiente.

Capítulo 4

DONNA estuvo ocupada toda la semana siguiente con los preparativos del establecimiento, por lo que logró olvidarse de Marcus. Había tanto que hacer... hacer el pedido de los arreglos florales, organizar a sus empleadas y encargarse de la publicidad. Y el teléfono no dejó de sonar ni un momento.

Estaba sentada en su diminuto despacho, dibujando diminutas teteras para la carta con el menú, cuando se oyeron unos golpes en la puerta antes de que una chica morena de cabellos rizados asomara la cabeza.

—Donna.

—Sí, Sarah, entra —Donna sonrió a su nueva empleada—. No puedo creer que vayamos a abrir mañana. ¡Dime que no estoy soñando!

—No estás soñando —respondió Sarah obedientemente—. Ah, y la señora Armstrong... Donna parpadeó.

—¿Quién?

—La mujer del alcalde. Acaba de llamar por teléfono para decir que ella y su esposo estarán encantados de acudir mañana a la inauguración. Así que los he añadido a la lista.

—Estupendo. ¡Esperemos que quepan todos!

Sarah se acercó al escritorio y, bajando la voz, añadió:

—Ah,y hay un hombre en la recepción que quiere hablar contigo.

—Debe de ser el fotógrafo del Hampshire Time—contestó Donna ausentemente, pensando en lo guapa que estaba su joven camarera con ese uniforme color crema.

Había encontrado a Sarah Flowers sin dinero, con hambre y con ganas de aprender, igual que ella nueve os atrás. En realidad, había puesto un anuncio ofrendo trabajo en el escaparate de una tienda local con el fin de emplear a gente que realmente necesitare el trabajo, ya que esas eran las personas que más ajaban. Nadie lo sabía mejor que ella. Se miró el reloj y frunció el ceño.

—Llega con un poco de adelanto, ¿no? Creía que »iba a venir hasta después del mediodía.

—No es el fotógrafo —dijo Sarah con voz ahogada.

—Bueno, ¿pues quién es?

—Marcus... ¡Marcus Foreman!

El buen humor de Donna se disipó.

—Dile que estoy ocupada. Que venga mañana si quiere.

—Ya se lo he dicho, pero ha contestado que no se va a marchar de aquí hasta que no te vea.

—¿Ah, sí? —Donna se puso en pie con una mezcla de exasperación y excitación.

Rápidamente, se miró en el espejo que colgaba de la puerta, salió del despacho y fue al vestíbulo, donde encontró a Marcus, sentado en uno de los sofás de cuero.

Él no se movió, se quedó sentado, mirándola con cierta insolencia.

Marcus había estado preguntándose por qué no le había resultado posible resistir la tentación de ir allí í ver el establecimiento. Ahora, sabía la razón, la teníal delante de él. ¡Qué guapa estaba! Sensual y con cierto aire de maestra de escuela, toda ella abotonada! hasta el cuello con un vestido color chocolate y el collar de cuentas de ámbar.

¿Había tenido siempre las piernas tan largas? ¿Oí se debía a que llevaba unos tacones de diez centímetros? ¿Y qué otra mujer podía llevar el pelo hacia atrás tan estirado y estar tan sensual?

—Hola, Marcus —dijo Donna con voz calmada,aunque distaba mucho de cómo se sentía. Se sentía]temblorosa y extraña—. Es un inesperado placer.

—Dilo otra vez, pero con más convicción —comentó él en tono burlón.

Ella le dedicó una fingida sonrisa.

—Lo siento, pero no tengo tiempo para recibir visitas.

Marcus se levantó en silencio, y Donna notó que, incluso con esos tacones, Marcus parecía un gigante a su lado.

—Pues haz tiempo —dijo él con voz queda. Donna le sostuvo la mirada de desafío.

—¿Y si no?

—Si no, me quedaré aquí sentado y te distraeré todo el día.

—Te ignoraría.

—No, imposible. Aunque podrías intentarlo.

Y fracasaría. Porque un hombre como Marcus era imposible de

ignorar.

Llevaba una camisa de seda negra y un par de vaqueros negros también. Y aunque a algunos hombres los vaqueros no les sentaban bien después de cumplir veintiún años, Marcus no se contaba entre ellos, supuso que la mayoría de los chicos de veintiun años darían cualquier cosa por tener un cuerpo el de Marcus. Vamos, Donna, considéralo interés profesional.Lo unico que quiero es ver lo que tienes en oferta.

¿Por qué demonios sonaba eso a indirecta sexual? ¿Había sido esa la intención de Marcus? Donna se a sostenerle la mirada un segundo más, y la clavo en el pecho de él.

—Abrimos mañana —dijo ella con cierta agitacion—, y damos una fiesta de inauguración. Creo que gabes porque te he enviado una invitación. ¿O no la has recibido?

—Si,la recibí hace un par de días.

—¿Te ha sorprendido... que te invitara?

—Un poco. No creía que fuera tu número uno en la t de invitados...

—No lo eras. Más bien, el ciento uno.

—En ese caso, ¿por qué te has molestado?

—Porque sospechaba que llegarías hasta el extremo de disfrazarte para echar un vistazo, así que decidi ahorrarte la molestia.

—Qué amabilidad por tu parte.

—¿Verdad?

—Aunque quizá me hayas invitado porque querías sumir delante de mí, ¿no? —sugirió él.

—Quizá también haya sido un poco por eso. No puedes reprochármelo, Marcus.

—No —respondió él despacio, mirando a su alrededor—. No, no puedo.

—Bueno, ¿vas a venir mañana o no? Esa sonrisa de Donna hacía que le doliera el cuerpo en partes que no debía.

—Lo pensaré.

—Te dará la oportunidad perfecta para examinar establecimiento a tus anchas.

—No, no es verdad —la contradijo Marcus.

Había tenido problemas de insomnio los últimos! días y no le

gustaba. No le gustaba nada. Miró furioso a la causa de su insomnio.

—Mañana, vas a tener a las fuerzas vivas de la ciudad aquí, adulándote —dijo Marcus—. Vas a intercambiar menos de diez palabras con cada uno y, desde luego, no vas a dedicar a nadie exclusiva atención. Y yo quiero exclusiva atención, Donna.

—¿Sí? ¿Y siempre consigues lo que quieres?

—Normalmente sí —los ojos azules se endurecieron—. Aunque, por supuesto, no siempre. La sinceridad es algo muy difícil de encontrar, ¿verdad, Donna? Sobre todo, a la hora de emplear personal.

—¡Oh! —exclamó ella sarcásticamente—. ¿Te referías a mí con ese comentario, Marcus? Marcus se encogió de hombros.

—Pongámoslo así: me resultaría difícil dar buenas referencias sobre ti.

—¡En ese caso, es una suerte que no necesite referencias tuyas!

Donna se dio cuenta de que Marcus había hablado en serio al decir que no tenía intención de marcharse de allí hasta no ver el establecimiento; por lo tanto, ¿por qué no ceder y acabar cuanto antes?

—Está bien, Marcus, tú ganas —Donna suspiró—. Sigúeme y te enseñaré el establecimiento. ¿Qué quieres ver primero?

—Lo que tú quieras enseñarme, no soy exigente.

—¿Qué te parece la cocina? —preguntó ella con fingido ánimo.

Donna sentía los latidos de su corazón mientras la seguía hasta la cocina y, una vez allí, examino la estancia con actitud profesional.

—Muy bien equipada —comentó él, pasando la mano por un gigantesco horno de acero inoxidable—. Es de primera calidad. Una gran inversión.

—Y necesaria. Voy a preparar todo tipo de productos de confitería y pastelería. Marcus la miró fijamente. ¿No tienes pensado hacerlo tú sola, ¿verdad?

—Sí, así es —contestó ella—. Además de limpiar, hacer los pedidos, servir las mesas y llevar la contabilidad. ¡No seas idiota, Marcus! Naturalmente que voy tener empleados.

—¿Cuántos?

—Bueno, para empezar, dos. Una camarera... Sarah, la chica que

te ha abierto, ¿la recuerdas?

—Vagamente.

—Y Ally Lawson, la mujer que me va a ayudar en la cocina. Marcus frunció el ceño.

—¿Para cuántos clientes va a tener capacidad el esblecimiento?

—Treinta personas dentro y otras treinta en el jardin; aunque, evidentemente, el jardín solo se va a poder usar cuando haga buen tiempo.

—En ese caso, no tienes personal suficiente —le informó Marcus.

A Donna no le sentó bien el consejo, a pesar de saber que Marcus tenía razón.

—Lo sé, no soy completamente idiota. Durante el verano, en la temporada alta, haré contratos temporales; hay montones de estudiantes que necesitan trabajo durante las vacaciones —Donna se tragó el deseo de que Marcus la alabase—. Ven, voy a enseñarte el comedor.

—El comedor —repitió Marcus cuando Donna abrió una puerta y le llevó a una estancia de techo bajo con vigas de madera.

Marcus pensó que había viajado en el tiempo, la estancia tenía madera oscura por todas partes y olía a cera. Cada mesa estaba vestida con un mantel blanco, con bordes de encaje, y encima había brillantes teteras de cobre y antiguos jarrones con campanillas azules.

Donna estaba orgullosa de lo que había conseguido, y Marcus Foreman era un hombre respetado en la hostelería. Su opinión tenía peso.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Antiguo y conservador —contestó él con franqueza.

—¡Naturalmente que es conservador, el té de la tarde es un ritual conservador! ¡La gente que viene a Winchester a ver las antiguas calles, la catedral y la casa de Jane Austen no espera luego entrar a tomar algo en un establecimiento ultramoderno en el que le sirvan sushi o ensaladas de tres clases de judías! ¡Lo que la gente quiere es un té con un trozo de tarta o pasteles caseros, iguales que los que las madres solían hacer antiguamente!

Marcus, con cruel percepción, empequeñeció los ojos.

—¿Eso era lo que tu madre solía hacer? Donna se ruborizó, y

luego se odió a sí misma por haberlo hecho. Y pensó en la crueldad de Marcus.

—¡Sabes perfectamente que no! Marcus sacudió la cabeza.

—Ahí es donde te equivocas, cielo, no lo sé. No sé nada. Creía que tu madre era una noble y dedicada actriz porque eso fue lo que tú me dijiste que era.

—Y tenía motivos para decirte eso, teniendo e cuenta la forma en que reaccionaste cuando te enteraste. ¡Juzgas a la gente con demasiada facilidad Marcus!

—Admito que me sorprendió descubrir que se de dicaba a desnudarse y a mover la pelvis delante de los hombres —respondió Marcus, ignorando las palabras de Donna.

—¿Y te extraña que no te lo dijera? —preguntó ell con voz temblorosa—. ¡Marcus, no tenías, ni tienes, imaginación para ver que era la única alternativa que mi madre tenia!¡Era madre soltera!

—No la única alternativa, Donna. Hay miles de madres solteras que no son bailarinas de strip—teast Hay muchos trabajos disponibles.

—¡Yo no me avergüenzo de mi madre ni de lo que hacía para ganarse la vida! —declaró Donna con orgullo—. ¡Y nada de lo que digas podrá hacer que me avergüence de ella! A pesar de lo que pueda parece desde fuera, yo sé la verdad. Puede que no fuera el camino más recto, pero mi madre no era promiscua.

Donna hizo una pausa y, temblando, tomó aire.

—A mí madre no le interesaban los hombres, sufrió mucho cuando mi padre la dejó. Y yo, desde lúego, no me crié rodeada de «tíos». Mi madre era un mujer de principios y no tiró el dinero como mucha de sus compañeras. Ahorró y, cuando tuvo el dinero suficiente, montó una...

—¿La pensión que, en una ocasión, mencionaste en tono de desprecio?

—¡Sí, es verdad! —le espetó ella—. Pero fue porque yo tenía una edad en la que no reconocía lo mucho que mi madre trabajó ni los sacrificios que hizo. Sin embargo, mi madre sacó adelante la pensión. ¡Trabajó como una mula!

Marcus la vio parpadear rápidamente y se sintió mal. De repente, descubrió que quería estrecharla en sus brazos y acariciar aquellos cabellos de fuego. Sin embargo, en vez de hacer eso, agarró

una carta con el menú.

—¿Y qué hace ahora tu madre?

—Murió hace dos años y medio. Y es el dinero de la venta de la pensión lo que me ha permitido comprar esta propiedad.

—Donna, yo...

—¡No, no! —exclamó ella apasionadamente—. ¡No me digas que lo sientes, Marcus, porque sé que no es verdad!

—Escúchame —le dijo él con voz igualmente apasionada—. ¡Naturalmente que siento que haya muerto! Yo también perdí a mi madre cuando era pequeño y sé lo mucho que eso duele, se tenga la edad que se tenga.

—Está bien, gracias —respondió Donna tensamente.

—No te quedes tan sorprendida, no soy tan insensible.

—No, solo lo disimulas muy bien, ¿verdad?

Marcus se echó a reír y descubrió lo mucho que deseaba besarla. Había mucho tiempo que deseaba besar a esa mujer.

Donna lo miró, su valor la abandonó al darse cuenta de lo mucho que deseaba a ese hombre.

¿Y por qué la estaba mirando de esa manera? Como si quisiera desayunársela...

Marcus la miró a los ojos. Parecía tan fría y con tantos aires de superioridad...

—Todavía no has preguntado por mi hermano —comentó Marcus—. Me sorprende mucho, ya que tú y Lucas erais muy amigos.

—Lucas siempre tenía tiempo para charlar conmigo, si es a eso a lo que te refieres. ¿Cómo está? Marcus sonrió burlonamente.

—Qué extraño que no continuarais en contacto ¿verdad? Lucas lo sabía todo sobre ti, vuestra relación era tan íntima...

—¡Nunca tuve relaciones íntimas con tu hermano

—Naturalmente que sí. Os contabais vuestras vidas, vuestros secretos... Por si no lo sabías, uno no tiene que desnudarse y tener relaciones sexuales para gozar de intimidad con alguien.

A Donna le sorprendió estar tan dispuesta a soltar su propio veneno.

—Me sorprende que quieras tocar el tema de la intimidad, Marcus.

Se mantuvieron la mirada.

—¡Vaya! Ten cuidado, Donna. Si vas a acusar a un hombre de ser un desastre en la cama, vas a herir donde más le duele.

—¿El orgullo? ¿O el ego?

—Estaba pensando en algo más básico que es cielo. Desafía a un hombre así, y harás que responda de la única manera que puede responder: exigiendo una repetición de la actuación. ¿Qué te parece, Donna, quieres que repitamos? Con un poco de suerte, el resultado sería mutuamente satisfactorio esta vez.

Donna se quedó inmóvil. Sintió la boca tan se como una tostada sin mantequilla. Ignoró la pregunta y las implicaciones... aunque se preguntó cómo repondería si Marcus la estrechara en sus brazos en ese momento.

—Creía que estábamos hablando de Lucas.

—Ah, sí, Lucas.

Marcus sonrió, sorprendiéndola. Fue una cariñosa sonrisa de hermano mayor.

—Bueno, a Lucas le va muy bien, a pesar de habernos sorprendido a todos. Se fue con su cámara por ahí, llegó a Sudamérica y, por extraño que parezca, se enamoró.

—¿Y qué tiene eso de extraño?

—Nada, solo que Lucas nunca le había sido fiel a una mujer. Se casó con Rosa y ahora es el orgulloso padre de dos niños gemelos. Montó un estudio fotográfico en Caracas y hace fotos de bodas, bautizos y esas cosas, además de fotos de estudio. Y parece muy satisfecho.

—¡Dios mío! —exclamó Donna sorprendida.

—¿Desilusionada?

—No digas tonterías. Lo que pasa es que no puedo imaginar a Lucas casado, y menos padre. Era demasiado inquieto como para estar satisfecho.

—¡Lo que consigue el amor de una buena mujer! Es una pena que tú no lo consiguieras.

—Yo nunca deseé a tu hermano.

—Pero él a ti sí.

—Es posible, pero eso no tenía nada que ver conmigo. Lucas sabía que no estaba interesada en él... en ese sentido.

Marcus sacudió la cabeza.

—Nos enfrentaste a mi hermano y a mí, Donna. Saber

perfectamente que lo hiciste. Era a mí a quien dedicabas esas miradas insinuantes, pero era con Lucas con quien hablabas de tus cosas, ¿no?

Donna, confusa, frunció el ceño.

—Eras tú quien quería mantener las distancias,Marcus —protestó ella—. Al menos, conmigo. Sabes que es verdad. Jamás permitiste que habláramos de nada que fuera de tipo personal. Siempre dejaste mi claro que tú eras el jefe y mantuviste las distancias.

—No se me dio muy bien —comentó Marcus con cierta amargura—. Al menos, contigo.

Marcus sacudió la cabeza antes de añadir:

—Creía que tenías experiencia sexual, Donn Cuando descubrí que eras virgen... ¡no pude creerlo. Me quedé atónito.

—No te gustó, ¿verdad?

—No —respondió él con sinceridad.

A Donna, la respuesta de Marcus le dolió.

—Creí que ser el primer amante de una mujer le gustaba a todos los hombres.

—No a este hombre.

Donna no le preguntó por qué, ya que se hacia una idea. Las vírgenes eran chicas reprimidas. La clase de muchachas con las que los hombres acababan casándose, no la clase de chicas con las que tenía una aventura amorosa de una noche.

Donna se lo quedó mirando, hipnotizada por belleza de esos claros ojos azules.

—Bien, Marcus, ¿qué es lo que quieres? ¿Por que has venido aquí?

Marcus empequeñeció los ojos. ¿Acaso Donna no lo sabía? ¿Acaso no lo adivinaba? Lo que quería era borrar de su memoria el fantasma de aquella noche reemplazarlo con algo que la dejara ardiendo en deseo.

—¿Qué les ha pasado a tus pecas?

—¿Pecas? —preguntó ella, sospechosa del repentino cambio en la conversación.

—Sí, esas diminutas manchas marrones que te salpicaban la cara.

—Dejé de tomar el sol —respondió Donna.

Marcus se quedó en silencio un momento, con los ojos fijos en ese rostro pálido y suave. Un deseo nostálgico lo invadió.

Sin pensar, se humedeció los labios con la punta de la lengua, y sorprendió a Donna siguiéndole el movimiento con la mirada.

—¿Relamiéndote? —observó ella—. ¿Es que no te alimentas bien?

—¿Por qué? ¿Estás invitándome? Donna ignoró esas palabras.

—Marcus, creo que es hora de que te vayas. Ya has visto todo lo que hay que ver.

—Aún no he visto el jardín.

—Ya lo verás mañana —Donna le miró a los ojos—. ¿Vas a venir?

—No faltaría por nada del mundo —murmuró Marcus.

D

Capítulo 5

DONNA, has hecho milagros en este lugar! Donna sonrió educadamente a la esposa d alcalde, pensando que también era un milagro que aquella mujer se sostuviera en pie después de todo lo que había comido.

—Gracias, señora Armstrong. ¿Le apetece otra taza dé te?

—Oh, gracias, querida. La verdad es que el último trozo de tarta me ha dejado con mucha sed.

—Ahora mismo le traigo el té —dijo Donna.

Cruzó el comedor, sonriendo a sus invitados y m tando, con satisfacción, que todas las mesas estabí ocupadas. Justo delante de la puerta de la cocina tropezó con Ally, que salía con una bandeja de pasteles en las manos.

—¿Qué te parece? —le preguntó Donna en ve baja—. ¿Crees que estamos teniendo éxito?

—¡Por supuesto! —Ally rio—. Cuando se hayan marchado, podrás echarte a descansar tumbada en tus laureles.

—No se les ve con muchas ganas de marchars ¿no te parece? —dijo Donna.

—No, aunque no creo que debamos quejarnos de eso. La mayoría de la gente en el negocio de la hostlería tiene problemas para hacer que les entren los clientes, no que se marchen. Bueno, me voy a dar de comer a los hambrientos. Hasta luego —dijo Ally.

En la cocina, Sarah estaba ocupada colocando pasteles en bonitas fuentes de porcelana. Al ver a Donna, elevó los ojos al techo.

—¿A cuánta gente has invitado? ¿Es que no se le ha ocurrido a nadie no venir?

—Solo a un par de personas —respondió Donna despreocupadamente—. Nadie importante.

Trató de convencerse a sí misma de que no estaba desilusionada por la ausencia de Marcus. En ese caso, ¿por qué miraba hacia la puerta cada vez que sonaba la campana?

De todos modos, la inauguración del establecimiento había sido un gran éxito.

Cuando, por fin, todos los invitados se marcharon. Donna, Ally y

Sarah recogieron las mesas, fregaron y barrieron el suelo de la cocina. Después, las tres mujeres se sentaron alrededor de una mesa y se felicitaron.

—¿No iba a venir ese hombre? —preguntó Sarah.

—¿Un hombre? —dijo Ally fingiendo sorpresa—. ¿He oído la palabra «hombre»?

A Donna le gustaba Ally, y se alegraba de haberle dado el trabajo. Era una atractiva rubia de treinta y tres años, separada. Su marido la había dejado, a ella y a su hija Charlotte de cinco años, por una mujer que había conocido en el bar de un hotel. La niña, según Ally, aún era incapaz de hablar de su padre sin echarse a llorar.

—¿De qué hombre estáis hablando? —insistió Ally, mirando a su alrededor como si esperase que, en cualquier momento, apareciese un miembro del sexo opuesto.

—Del amigo de Donna —respondió Sarah—. Uno alto, guapo y moreno. Pero no ha venido.

—No es amigo mío —protestó Donna—. Ni siquie me cae bien.

—¿No? —dijo Sarah, sin disimular su increduldad—. En ese caso, ¿por qué, cuando ayer le enseñate esto, estabas toda colorada?

Donna suspiró.

—Porque hace años trabajé para él. Y no estaba o lorada.

—¿Tiene nombre? —preguntó Ally.

—Sí, Foreman —contestó Donna con desgan consciente de que Ally era de allí y lo más seguro e que hubiera oído hablar de él.

Ally agrandó los ojos.

—¿Te refieres a Marcus Foreman?

—El mismo.

—¡Mmmmmm! ¿Cómo es? Donna vaciló.

—Es...

—Míralo por ti misma, está ahí —dijo Sarah dismuladamente.

Donna levantó la vista y vio a Marcus en el un bral de la puerta. Un rayo de sol le iluminaba la cabeza, dándole aspecto de ángel moreno.

Sus miradas se encontraron y él sonrió, y algo extraordinario le ocurrió a Donna mientras Marcus caminaba hacia ella. Era como entrar en un lugar cálido después de haber estado caminado por la nieve. Es como si el mundo, de repente, tuviera sentido.

—Hola, Marcus —dijo ella débilmente.

—Hola Donna. ¿Qué tal ha ido?

—Si hubieras venido, lo habrías visto por ti mismo A Marcus la contestación le pareció estimulante. Nada de extrañar, todo lo tocante a Donna le resultaba estimulante; sobre todo, con ese uniforme negro y el delantal blanco.

—Dijiste que ibas a enseñarme el jardín, ¿o se te ha olvidado? —Marcus sonrió a las otras dos mujeres—. Aunque supongo que antes deberías presentarme.

—Sarah Flowers. Ally Lawson. Este es Marcus Foreman.

Sarah y Ally se levantaron de sus sillas al unísono.

—¡He pasado mil veces por delante de su hotel! —comentó Sarah—. Pero claro, nunca he comido en él.

—¿Por qué no? —preguntó Marcus. Ally decidió ayudar a Sarah.

—Es un poco caro. Marcus sonrió.

—Con frecuencia, la gente descubre que es menos caro de lo que imaginaban. En realidad, sus precios son comparables a los de otros restaurantes de menos categoría. Vamos a hacer una cosa, cualquier lunes o martes por la noche, cuando hay menos gente, les invito a cenar; y, por supuesto, pueden llevar acompañante.

—¡Vaya, gracias! —exclamó Sarah.

—¡Sí, muchísimas gracias! —dijo Ally.

Pronto se marcharon, y Donna las acompañó hasta la puerta para despedirse.

Cerró con cerrojo y volvió al comedor. Encontró a Marcus en el mismo sitio en el que lo había dejado. El corazón le dio un vuelco.

—Ha sido muy amable por tu parte invitar a Ally y a Sarah a cenar.

Marcus arqueó las cejas.

—No sé por qué te sorprende tanto.

—La verdad es que no me sorprende. Te gusta representar el papel de benefactor… lo hiciste conmigo

—Tienes la habilidad de hacer que un gesto amable parezca un agravio, Donna.

—¿En serio? Lo siento.

Donna no sabía si quedarse de pie o sentarse. E taba incómoda.

—Todavía no me has dicho qué tal te ha ido.

—Ya lo sé —Donna lo miró a los ojos—. Pero tú no has venido

por eso, ¿verdad, Marcus? Si estuvieras tan interesado en el futuro de mi negocio, habrías venido a tiempo, como el resto de los invitados.

Marcus sonrió irónicamente.

—Sí, supongo que es verdad.

—En ese caso, ¿qué?

—¿Quieres la verdad?

Ella asintió.

—No necesitas que te lo diga, Donna, lo sabes perfectamente —los ojos de Marcus nunca habían estado tan azules—. Quiero hacer el amor contigo.

Donna se quedó boquiabierta.

—¡Marcus!

Él sacudió la cabeza.

—Si no querías que ocurriera esto, no deberías haber vuelto —dijo él con voz queda, y sus palabras fueron como dulces caricias—. Hace nueve años, lo estropeamos todo… y ahora quiero la oportunidad de arreglarlo.

—Entiendo —contestó ella con una enorme desilusión. ¿Qué había esperado, una declaración amor?—. ¿Soy la única amante que has tenido con que no has logrado un sobresaliente en tu actuación? ¿Se trata de eso?

I

—No. Se trata de deshacerse de un deseo que se niega a desaparecer. Mírame a los ojos, Donna, y, con sinceridad, dime que no me deseas tanto como yo a ti. Hazlo y me marcharé.

Pero Donna no pudo.

Ojalá Marcus pudiera seguir el juego: decirle que nunca había podido dejar de pensar en ella, que no podía vivir sin ella. Pero Marcus era un hombre sincero. En su mundo, todo era blanco o negro.

—No me hagas esto, Marcus —susurró Donna—. Por favor. No puedo luchar contra ti.

—No quiero que luches contra mí —respondió él, también en un susurro—. Quiero que te rindas a tus deseos.

Los ojos de Marcus se oscurecieron e, inesperadamente, alzó la mano para acariciarle el cabello.

—Increíble. Nunca he conocido a una mujer con un pelo como el

tuyo, Donna. Es como el fuego. ¿Por qué no me besas? Vamos, cielo, bésame.

Durante años, Donna había levantado una muralla en torno a su corazón, pero Marcus la estaba tirando abajo en unos segundos.

—No debemos hacerlo.

—No estoy de acuerdo, y tú tampoco. Lo veo en tus ojos… y en tu cuerpo.

Marcus paseó la mirada por el uniforme de satén negro que ocultaba las irresistibles curvas de Donna. Por debajo del fino tejido, vio los erguidos pezones.

—Mírate, si no me crees.

Donna bajó la mirada y vio sus hinchados pechos. Con gesto protector, se llevó las manos a la garganta, y vio que los dedos le temblaban.

Y él también lo vio. Y sonrió.

—Sí, justo lo que yo pensaba.

Marcus le tomó una mano en la suya, entrelazo los dedos con los de ella, y se llevó la mano de Donna al corazón.

—¿Sientes cómo me late?

Pero Donna no fue capaz de responder. Ni de mirarlo. Lo único que podía hacer era sentir los latidos de aquel corazón.

Por fin, Donna levantó el rostro y lo miró a le ojos con expresión vacilante y apasionada.

—Bésame, Donna —insistió él—. Sabes que quieres hacerlo.

Ella tembló.

—A veces… también quiero comer más helado que el que debería, lo que no significa que vaya a hacerlo.

Sin previo aviso, Marcus bajó la cabeza y le aplastó los labios con los suyos. La última vez que la besó ella se sintió como una novicia en sus brazo pero esta vez no.

Donna abrió los labios, se estremeció y se perdio en el erótico poder de ese beso.

—¡Eso… no ha sido justo! —jadeó ella.

—Quizá no, pero ha estado muy bien, ¿no? —murmuró Marcus —. Sé qué es lo que quieres. Quizá siempre lo haya sabido. Hace nueve años, fui demasiado egoísta. Ahora, quiero compensarte.

Marcus le puso las manos en las nalgas, atrayéndola hacia sí, y ella gimió al sentir su dureza.

—Esta vez voy a ir despacio.

—Marcus...

Marcus le estaba besando la garganta y la mandibula.

—Voy a hacer que. grites mi nombre. Voy a darte tanto placer que, al final, vas a acabar rogándome que pare.

Donna no podía creer que Marcus le estuviera diciendo aquello, y tampoco podía creer lo mucho que la estaba excitando, haciéndola gemir por algo que no sabía qué era.

Marcus levantó la cabeza con ojos brillantes.

—¿Qué te pasa?

—No lo sé —respondió Donna casi llorando. Marcus empezó a levantarle la falda del uniforme, y ella sintió una punzada del más puro deseo.

—¿Quieres ir a otro sitio? Donna quería...

—Quiero...

—Dime, cielo. Dime qué es lo que quieres.

—¡No lo sé! —gimió ella.

Había esperado nueve años a que Marcus le hiciera aquello otra vez. Sin embargo, esta vez, Donna no iba a estropearlo todo con sueños de adolescente.

—¡Lo sabes perfectamente!

Marcus levantó el rostro, abandonando la garganta de Donna, y sonrió triunfalmente. Sí, sabía lo que quería.

—¿Dónde está tu habitación?

De repente, en un recóndito lugar de su mente, Donna oyó campanas de alarma. No, ahí no. En su dormitorio, Marcus se vería rodeado de sus cosas personales, y eso fue lo que lo estropeó todo la vez anterior. Esta vez, no quería que Marcus se sintiera atrapado. Su habitación era demasiado femenina para un hombre como él.

Donna sacudió la cabeza.

—No, no en mi habitación.

Durante un horrible momento, Marcus pensó que ella iba a echarlo.

—Entonces... ¿dónde?

—Arriba.

—Me están dando ganas de subirte en brazos —dijo él cuando la vio vacilar.

—No, ni hablar.

—¿Quieres apostar?

Marcus casi no podía creer lo que estaba haciendo cuando, agarrándole la mano, se la echó al hombro ¿Qué le ocurría?

Tuvo cuidado de no clavar los ojos en las nalgas de Donna; de lo contrario, sospechaba que podian haber caído escaleras abajo.

—Ahí —susurró Donna cuando subieron la escaleras Marcus abrió la puerta con una rodilla y dejó Donna en el suelo, apenas fijándose en el decorado. Lo que sí notó fue que la cama era enorme, por suerte. Se volvió hacia la mujer que estaba a su lado, mirándolo con enormes ojos verdes y un rostro de tensa excitación.

Marcus bajó la cabeza y le acarició los labios a los suyos.

—Y ahora... ¿dónde estábamos?

—No me acuerdo —murmuró ella.

La besó hasta que las piernas de Donna se debilitaron, y luego le desabrochó los diminutos botónes de satén que recorrían la longitud del vestido; pero los dedos le temblaban y la desazón de la entrepierna le resultaba casi insoportable.

No podía creer que le estuviera pasando otra ve Se sintió fuera de control y apartó la boca de la de ella.

—¿Puedes terminar de desabrocharte tú?

Los dedos de Donna temblaban solo un poco menos que los de él, pero ella pensó que era más fácil desvestirse que desvestir a otra persona, y pronto su vestido acabó en un rincón de la habitación.

Marcus se había quedado en camiseta y unos calzoncillos de seda negros.

Donna tragó saliva mientras le miraba, incapaz de apartar los ojos de él.

Marcus se quitó la camiseta y la vio echarse las manos hacia atrás para desabrocharse el sujetador. Dejó que sus ojos festejaran la visión de esos pechos apenas cubiertos por un encaje negro.

—No, no te lo quites. Déjatelo puesto —dijo Marcus con voz temblorosa—. Y ven aquí.

Marcus apartó las sábanas y se subió a la cama. Extendió los brazos hacia ella, y Donna acudió como una niña volviendo a su hogar para dejarse abrazar por él.

—Oh, Donna —dijo Marcus con voz suave—. Qué bonita eres.

Ella sintió los músculos de Marcus, y el calor y el duro pulso de su deseo contra su cuerpo.

—Ño puedo creer esto… y que estemos haciendo esto —murmuró ella—. Aquí, contigo. Me dije a mí misma que jamás volviera a repetirse.

Marcus le sostuvo la barbilla para que no pudiera evadir su penetrante mirada.

—Por el amor de Dios, Donna… si no quieres que pase, dímelo ahora mismo. Ella negó con la cabeza.

—Sabes que no podría dejarte marchar… aunque quisiera. Y no quiero.

Marcus lanzó un gemido y la hizo tumbarse encima de él. Después, le desabrochó el sujetador y los pechos de Donna se liberaron, uno de ellos cayendo en la boca de Marcus.

—¡Mmmm! —murmuró él. Y Donna rio.

—Así está mejor —dijo él en tono de aprobación.

La chupó mientras ella gemía y se frotaba contra él, y Marcus creyó que iba a estallar como el corcho de una botella de champán.

—Bájame los calzoncillos —susurró él.

Los dedos de Marcus se deslizaron debajo de la braguitas de Donna mientras ella le bajaba los calzoncillos; y cuando apartó los dedos, los tenía húmedos y llenos de fragancia femenina. Le puso el dedo corazón a Donna en la boca, y ella se lo chupó.

—Oh, Dios mío —susurró Donna.

—¿Te gusta esto?

—¡Sí!

—¿Quieres hacer el amor.

—¡Sí!

Marcus la sintió buscándolo, rodeándolo como con inocencia, hizo en una ocasión. Y algo en su memoría se reavivó.

—¿Estás tomando la pildora?

—No.

Marcus lanzó una suave maldición mientras sacaba el brazo de la cama para agarrar los pantalones Rebuscó en el bolsillo y sacó una caja de preservativos.

Se puso uno, sintiendo simultáneamente alivio y pesar; una parte de él no quería barreras entre lo dos. Pero solo se trataba de su parte loca. Y fue entonces cuando Marcus dejó de pensar y empezó a sentir mientras se introducía más y más en aquel caliente cuerpo.

Cuando Donna abrió los ojos, ya era de noche. Parpadeó un par de veces, preguntándose por qué estaba en la habitación de invitados y qué era lo que la había despertado.

Pero un ligero movimiento la hizo recordar, y el recuerdo fue como un baño caliente. De repente, los pechos empezaron a cosquillearle y los pezones se le irguíeron. Sonrió mientras alargaba una mano para encender la lámpara de la mesilla de noche, y la habitación se iluminó.

Estirándose perezosamente, volvió la cabeza y vio a Marcus subiéndose los pantalones vaqueros. Al verla mirándolo, su expresión cambió de mostrar satisfacción a distancia.

—Hola —dijo él.

Donna había esperado algo más que un «hola», después de lo que habían estado haciendo durante varias horas.

Pero, claro, el hecho de que ambos hubieran compartido una experiencia sexual gloriosa no significaba que Marcus tuviera que declararle su amor. Aunque no estaría mal, pensó Donna caprichosamente.

—Hola —respondió ella, y sonrió mientras se sentaba en la cama.

Marcus apartó los ojos del espectacular movimiento de los pechos de ella, pero fue demasiado tarde para evitar que su cuerpo respondiera. Empezó a buscar su reloj con la esperanza de que Donna no hubiera notado su reacción.

Marcus se sentía confuso por lo que había pasado.

Había hecho el amor con ella una y otra vez, y no había imaginado que pudiera ser tan extraordinario. Había sentido un maravilloso abandono, pero la experienda le había sobrecogido, algo que nunca antes le había ocurrido. Y no sabía si le gustaba.

—No quería despertarte —dijo Marcus miento buscaba los zapatos.

—¿Por eso estabas tratando de marcharte como si fueras un ladrón?

Marcus encontró los zapatos y se los puso; despues, se puso el reloj.

—No. Pero estabas tan dormida, que no quería despertarte.

Donna suspiró. No iba a suplicarle que se quedara, pero tampoco iba a comportarse como si hubiera pasado las últimas horas

hablando de la situación económica del país.

—Y, por supuesto, la ventaja de marcharte sin despertarme era que así no tendrías que responder a preguntas incómodas.

Marcus se quedó muy quieto.

—Hablas como si estuviera siendo juzgado.

—No. Lo que pasa es que me ha extrañado tan prisa, eso es todo. Supongo que no tienes a otra esperándote, ¿o sí?

—¿No deberías haber hecho esa pregunta antes de meternos en la cama?

Como la viva imagen de la novia posesiva, Donna se oyó decir a sí misma:

—¿Es eso un sí o un no?

Marcus apretó los labios.

—Mi límite es una mujer al día. Aquello le dolió a Donna. Y también la indifereícia de la voz de Marcus, ya que ella no podía seguir

fingiendo. Y, de repente, se dio cuenta de que no quería fingir. No era una jovencita incapaz de enfrentarse a la verdad, por mucho que esa verdad doliera.

—¿Sabes una cosa, Marcus? Creo que acabamos de cometer nuestro segundo error.

Marcus se bajó la camiseta y se la metió debajo de los pantalones.

—¿Error? —repitió él con ligera sorpresa, como si su comportamiento fuera perfectamente normal y ella acabara de romper algún código de conducta—. Donna, por favor, no vayamos por ese camino. Nadie te ha arrastrado a la cama, ni esta vez ni la anterior. Y has sido tú quien ha vuelto a Winchester, quien ha venido a mi restaurante y quien me ha dado luz verde. ¿Qué esperabas? Debías sospechar que algo así ocurriría.

¿Luz verde? Donna intentó mantener la voz calma al hablar.

—Está bien, puede que esté exagerando un poco. En ese caso, ¿podrías explicarme por qué se te ha puesto la cara tan larga? ¿Y por qué ahora, después de lo que acaba de pasar? Ha estado bien, ¿no?

—Ha sido fantástico, lo sabes muy bien.

—Entonces, ¿qué?

Marcus alzó los ojos al techo mientras parecía pensar en lo que

iba a decir.

—No me gusta en lo que me conviertes.

—¿Y en qué te convierto?

—Lo has visto con tus propios ojos, no necesitas que te lo diga.

Donna asintió. La profundidad de la pasión de él la había sorprendido realmente, al igual que la forma en que se había abandonado con ella, dejando vislumbrar el hombre que era en el fondo: un espíritu libre contenido por el peso de la responsabilidad. ¿Acasi Marcus no tenía el valor de enfrentarse a la verdad?

—¿Quieres decir que te preocupa acabar como tu madre?

Se hizo un horrible silencio.

—¿Qué sabes tú sobre mi madre? —preguntó él gelidamente.

—Muchas cosas.

—¿Como qué?

—Lucas me habló de tu madre.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te dijo Lucas exactamente?

—Que era muy guapa y que... quería vivir al máximo. Que le era infiel a tu padre continuamente. Dijo que discutían tanto, que por eso os mandaron a un intenado, pero que tu padre no soportaba la idea de divorciarse de ella.

—¿Eso es todo? —preguntó él, con una engañosa voz sedosa.

Donna se encogió de hombros.

—Dijo que tu madre no lograba controlarse —Donna respondió a la furiosa mirada de Marcus con una candida—. Y eso es lo que te ha pasado a ti hoy, ¿verdad, Marcus? Que has perdido el control.

—Tus comentarios no solo son impertinentes, sino inexactos. La pasión no tiene nada que ver con la fidelidad. Y la fidelidad es una cuestión de elección personal.

—Marcus...

—Como aprendices de psicólogo, me temo que Lucas y tú dejáis mucho que desear —continuó él. Su boca se endureció—. No me digas que te estabas haciendo ilusiones, Donna. ¿Esperabas oírme decir que eres la única en mi vida, y solo porque hemos tenido un gran encuentro sexual?

—Por supuesto que no —Donna tiró de las sábanas para cubrirse los pechos.

—La deuda que tenía contigo ha quedado saldada —añadió él—. Ya estamos en paz.

A Donna le costó un gran esfuerzo contestar.

—¿Quieres decir… que te has redimido sexualmente… dándome los orgasmos que no pudiste darme en el pasado?

—Yo no lo diría con esas palabras.

—¿Ah, no? ¿Y cómo lo dirías tú, Marcus?

—¡No lo estropeemos, Donna! —le espetó él—. Enfréntate a las cosas como he hecho yo. Han pasado demasiadas cosas entre nosotros, Donna.

Ella contestó a su mirada burlona con un rostro carente de expresión. ¿Y por qué se estaba tapando con la sábana como si fuera una humilde camarera delante de su señor?

Apartó de sí las ropas de la cama y se levantó como una Venus surgiendo de las aguas.

Marcus tragó saliva.

—¿Qué haces?

—Voy a mi habitación a ponerme algo de ropa para acompañarte a la puerta. No es ningún crimen, ¿verdad?

Marcus se quedó inmóvil, boquiabierto. Esa mujer tenía un cuerpo fantástico.

Donna endureció su mirada.

—¿Qué te pasa, Marcus? ¿No quieres que te acompañe a la puerta por si alguien te ve saliendo de aquí y adivina lo que hemos estado haciendo? No te preocupes, la gente no puede adivinar que has estado en la cama con una mujer solo con verte la cara. Además, quiero echar el cerrojo cuando salgas.

Y Donna salió de la habitación.

Marcus esperó, más confuso que nunca. ¡Donna era una manipuladora! ¿Por qué había esperado a levantarse así, desnuda, cuando él estaba vestido y listo para marchar?

Cuando Donna regresó, se había recogido el pelo en una trenza, llevaba pantalones vaqueros y una vieja camisa a cuadros.

Marcus debería haberse sentido menos agitado pero no fue así. De repente, el aspecto limpio y sano de Donna le pareció más erótico que el encaje y satén.

—Bueno, vamos —dijo ella, y lo guió escaleras abajo.

Delante de la puerta, el timbre sobresaltó a ambos.

¿Quién sería?, se preguntó Donna y abrió. Tony Paxman estaba al otro lado de la puerta.

Marcus sintió un ataque de celos cuando el atrativo abogado le dio a Donna una botella de champan con una sonrisa.

—Hola, Donna. Siento llegar tan tarde, pero tenia juicio hoy. Esto es para ti —Tony asintió cautelesamente—. Hola, Marcus.

Marcus también asintió.

—¡Oh, Tony, qué detalle! —exclamó Donna exagerando su gratitud—. Por favor, entra. Tony miró a Marcus.

—Bueno, pareces estar...

—¡Nada, nada! Marcus se iba ya, ¿verdad, Marcus? Vamos, Tony, entra y tomemos una copa para celebrar el éxito de la inauguración. Por favor, entra mientras yo me despido de Marcus.

El abogado entró en el edificio y Donna casi se echó para atrás al sentir la mirada de Marcus como una bofetada.

—Adiós —le dijo ella con voz queda.

—Adiós, Donna. ¿Podría darte un consejo? De haber sabido lo que iba a seguir, Donna no le habría preguntado.

—¿Qué consejo?

—No olvides cambiar las sábanas primero, ¿eh? Donna quiso gritar, pero no iba a montar una escena.

E

En lugar de eso, le cerró la puerta en la cara.

Capítulo 6

EL TEMPERAMENTAL abril dio paso aun glorioso y dorado mayo. Donna trabajaba mucho y el negocio iba viento en popa. Parecía como si Winchester hubiera estado esperando una tetería de estilo antiguo y convencíonal, ya que el público recibió su aparición como a viejo amigo. El establecimiento se llenaba a diario.

Los jornadas de trabajo eran largas, y Donna levantaba al amanecer para empezar a preparar los artículos de repostería. Le gustaba el olor de los pasteles haciéndose en el horno mientras la radio sonaba y los pájaros cantaban en la calle. El Buttress se había convertido en su hogar. Después de tanto tiempo buscando, había encontrado su lugar.

En realidad, solo había una nube en el horizonte y esa nube era Marcus; o más exactamente, lo que había ocurrido con Marcus en la habitación de invitados. Sin embargo, Donna estaba decidida a ser una mujer moderna y madura, a recordar las cosas buenas y a olvidar las malas.

Se había preguntado qué haría si se tropezaba con él, pero no se lo encontró. Ni una sola vez.

En un par de ocasiones, lo vio desde lejos; una de esas ocasiones fue cuando ambos estaban comprando en el mercado al aire libre de Winchester. A Donna se le encogió el estómago al reconocer la alta y morena figura al otro lado de la plaza, y le pareció que él la había visto también. Pero Marcus no se acercó a saludarla.

Donna se dio cuenta de las vidas tan distintas que llevaban. Marcus tenía su propio mundo y ella el suyo. Vivían en aceras opuestas de la misma calle, pero parecía que vivían en las antípodas.

Fue a finales de mayo cuando Donna empezó a inquietarse.

Encontró excusas.

Se debía al trabajo, a la tensión y a las preocupaciones. Pero los días dieron paso a semanas, y su angustia aumentó. No obstante, logró convencerse de que no había motivos de preocupación.

A muchas mujeres se les retrasaba el periodo, era imposible que

se hubiera quedado embarazada. Las mejillas le ardieron al recordar que Marcus había insistido en utilizar preservativos. Todas las veces. No había querido dejarla embarazada.

No, su retraso debía deberse á factores psicológicos.

Continuó repitiéndose lo mismo una y otra vez, pero mayo pasó y llegó junio. Y cuando Donna vio la palabra «julio» escrita en letras blancas y negras en el calendario, se dio cuenta de que tenía que salir de su estado de negación y enfrentarse a la realidad.

Fue a una farmacia y compró lo necesario para hacerse la prueba de embarazo. A la mañana siguiente, el indicador azul le indicó que lo peor había ocurrido.

Estaba embarazada.

Embarazada, sola y asustada.

Sabía que tenía que decírselo a alguien, y sabía quién debía ser ese alguien; pero le resultaba imposible hacerlo.

Fue a ver a su médico y esta destruyó la última esperanza a la que se había aferrado: haber hecho mal la prueba del embarazo.

—Está embarazada —le dijo la doctora sonriendo—Es usted una mujer sana, por lo que no veo que pueda haber ningún problema. ¡Felicidades!

Pero la falta de respuesta de Donna hizo añadir la doctora:

—¿Me he equivocado al felicitarle?

Un instinto protector eliminó las dudas de Donna.

—No, en absoluto. Muchas gracias.

—Y el padre... ¿está con usted? —preguntó la dotora Baxter delicadamente.

—Bueno... no exactamente.

—¿No va a ayudarla?

—No lo sé —respondió Donna—. Aún no se lo he dicho.

Quería confiar su secreto a alguien. Quizá a All que estaba sola con su hija. O a Sarah. Pero la conciencia le dijo que antes de hablar con ellas debia hacerlo con la persona con la que no quería hablar.

Lo retrasó, enterró la cabeza en la arena como eso le diera la sensación de que no era algo real.

Pero era real. El peso de sus pechos era real, igual que las náuseas.

Continuó sin decírselo a nadie. Pero un día, en una de las

consultas regulares a su médico, esta le dijo:

—Vaya, Donna, por fin se le empieza a notar.

—¿A notar?

La doctora Baxter le dedicó una extraña mirada.

—Eso es lo que he dicho. Es natural que, a estas alturas, a una mujer se le note su estado.

Esas palabras hicieron que Donna recuperara el sentido.

Iba a tener un hijo. Estaba embarazada. No podía mantenerlo en secreto más tiempo. Tenía que decírselo a Marcus.

Tan pronto como volvió a su establecimiento, llamó por teléfono al hotel.

—Buenos días, hotel New Hampshire. Está hablando con Francine.

—Buenos días. ¿Podría hablar con Marcus Foreman, por favor?

—¿Su nombre, por favor?

—King. Donna King.

—Lo siento, señora King, pero el señor Foreman está ocupado en este momento. ¿Quiere dejarle un mensaje?

Donna resistió la tentación de colgar. O de gritar. O de lanzar una maldición. Pero no era culpa de Francine.

—¿Podría decirle que se ponga en contacto conmigo, por favor? Necesito hablar con él, se trata de algo urgente.

—¿Sabe su número de teléfono?

—Sabe dónde vivo. Mi número de teléfono está en la guía.

Donna colgó.

Marcus fue a verla ese mismo día, Llegó en el momento en que Donna estaba colgando el letrero de «cerrado» en la puerta. Llevaba un jersey de color gris y vaqueros negros, y su aspecto era serio. Donna le hizo pasar pensando que se pondría aún más serio al cabo de unos minutos.

—Hola, Marcus —Donna logró sonreír.

—Hola, Donna.

No se dijeron nada más hasta que se encontraror en el pequeño cuarto de estar de Donna en el piso de arriba. Marcus miró a su alrededor.

—Me quedé muy sorprendido, cuando llamaste.

—Te negaste a ponerte al teléfono, ¿o se te ha olvidado?

—Estaba en una reunión. Y con los planes para abrir un nuevo

hotel y llevar el que ya tengo, esto de trabajo hasta arriba.

—¡Y yo!

Marcus lanzó una seca carcajada.

—Eso no es nada en comparación, y no lo digo por insultar.

—¡Pues lo estás haciendo! Marcus suspiró, dándose cuenta de que había hecho bien en mantener las distancias con ella.

—¿Lo ves? ¿Te das cuenta de que, cuando estamos juntos, solo podemos hacer dos cosas, o pelear o meternos en la cama?

—Antes no peleábamos —dijo Donna con tristeza—¿Qué es lo que ha cambiado? Marcus sacudió la cabeza.

—No es ningún misterio, Donna, ocurrió cuando nos metimos en la cama la primera vez. Eso es lo que cambió nuestra relación, el sexo lo cambia todo ¿Acaso no lo sabías?

Donna empezó a ponerse nerviosa.

—Sí, puede que tengas razón. Marcus se la quedó mirando.

—Bueno, ¿para qué querías verme?

—¿No quieres sentarte? ¿Te apetece que antes prepare una taza de té?

De repente, la actividad le parecía mejor que darle la noticia.

—No, gracias.

'¿De qué forma iba a decírselo? ¿Cómo podía darle la noticia sin darle un susto?

—Estoy embarazada —anunció Donna sin más. Marcus guardó silencio un segundo.

—Felicidades. ¿Y quién es el afortunado? Donna lo miró fijamente.

—¿Qué?

—¿Que quién es el padre de tu hijo?

Donna sacudió la cabeza con incredulidad. Ni siquiera en sus pesadillas se le habría ocurrido soñar que Marcus llegara a ser tan insensible.

—Tú, por supuesto.

La expresión de los ojos de Marcus se tornó gélida.

—De por supuesto nada. En realidad, creo que soy el candidato menos probable. Utilizamos preservativos, ¿o se te ha olvidado?

—¿Candidato? —Donna hizo un esfuerzo por controlar su creciente agitación—. ¿Estás...? ¿Estás insinuando lo que creo que estás insinuando, que hay varios hombres que podrían ser el padre?

Marcus se encogió de hombros.
—Tú sabrás.
Donna contuvo el deseo de clavarle las uñas en la cara, algo de lo que podía culpar a sus descontroladas hormonas. Lo mismo que quiso hacer cuando Marcus hizo el comentario sobre cambiar las sábanas después de que Tony Paxman fuera a su casa.
De repente, Donna sintió náuseas y se llevó la mano a la boca.
—No es posible que creas que, después de estar contigo, me metiera en la cama con Tony Paxman, ¿verdad?
—¿Por qué no iba a ser posible?
Donna se lo quedó mirando, sintiéndose como un animal herido.
Las piernas empezaron a flaquearle. Vio brillante estrellas. Sintió que el cuerpo le ardía y que la frente quedaba cubierta por un sudor frío. Y cuando habló las palabras le salieron ahogadas.
—¡Márchate! ¡Sal de aquí... ahora mismo!
Donna se dejó caer en el sofá y, agotada, cerró lo ojos.
Cuando los abrió de nuevo, Marcus estaba inclinado sobre ella, abanicándola con una revista.
Con satisfacción, Donna notó que el rostro d Marcus mostraba tensión.
Donna intentó incorporarse en el sofá, pero Marcus sacudió la cabeza, y le puso una mano en el hombro para forzarla a quedarse quieta.
—¡Quítame las manos de encima!
—Es un poco tarde para eso, ¿no? ¿Te apetece beber algo?
—¡Sí, un coñac!
—No puedes beber coñac —respondió él—. En tu estado, no.
—¿En mi estado? —Donna estuvo a punto de echarse a llorar.
Marcus se incorporó y se dirigió hacia la puerta.
—¿Adonde vas? —preguntó ella con voz ahogada.
—A hacerte un té. Yo me tomaré el coñac.
Donna se estiró en el sofá y debió quedarse dormida porque, cuando abrió los ojos, encontró a Marcus echando azúcar en el té.
—Te dije que ya no me echo azúcar en el té —dijo ella con voz cansada.
—Cállate —respondió él, pero con voz casi tierna.
Donna estaba agotada, físicamente. Sin embargo, se sentía como si le hubieran quitado un peso de encima. Marcus no le había dicho

que no se preocupara, y Donna no creía que lo hiciera; pero, al menos, ya no se sentía sola.

Marcus esperó a que Donna hubiera bebido un poco de té y recuperase el color. Después, se sentó en una silla frente a ella.

—Bien. ¿Dices que yo soy el padre? Donna sacudió la cabeza.

—No es que lo diga, Marcus, es que lo eres.

—¿Estás segura?

Donna se acabó el té y dejó la taza encima de la alfombra. No iba a servirle de nada enfadarse con él; además, no iba a ayudar en nada ponerse histérica.

—Sí —respondió ella con calma. Marcus se aclaró la garganta.

—¿Puedo preguntarte cómo?

—¿No estudiaste biología en el colegio?

—¡No te pongas impertinente en un momento como este! Te he hecho una pregunta educadamente y te agradecería que me contestaras de la misma forma.

—Porque… porque eres el único hombre con el que me he acostado.

Pero Donna notó que Marcus aún no estaba convencido.

—¿Desde cuándo?

—Desde hace mucho —respondió ella enfatizando las palabras —. Al menos… un par de años. Marcus asintió.

—Entiendo. Uno de los preservativos debió romperse —dijo Marcus como si hablara consigo mismo—. ¿Cuántas veces lo hicimos?

Donna se ruborizó.

—No me acuerdo.

—Ha debido de ser eso —Marcus suspiró—. ¿Cuántas semanas hace ya?

—Casi veintidós.

Se hizo un prolongado y tenso silencio. Marcus la miró con expresión de incredulidad.

—¿De tanto estás? —preguntó él con voz ahogada.

—Piénsalo, Marcus. No hace falta que yo te lo diga, haz tú mismo las cuentas —le espetó ella.

—¿Quieres decir que hace ya casi veintidós semanas desde que…?

—¿Desde que hicimos el amor? —inquirió Donna. Aunque,

probablemente, Marcus no lo diría con esas palabras—. Sí, hace ya todo ese tiempo.

Marcus estaba sacudiendo la cabeza como si acabara de salir de un trance.

—Escucha, las matemáticas se me dan muy bien normalmente, pero no en este momento. Me da vueltas la cabeza —los ojos azules de Marcus adquirieron una extraña intensidad—. Dime cuándo esperas que nazca el niño.

—A principios de año. La primera semana de enero —contestó Donna, pensando que jamás había visto a Marcus tan sobrecogido.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Ojalá.

—¿Qué quieres decir con eso?

Donna lo miró. ¿Qué esperaba que le dijera, que estaba encantada de traer un niño al mundo sin haberlo decidido de antemano? ¿Un niño cuyo padre nc quería tener nada que ver con ella?

—No sé lo que he querido decir. Supongo que estoy un poco confusa.

Marcus clavó los ojos en el vientre de ella mientras pensaba en la situación.

—Dios mío, creo que no me vendría mal una copa.

—Pues sírvete una copa.

—No, mejor no —Marcus se miró el reloj y suspiró—. Tengo que salir esta noche. En realidad, tengo que marcharme ya.

—Esa es la diferencia entre tú y yo, ¿verdad, Marcus? —preguntó ella con amargura—. Tu vida sigue igual, ¿no, Marcus?

—¿Tú crees? No creo que vaya a pasarlo de miedo esta noche después de la bomba que acaba de caerme encima.

—¿Estás preocupado por tu vida social? —preguntó ella con incredulidad—. ¡No te preocupes por mí, yo solo estoy preocupada por mi futuro, nada más!

—Por el amor de Dios, Donna, deja de dar la vuelta a lo que digo. Estaba pensando a corto plazo; tú, naturalmente, estabas pensando en la situación en general.

Donna sabía que no tenía derecho a preguntarle adonde iba ni con quién; sin embargo, también le parecía que sí tenía derecho. ¡Marcus iba a ser el padre de su hijo!

Donna tomó una resolución en ese mismo momento. Ese niño no era fruto del amor, pero cuando naciera, lo único que iba a encontrar era amor, y a montones.

Donna se sentó en el sofá, sintiéndose más fuerte.

—Quizá sea mejor que dejemos algunas cosas claras desde el principio, Marcus.

La expresión de él se mostró cautelosa.

—Continúa —dijo Marcus débilmente.

—Quiero que sepas que no quiero de ti ayuda económica.

—¿No?

—Y tampoco apoyo moral.

—¿En serio? Entonces, ¿qué es lo que quieres Donna?

—Nada —Donna se mordió los labios—. Nada en absoluto.

—¿No quieres dinero? ¿Tampoco vas a querer que me quede a cuidar del niño las noches que quieras salir?

—Eso es.

—En ese caso, ¿por qué te has molestado en decir meló?

¿Acaso no lo había supuesto?

—Porque, como padre, tienes derecho a saberlo.

—¿Pero no tengo derecho a formar parte de la vida de mi hijo?

—No querrias hacerlo, ¿no? —preguntó ella con auténtica sorpresa.

—¿Cómo demonios vas tú a saber lo que quiero no quiero cuando ni yo mismo lo sé? —le espetó él—¿Y cómo esperas que tome una decisión inmediatamente después de enterarme de algo tan importan! como esto?

—Marcus...

—Necesito tiempo para pensar —continuó él—. Tenemos que ver cuál es la mejor opción, se lo debemos al niño y a nosotros mismos. Escucha, esto es demasiado para tratar de solucionarlo en un breve encuentro. Además, tengo que marcharme ya.

—Sí, por supuesto.

Marcus se la quedó mirando. Donna tenía un aspecto tan vulnerable...

—¿Te encuentras... bien? ¿Estarás bien sola? Donna, haciendo un esfuerzo, se levantó del sofá.

—Naturalmente que estoy bien. No es necesario que me trates como si fuera una frágil anciana. ¡Estoy embarazada, Marcus, pero

no enferma!

—Sí, de acuerdo.

Ahora que estaba de pie, Marcus notó cierto abul—tamiento en el vientre de Donna. Sintió un nudo en la garganta e, instintivamente, la rodeó con ternura en sus brazos.

Durante un momento, Donna se dejó abrazar, refugiándose en la cálida seguridad que él le daba. Marcus olía a limpio, y Donna quiso descansar la cabeza en su hombro. En ese breve momento, se sintió muy cerca de él.

Era extraño, pero un simple abrazo podía ser infinitamente más íntimo que el sexo. Donna se apartó de él, consciente de lo peligroso que era interpretar un gesto tierno como algo más.

—Bueno... será mejor que te vayas ya.

—Sí —pero Marcus no parecía con muchas ganas de marcharse —. Bueno... buenas noches, Donna.

—¿Cuándo voy a volver a verte? —tenía gracia, pero su embarazo la hacía sentirse con derecho a hacerle esa pregunta.

—No lo sé —contestó Marcus—. Realmente, no lo sé.

Capítulo 7

A LA mañana siguiente, Donna empezó a preparar pasteles y tartas a las seis de la mañana. Últimamente, las náuseas le entraban a últimas horas de la mañana; por ese motivo, se daba toda la prisa que podía en preparar la comida.

Sin embargo, aquella mañana, le dieron náuseas antes, sin previo aviso. Donna se preguntó si no sería debido a que, después de hablar con Marcus la noche anterior, no pudo conciliar el sueño.

Cuando Ally llegó, a las nueve, después de dejar a su hija Charlotte en el colegio, Donna estaba sentada a la mesa de la cocina con el rostro muy pálido y temblorosa.

—¿Te preparo un té? —le preguntó Ally nada más verla.

—¡Oh, no! —gimió Donna.

—¿Qué pasa? ¿Tan mala te está poniendo el embarazo?

Donna, perpleja, se la quedó mirando.

—¿Cómo demonios lo sabes? —preguntó Donna en un susurro.

—¿Que cómo? —Ally lanzó una carcajada—. ¡Soy madre! Hace semanas que llevo sospechándolo, si quieres saber la verdad. Es mucho más difícil de lo que imaginas disimular un embarazo, Donna.

—Oh, Dios mío —gruñó Donna, y apoyó la cabeza encima de la mesa—. ¿Qué voy a hacer?

—No tienes muchas alternativas, ¿verdad? ¿De cuántas semanas estás? ¿De veinte?

—Un poco más —murmuró Donna sin levantar la cabeza de la mesa.

—Y no tienes una relación estable con el padre, ¿verdad? —comentó Ally.

—¿Tan obvio resulta?

—Sí.

—¡Oh, Ally, me siento como una idiota! ¿Cómo demonios me he metido en este lío?

—Donna —Ally suspiró—, no eres más idiota que otras muchas mujeres. Son cosas que pasan. ¿Se lo has dicho? Me refiero al padre.

—Sí —Donna se quedó mirando la mesa—. Sí, se lo he dicho.

—¿Y cuál ha sido su reacción?

—Ha dicho que tenemos que hablar.

—Qué considerado —dijo Ally irónicamente—. ¿No hay posibilidad de que acabéis...?

—No —respondió Donna con firmeza—. No, ninguna posibilidad. Él ha dejado eso muy claro. Por cierto, aún no me has preguntado si está casado.

—¿Por qué iba a preguntar eso?

—Bueno, es una suposición lógica cuando una mujer tiene un amante al que nadie ha visto, ¿no?

—Sé que no está casado —dijo Ally pronunciando despacio las palabras—. El padre es Marcus Foreman, ¿verdad?

Al ver la expresión de Donna, Ally rio.

—Y antes de que me lo preguntes, la respuesta es no, no leo el pensamiento. Tanto a mí como a Sarah nos ha parecido evidente.

—¿Qué? ¿A pesar de hacer semanas y semanas que no lo he visto?

—Se te notó el día que vino a verte, el día de la inauguración.

Las dos callaron cuando oyeron el ruido de la llave en la cerradura.

Donna miró a Ally.

—Entonces, ¿también lo sabe Sarah?

—Sí. Hace ya bastante que te vistes con blusas y camisetas muy anchas. Y, como ya he dicho, una mujer nota que otra está embarazada.

—Debería habéroslo dicho hace semanas, pero no quería pensar en ello. Además, no quería que nadie lo supiera antes de decírselo a Marcus —Donna oyó el teléfono, seguido de la voz de Sarah diciendo que contestaba ella—. Oye, Ally, por favor, no se lo digas a nadie. Antes quiero hablar con Marcus.

—No te preocupes, no lo haré. Las dos miraron a Sarah cuando entró en la cocina con una sonrisa.

—Donna, ¿a que no adivinas quién está al teléfono?

—El inspector de Hacienda.

—Marcus Foreman.

Donna hizo un esfuerzo por que no se le notaran las prisas, pero estaba algo jadeante cuando contestó.

—¿Sí?

—¿Por qué estás como si te faltara la respiración —preguntó

Marcus.

—¡Porque las embarazadas se quedan sin respiración!

Marcus hizo una pausa antes de preguntar:

—¿Quieres cenar conmigo esta noche?

—¿Cenar?

El lanzó una queda carcajada.

—¿Tan extraño te parece, Donna, dadas las circunstancias?

—No, claro que no. ¿Dónde? Otra pausa.

—He pensado que en mi casa. ¿Puedes venir a las seis?

—Supongo que sí.

—¿Quieres que vaya a recogerte?

—No, creo que podré aguantar los cinco minutos que tardaré en ir a tu casa a pie.

—Bien, si así lo quieres...

—¡Marcus, no soy una inválida, ya te lo he dicho!

—No, es solo que llevas a mi hijo en tu vientre, nada más.

Y Donna se preguntó si era orgullo o pánico lo que había notado en la voz de Marcus.

Donna se vistió con un traje pantalón de seda que había comprado en Nueva Zelanda hacía siglos. Los anchos pantalones tenían un elástico, perfecto para su abultado vientre, y la chaqueta era fresca y holgada. De tantas lavadas, el traje, originalmente de color canela, ahora era topacio. Pero seguía siendo bonito y le sentaba bien al color de su piel y a su cabello.

Se maquilló, se ató la trenza con un lazo negro y lista.

Marcus vivía en una calle detrás del hotel. Las casas de esa calle estaban separadas unas de otras y tenían bonitos jardines cubiertos de césped. Hacía una temperatura agradable y el aire estaba impregnado con la fragancia de las rosas.

Marcus abrió la puerta antes de que a ella le diera tiempo a llamar al timbre, lo que agradó a Donna. No porque pensara que tuviera ganas de verla, sino porque indicaba que él también estaba nervioso. Lo que nivelaba las cosas. Marcus casi nunca se ponía nervioso.

Marcus, desde la puerta, se la quedó mirando. La forma en que uno veía a otra persona dependía de lo que pensaba de esa persona. Ahora que sabía que Donna estaba embarazada, le parecía la mujer más embarazada del mundo. Fresca y limpia como un vaso de agua.

Reluciente, llena y radiante.

—Hola —dijo él, con voz más suave que de costumbre—. Vamos, pasa.

—Gracias.

Donna entró en el amplio vestíbulo, con su escalera de madera, y, de repente, se sintió sumamente insegura.

Marcus la notó ponerse tensa.

—¿Te pasa algo?

Donna se encogió de hombros.

—Me resulta extraño estar aquí, eso es todo. Quiero decir que es la primera vez que pongo los pies en tu casa, jamás vine aquí en todo el tiempo que trabajé en tu hotel. Nunca me invitaste, e imagino que no lo habrías hecho de no sef por la extraña situación en la que me he metido.

El rostro de Marcus ensombreció.

—Creo que los dos somos responsables de esta «extraña situación», como tú dices. En cuanto a venir aquí... nunca hubo motivo para que vinieras, ¿no? Las cosas no funcionaban de esa manera.

—No, tienes razón. Tú eras el jefe y yo una camarera de hotel.

—¿Y era buen jefe? —preguntó Marcus súbitamente.

Había sido un jefe estupendo.

—Nunca venías a tu casa, siempre trabajando en el hotel —dijo Donna, recordando la vez que, al llegar al trabajo por la mañana, lo encontró dormido con la cabeza apoyada en el escritorio de su despacho. Sin hacer ruido, se marchó y le preparó un café. Se lo llevó al despacho y, con cuidado, le tocó el hombro para despertarlo. Marcus se frotó los ojos adormilado y, al verla, la miró con una extraña expresión.

Fue en ese preciso momento cuando Donna se dio cuenta de que se había enamorado de él...

—Eras adicto al trabajo —concluyó Donna sonriendo.

Marcus reflexionó sobre la forma cuidadosa en que Donna había decidido contestar a su pregunta. Por fin, decidió no reprimir lo que sentía, no era justo.

—No quería volver a casa —dijo él simplemente—. Tú hacías que trabajar hasta tarde resultara algo muy atractivo. Bueno, y ahora, ven, vamos a la cocina.

Era una cocina enorme, con una mesa de pino muy grande. Estaba demasiado ordenada para ser un sitio que se utilizara con frecuencia, y Donna se preguntó con qué frecuencia Marcus comería allí. Pero había cerámica de colores aquí y allá, y una fuente de barro con naranjas y limones.

—Es una cocina preciosa —murmuró ella.

La puerta doble de cristal que daba al jardín posterior estaba abierta, y el jardín estaba lleno de flores azuladas y violetas que contrastaban con el follaje verde y el césped. Donna parpadeó. ¿Había oído voces de niños o era su imaginación?

Se volvió a Marcus y lo sorprendió mirándola intensamente.

—¿Qué te apetece beber? —preguntó él—. Tengo zumos de frutas, de casi todas. O, si lo prefieres, agua

mineral.

Donna sintió que se intensificaba la sensación de estar perdiendo el control sobre su cuerpo.

—¿Y qué dirías si te pidiera una copa? ¿Una cerveza o una copa de vino?

—Probablemente, te diría que, aunque después del primer trimestre de embarazo te está permitido una o dos copas a la semana, los médicos recomiendan...

—¡Marcus! —Donna dejó caer su bolso en una silla de respaldo alto y se volvió para lanzarle una mirada llena de indignación—. ¿Quieres parar?

—¿Parar?

—¡Sí, parar de intentar controlarme!

—No estaba intentando controlarte. Lo único que

estaba...

—¡Es mi cuerpo! —le interrumpió ella.

—Y tú tienes a mi hijo dentro —dijo él con voz queda.

Se miraron el uno al otro, en silencio.

Iban a tener un niño...

Sin embargo, hasta ahora, se había tratado de un niño en sentido abstracto. Ahora, al pronunciar aquellas palabras, era algo real. Y mucho más real para ella que para él, ya que el niño se estaba desarrollando dentro de su cuerpo. ¿Qué derecho tenía él a controlarla?

—Está bien, toma una copa de vino si quieres —dijo Marcus por

fin.

—No, no quiero —respondió ella dulcemente—. Lo que pasa es que me gusta tomar mis propias decisiones.

—Está bien, Donna, entendido el mensaje —Marcus esbozó una temblorosa sonrisa mientras servía dos vasos de agua mineral, a los que añadió hielo y unas rodajas de limón—. Bueno, ¿por qué quieres que brindemos? ¿Por el niño?

—Por el niño —Donna asintió, preguntándose si esa sensación de irrealidad desaparecería algún día—. Pareces haber aceptado la situación con mucha facilidad.

—No tengo otra alternativa, ¿no? —Marcus dejó su vaso en la mesa y metió pan en el horno. Después, sacó del frigorífico las hortalizas para preparar una ensalada y empezó a partir tomates—. Y cuando uno no tiene alternativas, lo mejor es sacar el mayor provecho posible a la situación.

Donna pensó que tenía razón. Compartía esa filosofía de la vida. Alzó os ojos para decirle eso y encontró la mirada de Marcus clavada en ella. Sin pronunciar palabra, se comunicaron a la perfección.

Marcus dejó el cuchillo y sonrió con ternura y tristeza.

—Oh, Donna...

Durante un momento, Donna estuvo a punto de acercarse a él para acariciarle el rostro. Pero no tenía derecho a tocarlo, ninguno, y su expresión se ensombreció.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus—. ¿Porqué te has puesto blanca? ¿Te han dado náuseas? Donna negó con la cabeza.

—No. La realidad acaba de darme un golpe y me ha obligado a aceptar ciertos hechos difíciles de tragar.

—¿Sí? —preguntó Marcos al tiempo que se ponía a partir pepino.

—He recordado que estoy aquí solo debido a un accidente, eso es todo. No estamos juntos, Marcus. Ni siquiera somos amantes. El niño ha sido un accidente...

—¡No sigas por ese camino! —la interrumpió Marcus—. Pensar negativamente no va a ayudar a nadie. Tenemos que ser positivos los dos.

Donna asintió con la cabeza.

—Lo sé.

—No quiero que te preocupes, Donna. No quiero que te preocupes por nada. ¿Me has entendido?

—¡Pero estoy preocupada! —protestó ella—. ¡Es la verdad!

Marcus sacudió la cabeza.

—Bueno, yo también lo estoy —contestó Marcus, decidiendo ser honesto.

—¿Que tú estás preocupado?

—Sí.

—¿Qué es lo que te preocupa?

—Para empezar, me preocupa que vivas en la parte de arriba de tu negocio.

Donna le lanzó una furiosa mirada. ¡El piso no le había molestado lo suficiente como para impedirle hacer el amor con ella ahí arriba!

—¿Qué tiene de malo donde vivo?

—Por ejemplo, imagínate que, por algún motivo, hay un fuego en tu cocina —dijo él acaloradamente. Donna frunció el ceño.

—¿Por qué iba a haber un fuego en mi cocina?

—Porque cocinas en grandes cantidades, ¿no? Es la cocina de un negocio y tienes empleadas. Por lo tanto, la posibilidad de que haya un fuego ahí es mucho mayor que en una cocina de una casa privada. Y tú vives y duermes justo encima de la cocina. ¡Dios mío, incluso podría estallar el horno!

—¡Y el tuyo! ¡He pasado una inspección, por si no lo sabías! Además, también, antes de acostarme, lo inspecciono todo.

—¡Exacto! —exclamó Marcus triunfalmente—. ¡Es demasiado para ti sola! Se te ve agotada, si no te molesta que te lo diga. Imagina cómo será cuando estés de cuarenta semanas.

—¿Y cómo sabes tú qué se siente al estar embarazada de cuarenta semanas?

Marcus esbozó una tímida sonrisa de repente.

—He comprado unos libros al respecto.

—¿Cuántos libros?

—Cuatro sobre embarazo, alguno sobre el primer año de la vida de un bebé, y...

—Ya he oído todo lo que tenía que oír.

—No, no todo —Marcus sirvió más agua mineral, como si se estuviera dando tiempo—. Por mucho que protestes, sabes que

tengo razón.

—Si tú lo dices…

—Y el Buttress, aunque reconozco que es un excelente establecimiento y que estoy impresionado con los logros que has conseguido…

—¡Vaya, gracias!

—No es el lugar apropiado para una mujer embarazada, ni para un recién nacido. Y por eso es por lo que he decidido que… —Marcus tomó aire; como un hombre haciendo acopio de valor antes de hacer un enorme sacrificio—. He decidido dejar que vengas a vivir aquí.

Capítulo 8

BOQUIABIERTA, Donna se quedó mirando a Marcus. No debía haber oído bien. —Marcus, creo que no te he entendido. Él esbozó una sonrisa paternalista, era la sonrisa de un hombre al que nunca en su vida nadie le había contradicho.

—He dicho que puedes venir a vivir aquí —respondió Marcus haciendo gala de gran amabilidad—. Mi casa será tu casa.

—Con eso de vivir aquí... ¿qué quieres decir exactamente?

Marcus pareció cansado.

B

—A mí me parece que está bastante claro.

—No, para mí no. Me gustaría saber qué papel esperas que juegue yo en todo esto.

—¿Que qué papel? —repitió él con cautela.

—Sí, eso es. ¿Vas a ser mi... compañero en todo el sentido de la palabra? ¿Vamos a compartir la cama y a tener relaciones sexuales? ¿O esperas que vivamos en la misma casa, pero llevando vidas separadas? Y si se trata de lo último, ¿no encontrarían tus novias extraño encontrar a una mujer embarazada de tu hijo en tu casa? ¿Y si, por ejemplo un día, decides hacer el amor con una de tus novias en el sofá del cuarto de estar?

—¡Donna!

—¡Decir Donna no contesta a mi pregunta!

—¿Qué clase de hombre crees que soy?

—Bueno, ya que lo preguntas... —Donna lo miró a los ojos—. Creo que eres la clase de hombre que tiene relaciones sexuales cuando le apetece, y con quien le apetece, y luego no se molesta en volver a ver a la mujer con quien se ha metido en la cama. ¿Me he explicado?

—Sí, perfectamente. ¿Es ese el problema? ¿Es por eso por lo que estás tan enfadada?

—Creía que estaba siendo práctica, no que estuviera enfadada —razonó ella, ya que el enfado implicaba vulnerabilidad, y ella necesitaba ser fuerte—. He aprendido a enfrentarme a casi todo en la vida, Marcus, y mi embarazo y el nacimiento de mi hijo no va a ser diferente.

Donna se encogió de hombros y añadió:

—Son cosas que pasan.

—Sobre todo a nosotros. Acostarnos solo una noche parecer ser nuestra especialidad, ¿verdad, cielo?

Marcus se acercó a ella y extendió la mano para retirarle un mechón de cabello del rostro. La ternura del gesto hizo que Donna se sintiera indefensa cuando necesitaba ser dura.

—Todavía no has contestado a mi pregunta —dijo Marcus mirándola fijamente—. ¿Vas a venir a vivir conmigo?

Donna se apartó de él, quería deshacer el hechizo de aquella mirada azul. Y tenía hambre. Últimamente, había perdido el control sobre su cuerpo.

Donna, por fin, le sonrió.

—No puedo responder con el estómago vacío. Marcus, por favor, ¿podrías darme ya de comer? Me muero de hambre.

Marcus le dedicó una sonrisa como respuesta.

—Ahora mismo. ¿Quieres comer aquí o fuera? —preguntó Marcus al tiempo que añadía atún a la ensalada y luego sacaba el pan del horno.

—Fuera.

—En ese caso, vamos.

Donna sacó al jardín el mantel a cuadros que Marcus le había dado y lo extendió en el césped; entre tanto, él llevó la comida y una jarra de agua en una bandeja.

Marcus le sirvió una generosa ración de ensalada y la observó mientras Donna devoraba la comida con un apetito que le hizo recordar la primera vez que la vio, cuando llegó a su hotel con frío, mojada y hambrienta. Pero el sentimiento protector que despertó entonces en él no era nada comparado con el que sintió en ese momento.

—¿Comes tanto últimamente? —preguntó Marcus, cuando la vio hacer una pausa para respirar.

Donna limpió los últimos rastros de la salsa de la ensalada con un trozo de pan y masticó despacio antes de contestar.

—Es por el embarazo.

Marcus se tumbó en el césped de costado, y Donna pensó una vez más en lo largas y musculosas que tenía las piernas.

—Bueno, habíame del embarazo —dijo él en voz

queda.

Donna apartó su plato, vacío, y bebió un sorbo de agua.

—A veces, el estómago se me revuelve tanto que pienso que no voy a volver a poder comer nunca.

—¿Y otras veces?

—Otras veces... me comería todo lo que pillara.

Marcus no pudo evitarlo...

—¿Incluso a mí?

Donna le lanzó una furiosa mirada.

—Marcus, no va a ayudar que hagas comentarios insinuantes como ese.

—No puedo evitarlo, produces ese efecto en mí.

—¡No estoy haciendo nada! —protestó Donna.

Marcus sospechaba que, aunque le leyera la guía telefónica, la encontraría excitante. Pero la mirada que Donna le lanzó fue de advertencia, por lo que Marcus se dio media vuelta, quedando tumbado boca abajo con el fin de que ella no notara la forma en que le estaba afectando. Ni dónde.

Donna lo vio hacer una mueca y pensó que sabía por qué. Lo había visto enrojecer. Y quiso tocarlo, acariciarlo...

Pensó en lo fácil que sería tumbarse al lado de Marcus con la excusa de la digestión. En cuyo caso, sería solo cuestión de tiempo, pero Marcus acabaría besándola.

Y quería que la besara. Lo deseaba. Era el único hombre al que, en realidad, había deseado.

—Bueno, ¿vas a venir a vivir conmigo, Donna?

La Donna de dieciocho años habría agarrado esa oportunidad con ambas manos, pero ya no tenía dieciocho años. La situación en la que se encontraba era bastante complicada, sería mejor no complicarla más.

Donna negó con la cabeza.

—No, no puedo hacerlo. Aún no me he hecho a la idea de que, dentro de cuatro meses, voy a tener un hijo. Este no es el mejor momento para experimentos.

Marcus volvió a darse la vuelta hasta tumbarse boca arriba.

—Puede que no vuelva a pedírtelo. Donna se echó a reír.

—¡Qué desgracia! En ese caso, he perdido la ocasión de mi vida.

En fin, qué se le va a hacer.

Marcus miró al cielo, que empezaba a oscurecerse. No comprendía a Donna. Había creído que... Frunció el ceño.

Donna lo miró.

—¿Qué te pasa, Marcus, no puedes creer que una mujer te haya dicho que no?

Marcus fue delicado con ella porque estaba embarazada, pero no vaciló cuando tiró de ella hasta tumbarla encima de sí.

—Quizá logre hacerte cambiar de idea —murmuró Marcus antes de bajarle la cabeza hasta que sus labios se unieron.

La besó, fue todo lo que hizo. No intentó desnudarla ni explorar los contornos de su cuerpo. Los labios de Marcus fueron dulces, suaves, duros y apasionados al mismo tiempo.

Fue un acto entre activo y pasivo, inocente e inmensamente habilidoso. Fue una seducción totalmente nueva para Donna.

Y ella no había estado preparada para el impacto.

Marcus sabía que tenía que parar. Aquello estaba fuera de su experiencia. Nunca había sentido nada tan hermoso. Y en un momento, si no tenía cuidado, iba a...

Donna parpadeó cuando Marcus apartó la boca de ella y, haciendo un ímprobo esfuerzo, se levantó y la ayudó a levantarse. Entonces, la soltó.

—Donna...

—Te cuesta respirar —jadeó ella.

—Y a ti. Y tienes el pelo todo revuelto.

Donna se retiró unas rizadas hebras de pelo de la cara. Se sacudió unas briznas de hierba del traje y empezó a caminar hacia la casa.

Marcus la siguió.

—¿Puedo ir contigo a la clínica para ver la ecogra—fía? Quiero ver al niño.

De repente, Donna se sintió culpable.

—Ya me han hecho una ecografía. Marcus se puso tenso, a pesar de saber que no tenía derecho a sentirse excluido.

—¿Y?

—Todo está bien —Donna pensó que lo mejor sería empezar a hablar de asuntos prácticos—. La gente va a notar pronto que estoy embarazada.

—¿No lo han notado ya?

—Ally sí, y también Sarah. Pero ninguna de las dos lo ha comentado con nadie. ¿Qué quieres que diga, si alguien me pregunta?

Marcus la miró fijamente. Le estaba pidiendo su opinión; pero, en realidad, a Donna no le importaba su opinión. Ahora que él le había ofrecido irse a vivir a su casa, ella lo había rechazado.

—Marcus, ¿qué quieres que le diga a la gente? Marcus se notó encolerizar por momentos.

—Di lo que quieras, es asunto tuyo. A Donna le habría gustado que la ayudara un poco.

—Así que... si le digo a la gente que tú eres el padre... ¿no te importa?

—¿Por qué iba a importarme? Aunque no lo hicieras, pronto se enterarían. Porque tan pronto como nazca el niño voy a solicitar su custodia.

Capítulo 9

TE ha dicho eso? Donna hizo un esfuerzo para dejar de temblar con el fin de repetir lo que acababa de decirle a la incrédula Ally.

—Marcus ha dicho que… que… va a solicitar la custodia del bebé tan pronto como nazca.

—No puede hacer eso —contestó Ally.

—¿Quién ha dicho que no puede? Puede hacer lo que le plazca. Es rico, y tiene poder e influencias. ¿Qué juez, cuando lo compare conmigo, no le va a dar la custodia? Al fin y al cabo, yo estoy empezando un negocio y voy a tener que hacer eso y criar a un bebé al mismo tiempo.

Donna lanzó un gruñido.

Ally la miró furiosa.

—¡Para empezar, deja de comportarte como si ya hubieras perdido el caso! Después, te buscas un buen abogado, especialista en estos temas, y que te explique las posibilidades que tienes. Al fin y al cabo, tí eres la madre.

—Y él es el padre.

—El te ha dejado embarazada, Donna, eso es todo Pero la que lleva el niño dentro eres tú. Sin embargo, Donna vaciló.

—No se trata solo de un asunto biológico, Ally desde luego, no con Marcus. Marcus es el padre del niño en pleno sentido de la palabra.

Donna no sabía por qué lo sentía así, pero no podía evitarlo. En cierto modo, quedaba fuera de la lógica o de la razón.

Ally se mostró impaciente.

—Es posible, Donna, pero eso no quiere decir que tenga derecho a quitarte a tu hijo. ¡Es opresión masculina!

—O igualdad —comentó Donna encogiéndose de hombros—. Quizá los hombres se sienten excluidos de la crianza de sus hijos y es posible que hayan decidido que pueden ofrecer el mismo apoyo emocional y físico que las mujeres. Todo depende de cómo se mire.

—No puede quitarte a tu hijo —repitió Ally—. ¿O va a poder?

—No lo sé, ese es el problema. Y voy a tener que enterarme.

—¿Cómo?

—Consultando con un abogado.

—Bien, eso es fácil —Ally sonrió—. Tony Paxman es un buen abogado.

Pero Donna no quería acudir a Tony. En realidad, no quería ir a ningún abogado de Winchester. Si Marcus le iba a presentar batalla, la lucha por la custodia del bebé podía resultar muy desagradable. Y Donna necesitaba conocer bien su situación y las posibilidades que tenía antes de asumir el papel de víctima local.

—Voy a hacer un par de llamadas —le dijo Donna a Ally—. ¿Puedes encargarte de la tarta de frutas?

—¡Hecho! —repitió Ally mientras se miraba el reloj—. Oye, Sarah va a llegar ya pronto. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre?

—¡Gracias, jefa! —dijo Donna, riendo a pesar de las circunstancias.

Donna llamó por teléfono a Carly Morrison, una mujer a la que conoció unos años atrás en Londres en un curso nocturno de repostería. Carly había acabado teniendo su propio programa de cocina en un canal de televisión. Se mantenían en contacto, y Carly le había prometido a Donna ir al Buttress tan pronto como le fuera posible. Carly no se asustaba por nada, era encantadora y tenía muchos contactos.

Donna la localizó en el estudio de televisión, y después de contestar a todas las preguntas de Carly sobre el Buttress, Donna reunió el coraje suficiente para hablarle de lo que quería.

—Carly, necesito que me hagas un favor. Su amiga lanzó una carcajada gutural.

—Si lo que necesitas es dinero, te has dirigido a la persona errónea, cariño.

—No, no se trata de dinero. Necesito que me recomiendes un abogado. Se hizo una pausa.

—¿Tienes problemas, Donna? Donna se dio cuenta de que, si empezaba a explicarle su situación, no acabaría nunca.

—No, no tengo problemas, Carly. Lo único que quiero es alguien que pueda aconsejarme sobre un asunto.

—Está bien, aquí tengo el teléfono de un bueno ¿Tienes papel y lápiz para apuntar?

Después de despedirse de su amiga y colgar, Donna marcó el teléfono del abogado, que era amigo de Carly, y este le dijo todo lo

que necesitaba saber.

Después de la conversación telefónica, Donm volvió a la cocina y encontró a Ally y a Sarah preparando pasteles a una velocidad semejante a la que se veía en las cadenas de montaje.

—¿Qué tal? —preguntó Sarán.

—Bien. Si no os importa, me voy a dar un paseo. Necesito un poco de aire fresco.

—Donna, ¿qué ha dicho el abogado? —preguntó Ally.

Donna se sentía casi mareada. Extraño.

—Luego te lo digo. Necesito salir de aquí, siento claustrofobia.

Fuera, el día estaba bochornoso, y el sol de septiembre la aturdió. Se sentía como una extraña en la ciudad que mejor conocía. Quizá fuese al mercado a comprar flores.

Tomó el camino más bonito, aunque también el más largo. Gotas de sudor le caían por la espalda y se arrepintió de no haberse puesto uno de los muchos sombreros que tenía.

En el mercado, compró dos ramos de margaritas y, mientras sacaba el dinero del monedero, sintió un extraño dolor en el bajo vientre. La frente se le bañó en sudor y el vendedor la miró con el ceño fruncido.

—¿Se encuentra usted bien, señora?

Donna asintió, con las flores en los brazos. Esta vez, eligió el camino más corto, aunque para ello tenía que pasar por el hotel de Marcus. Era'muy fácil decirse a sí misma que el embarazo no cambiaba nada, pero se daba cuenta de que iba a tener que tomarse las cosas con más calma. Haber ido hasta el mercado era buscarse problemas.

Marcus estaba asomado a la ventana de su despacho, preguntándose por qué todo le parecía tan distinto. La calle era la misma, los coches seguían rodando...

¿Se debía a que había una mujer que llevaba a su hijo en el vientre? Una mujer vulnerable a la que había amenazado con llevar a los tribunales. Culpa e ira era lo que sentía. Apoyó la cabeza en el cristal y lanzó un suspiro.

¿Cómo había podido hacerle eso? ¿Cómo había podido decirle que iba a llevarla a los tribunales? ¿Qué clase de hombre era?

Iba a tener que ir a verla para decirle que no había hablado en serio, que sus palabras se habían debido a un enorme sentimiento

de frustración.

De repente, vio una cabeza de cabello rojizo...

No, no podía ser Donna. Esa mujer estaba demasiado llena para ser Donna. Donna no tenía el redondo cuerpo de la mujer a la que estaba mirando.

Marcus se quedó helado.

Estaba equivocado. La Donna de su memoria era una mujer joven y despreocupada, la mujer que estaba cruzando la calle, con unas margaritas en los brazos, tenía casi diez años más y caminaba torpemente debido al peso del bebé que llevaba en el vientre.

Impulsivamente, Marcus alzó la mano y empezó a dar golpes en el cristal de la ventana. Ella alzó la vista y lo vio.

Marcus la vio volver a cruzar la calle, hacia el hotel, con expresión de firme decisión.

Cuando Marcus llegó a recepción, ella ya estaba allí, con el rostro sumamente pálido.

—Tengo que hablar contigo —dijo ella con voz ahogada.

Marcus la agarró del brazo, ignorando el intento de Donna de zafarse de él.

—Lo que necesitas es sentarte —le corrigió él, y alzó una mano hacia uno de los ayudantes de cocina que pasaba por allí en ese momento—. ¡Graham! Por favor, sube té a mi despacho.

—Ahora mismo, Marcus —respondió Graham.

Marcus guió a Donna hacia su despacho, sorprendido de lo ligera que la notaba. Allí, la hizo sentarse en una silla. Le alarmaba su palidez y el hecho de que se hubiera sentado sin protestar.

Donna sintió alivio al sentarse. Dejó las flores en su regazo, sintiendo las palmas de sus manos pegajosas y frías.

Marcus se inclinó sobre ella.

—Escucha, Donna...

—¡No! —Donna pensó en el bebé y eso le dio fuerza—. ¡Escúchame tú a mí! He hablado con un abogado...

—Donna...

—¡Cállate! —le dijo ella con voz cansada—. Cállate y escucha, Marcus. El abogado me ha dicho que, sin estar casados, tú no tienes ningún derecho respecto al niño. Y ya que no estamos casados ni lo estaremos nunca, se acabó todo. ¿De acuerdo?

Marcus se sentó en el borde del escritorio y se dio cuenta de que

Donna estaba al borde de las lágrimas.

—De acuerdo —respondió Marcus. Pero Donna quería una pelea. Había ido allí con la idea de gritarle y…

—Estoy dispuesta a cualquier cosa con el fin de evitar que me quites a mi hijo, Marcus. ¡Y será mejor que me creas!

—Donna, no quiero quitarte a tu hijo.

—¡Sí que quieres!

En ese momento, Donna lo miró con horror al sentir, de repente, un intenso dolor en el vientre, un dolor casi insoportable.

—Marcus…

Marcus la vio parpadear y notó que la expresión contorsionada de Donna se debía, además de al miedo, a un intenso dolor físico.

—Donna… —dijo él con voz espesa.

Mientras sé acercaba a ella, la vio ponerse tensa antes de empezar a caer hacia delante, tirando las margaritas al suelo.

Marcus oyó un grito, y se dio cuenta de que había sido él quien había gritado mientras agarraba a Donna en brazos, evitándole la caída.

Capítulo 10

CUANDO Donna abrió los ojos, vio una luz suave dorada. —Hola, Donna.

Reconoció la voz. Sentía los labios secos y se los humedeció con la lengua. Parpadeó al encontrarse con esos ojos azul hielo… y sintió miedo al ver su expresión.

Vio en ellos dolor. Un profundo dolor. Recordó. Recordó su propio dolor físico. Y sangre. Y a Marcus, pálido, hablando por teléfono con urgencia. Una ambulancia y sirenas. El frío de la camilla de un hospital. Un hombre con una mascarilla. Luz en los ojos. Dolor y humedad.

—¡Oh, Dios mío! ¡No! —intentó incorporarse en la cama, pero se dejó caer una vez más en la almohada.

Marcus le puso los brazos alrededor de los hombros y la estrechó contra sí con cuidado, como si le diera miedo hacerle daño.

—Espera un momento, voy a avisar a la matrona.

¿La matrona?

Sonó un timbre. Al momento, Donna vio a una mujer de cabello oscuro con hoyuelos en las mejillas que se acercó a la cama. La mujer le dijo a Marcus que se fuera, pero él se negó a moverse.

La mujer llevaba una tarjeta de identificación prendida al uniforme, encima del pecho que la identificaba como enfermera Hindmarsh.

—Es usted una mujer muy afortunada, Donna —dijo la enfermera Hindmarsh.

Donna volvió la cabeza hacia ella y sintió una lágrima resbalándole por la mejilla. ¿Afortunada? ¡Esa mujer estaba loca! ¿Cómo podía ser afortunada después de haber perdido lo único importante en su vida?

Donna negó con la cabeza.

—Claro que lo es —insistió la enfermera—. Ir por ahí sin parar, descansar tan poco… No es de extrañar que haya tenido una pérdida.

De repente, Donna se dio cuenta de que la enfermera no le estaría hablando así a menos que…

—¿El niño? —preguntó Donna con voz ahogada. La enfermera

asintió.

—El niño está bien. Está perfectamente. Como he dicho, tiene usted mucha suerte.

Sin dar crédito a lo que acababa de oír, Donna volvió la cabeza hacia Marcus en busca de confirmación.

Él asintió.

—Está bien, Donna. Todo está bien —entonces, Marcus sonrió débilmente.

Donna intentó sentarse en la cama, pero Marcus se lo impidió.

—¿Cuánto tiempo llevo aquí?

—Unas horas. El médico te ha hecho un reconocimiento y una ecografía. Después, te has quedado dormida. ¿No te acuerdas de nada?

Donna sacudió la cabeza.

—No, no me acuerdo de nada.

—Yo estaba contigo cuando te han hecho la ecografía —la voz de Marcus denotaba un inconfundible orgullo—. ¡El niño está muy bien! Aunque claro, supongo que no soy muy objetivo.

Donna se puso una mano en el vientre. Seguía teniéndolo abultado. Otra lágrima le corrió por la mejilla.

—No llores, cielo —dijo Marcus con ternura—. El niño está bien y tú también. Todo está bien.

El médico se mostró más firme y más directo que la enfermera.

—¿Entiende lo que le he dicho, Donna? Donna asintió y miró a Marcus en busca de ayuda, pero él se mostró tan implacable como el médico.

—Tiene un ligero problema, y es que la placenta está muy baja en el útero. Eso significa que se corre el riesgo de que la placenta se desgarre; y si eso ocurriera, tanto usted como el feto podrían correr peligro —el médico le dedicó una leve sonrisa—. Pero, en su caso, no está excesivamente baja, por lo que el riesgo es pequeño, como ya le he explicado a su compañero.

Donna abrió la boca para protestar; pero al ver la cara de Marcus, se dio cuenta de que mejor era mantener la boca cerrada.

—No hay necesidad de un tratamiento especial, lo que sí es importante es que descanse. Es primordial descansar, Donna. ¿Lo ha entendido? —el médico se volvió a Marcus—. Debe vigilarla y evitar que se repita lo ocurrido hoy. No significa que su mujer no

pueda dar un paseo, pero sin excesos de ninguna clase. Nada de levantar peso, ni ir en bicicleta... ni sexo.

Donna jamás se había ruborizado tanto en su vida.Deseó que Marcus acudiera en su ayuda, pero él empeoró la situación al preguntar:

—Se refiere al sexo con penetración, ¿no, doctor? En esta ocasión, fue el médico quien se ruborizó.

—Bueno, sí... es obvio.

—¿Y qué hay de mi trabajo? —interpuso Donna rápidamente, ya que sabía que iba a morirse de vergüenza si seguían hablando del mismo tema.

El médico la miró fijamente.

—Donna, ¿cómo es de importante para usted su

hijo?

—Es lo más importante del mundo —contestó Donna sinceramente.

El médico escondió su sonrisa.

—Bien. Es todo lo que necesito saber.

Marcus esperó a que Donna se abrochara el cinturón de seguridad del coche para insistir en las palabras del médico.

—Ya has oído lo que ha dicho el doctor, Donna. Espero que le hagas caso.

«Manten la calma, manten la calma», se dijo Donna a sí misma.

—Diga lo que diga el médico, tengo que atender mi negocio. No puedo ignorarlo.

Marcus esperó a salir del aparcamiento del hospital para contestar.

—No tienes que preocuparte del negocio, se hará lo que haya que hacer.

—¿Que no me preocupe? —dijo Donna casi gritando—. Es imposible llevarlo con dos personas, y no tengo dinero para contratar a una más.

Marcus le lanzó una mirada fugaz.

—Deja que me concentre en conducir. No quiero tener una pelea en el coche.

—¿Quién ha dicho nada de tener peleas?

—La cara que tienes. Hablaremos cuando lleguemos a casa.

Donna se recostó en el asiento y suspiró, consciente de que no

valía de nada discutir en ese momento.

Pero protestó cuando Marcus paró el coche delante de su casa.

—¿Te importaría decirme por qué me has traído a tu casa? ¡Quiero ir a la mía!

—Lo sé, pero aquí podremos hablar en privado. Ni en el hotel ni en tu establecimiento vamos a poder hablar sin que nos interrumpan.

A Donna le pareció más fácil acceder que protestar; además, sabía que Marcus tenía razón.

Donna le permitió ayudarla a sentarse en un cómodo sofá delante del ventanal del cuarto de estar que daba al jardín. Después, esperó a que volviera de preparar té y unos sandwiches.

Marcus se sentó en un sillón opuesto al de ella y esperó a que hubiera comido algo con ese voraz apetito suyo. A él, sin embargo, el susto le había quitado las ganas de comer.

Durante la larga espera mientras el médico examinaba a Donna, se había sentido completamente indefenso. Había imaginado perder al niño/perder a Dona... y le había parecido que su mundo se volvía del revés. Había sido una experiencia sumamente angustiosa.

—Bueno, Donna, ahora quiero hacerte una proposición.

—Continúa.

—¿Me prometes escucharme sin interrumpir? Donna hizo una mueca.

—¡Esa es una petición que no me gusta nada!

—Pero necesaria en tu caso. ¿Me lo prometes?

—¿Cómo voy a contestar antes de saber lo que vas a proponerme?

—Donna, por favor... Ella sonrió.

—Supongo que, si lo pides por favor, debe de ser muy importante.

—Está bien, lo tomaré como un sí —Marcus le devolvió la sonrisa, incapaz de resistirse a los encantos de Donna y pensando que esa mujer era un amasijo de contradicciones—. Sé que has dicho que no quieres venir a vivir aquí...

Marcus alzó una mano al ver que Donna estaba a punto de protestar.

—¡Recuerda lo que has prometido! —le advirtió él.

—Sí, pero la situación no ha cambiado. Sigo sin querer venir a

vivir aquí.

—¡Claro que la situación ha cambiado! No estás en condiciones de hacer lo que te plazca. Necesitas descansar, Donna, ya has oído lo que ha dicho el médico. No puedes volver al trabajo. Y ahora, respecto a lo de vivir sola... ¿qué pasaría si empezaras a sentir dolores en mitad de la noche? ¿O si, Dios no lo quiera, tuvieras otra pérdida?

—¡Ni lo menciones! —Donna se estremeció.

—El médico ha dicho que no es probable, siempre y cuando te cuides. Necesitas que haya alguien contigo día y noche. Si vivieras aquí, yo podría cuidar de ti. ¡Qué demonios, quiero cuidar de ti!

Donna lo miró fijamente.

—¿Has terminado?

—Sí.

—¿Puedo hablar ya?

Marcus lanzó un suspiro. ¿Cómo podía Donna estar tan embarazada y, al mismo tiempo, ser tan sensual?

—Sí, Donna, ya puedes hablar.

—¿Quién va a dirigir tu negocio mientras tú estás aquí cuidándome?

—Mi encargado, naturalmente.

—¡Exacto! —respondió ella triunfalmente—. ¿Y quién va a dirigir el mío?

Afortunadamente, Marcus estaba preparado para contestar a esa pregunta.

—Como ya te he dicho, eso está arreglado. Voy a enviar a uno de mis cocineras a tu negocio para que ayude a Ally a preparar la repostería, y también está dispuesta a servir mesas y a hacer lo que sea necesario —Marcus trató de calmarla un poco más—. La verdad, Donna, es que tengo muchos empleados y están a tu disposición siempre que los necesites.

Pero Donna se mantuvo implacable.

—Marcus, aún no has contestado a mi pregunta. ¿Quién va a dirigir mi negocio?

Marcus frunció el ceño mientras trataba de recordar el nombre de la rubia que lo había mirado como si fuera el demonio en persona. ¿No se llamaba Alison...?

—¡Ally! —exclamó Marcus, recordando—.O Sarah.

—No —le corrigió ella—. Ally trabaja y tiene una hija, a la que está criando sola, y no puede trabajar más horas de las que ya trabaja. Y Sarah solo tiene veintidós años y una activa vida social que le interesa más que mi negocio, cosa nada de extrañar.

Marcus la miró fijamente.

—¿Entonces?

—Entonces, me gustaría saber quién se va a encargar de los pedidos, o del servicio de lavandería, o de recibir a los turistas... de todas esas cosas que dan carácter a un negocio. ¿Quién va a encargarse de todo eso?

Marcus vio adonde lo estaba llevando Donna, y también vio quién era la única persona que podía hacer todo lo que ella había enumerado.

—Supongo que yo —respondió Marcus suspirando.

—¡Exacto! Por lo tanto, tiene mucho más sentido que tú vengas a vivir conmigo. Marcus la miró con interés.

—¿Cómo?

—¿Que cómo? —gruñó ella—. ¡Agarra una maleta con tus cosas y vente a vivir conmigo! El interés se hizo más intenso.

—¿Puedo preguntar dónde?

—Puede que no tenga cinco dormitorios, como tú, pero tengo dos. Uno para mí y otro para ti. El piso de arriba del negocio es un apartamento, así que encontrarás en él todas las comodidades de una casa normal. Simple.

—Simple —repitió Marcus, dándose cuenta de que iba a acabar en la habitación en la que había hecho el amor con ella.

Marcus suspiró, sin poder evitar pensar que su nuevo hogar iba a ser como una especie de cárcel sofisticada.

Ally y Sarah rieron como dos colegialas cuando Donna les dio la noticia.

—¿Que Marcus Foreman va a trabajar y a vivir aquí? —dijo Sarah con incredulidad.

—¿Va a llevar delantal? —preguntó Ally.

—Bueno.

Sintiéndose como un hombre de camino a su propia ejecución, Marcus la siguió al piso de arriba y notó cómo el embarazo había añadido más volumen a las nalgas de Donna. Decidió que le gustaba más así. Quizá le gustaba demasiado.

No había estado en el piso de arriba desde la tarde que hicieron el amor, pero la tenía gravada en la memoria.

Donna le notó ponerse tenso e imaginó lo que estaba pensando, porque ella misma estaba pensando algo parecido.

—Aquí es dónde empezó todo —murmuró ella cuando se acercaron a la puerta de la habitación. Pero Marcus sacudió la cabeza.

—No, Donna, empezó mucho antes. Empezó la primera vez que pusiste los pies en mi hotel, empapada y vulnerable.

Donna hizo un esfuerzo para evitar que aquel recuerdo la sedujera. O las palabras de Marcus. Pasó de largo por la puerta del cuarto que iba a ser el de él y lo llevó al suyo.

A Marcus le sorprendió que Donna le permitiera acceso a su santuario.

Las paredes del dormitorio eran de color crema, las cortinas de las ventanas eran de muselina blanca, y la cama con pies y cabecero de bronce. En las paredes, Donna tenía colgados numerosos sombreros de paja: algunos con flores, otros con lazos y otros con diferentes decoraciones.

—Me compro un sombrero todos los años cuando llega el verano —explicó ella cuando vio a Marcus mirando los sombreros.

—¿Cuál te has comprado este año?

Donna señaló su nueva adquisición, un sombrero con cerezas y un lazo color escarlata.

—Ese.

—Póntelo —dijo Marcus con voz suave.

—No.

—Como encargado de este establecimiento, te ordeno que te lo pongas.

Era extraño cómo Marcus podía hacer que algo tan sencillo como ponerse un sombrero pareciera una invitación tan erótica.

—¡No, no voy a ponérmelo! ¡Acaba de examinar mi habitación!

Reprimiendo su deseo, Marcus obedeció. Aparte de la cama, la única pieza de mobiliario que había era una cómoda con un pequeño taburete. En conjunto, el efecto era sencillo, espacioso y de estilo.

Donna lo miró.

—Bueno, ¿qué te parece?

—Me gusta. Es una habitación muy bonita, femenina sin excesos.

—¿Era eso lo que esperabas, excesos?

—No sé lo que esperaba, Donna. No esperaba que volvieras a Winchester y montaras un negocio —Marcus sonrió—. Pero he aprendido a esperar cualquier cosa de ti, Donna. No encajas en ningún estereotipo.

—En ese caso, destruyamos otro estereotipo ya que estamos en ello, ¿te parece?

Donna se acercó a la cómoda y agarró una fotografía con marco plateado.

—Toma —dijo Donna, dándole la fotografía a Marcus.

Marcus la observó. Era el retrato de una mujer de unos veinticinco años, con un bikini diminuto, que sonreía a la cámara con una mezcla de picardía e inocencía. A pesar de tener el cabello oscuro, era fácil notar el parecido. Los grandes ojos verdes y la misteriosa sonrisa eran los mismos que los de Donna.

—¿Es tu madre?

—Sí —Donna señaló el bikini—. ¿Ves lo que lleva puesto?

Marcus asintió.

—Cuando se desnudaba durante su actuación, solía dejarse las braguitas del bikini. Y partes de sus pechos estaban cubiertas con colgantes. Nunca se desnudaba por completo.

—No tienes que darme explicaciones, Donna —dijo Marcus incómodo.

—Sí, Marcus, sí que tengo que hacerlo —contestó ella con firmeza—. Los tiempos han cambiado; antes era otra cosa, pero mi madre no se quedaba más desnuda que muchas mujeres en la playa ahora.

Donna le quitó la foto y volvió a dejarla en su sitio.

—No estoy diciendo que el trabajo de mi madre fuera bueno, porque no lo era —continuó Donna—. Era un mal trabajo. Lo que pasa es que mi madre lo hacía todo lo aceptable posible, eso es lo único que digo. Y ahora, mira esta otra foto.

La siguiente fotografía que Donna le enseñó era de la misma mujer, pero cuando tenía alrededor de cincuenta años. Su cabello tenía toques plateados, y llevaba un sencillo vestido de lana y un collar de perlas. Tenía el aspecto de una mujer que, al entrar en su

restaurante, recibiría automáticamente su mejor mesa.

—Esta foto fue tomada unos años después de que comprara la pensión —dijo Donna.

Marcus no pudo disimular su sorpresa.

—¿Cómo es posible que cambiara tanto?

—Mi madre se educó de forma autodidacta. No fue a clases nocturnas para adultos ni nada de eso; simplemente, empezó a leer mucho, y libros de todas clases. Aprendió a pensar y a vestirse bien. Dejó de creer que la bisutería era maravillosa y que las perlas y el ámbar eran aburridos. Aprendió a valorar las cosas.

—¿Pero no volvió a casarse?

—Nunca estuvo casada, ni con mi padre. Yo soy hija ilegítima —dijo Donna, y le sonrió cuando dejó en su lugar la foto—. ¿Lo ves?, esto ya tampoco escandaliza a nadie.

—Pero sí cuando tú eras pequeña, ¿verdad?

—A algunas personas, pero no a tantas como para que me destrozara la vida —Donna se encogió de hombros y se acercó a él—. No te estoy enseñando esto para ganarme tu simpatía, Marcus. Mi niñez me ha hecho como soy, y me gusta la persona que soy; por lo tanto, no me avergüenzo de nada. Absolutamente de nada.

Marcus le puso las manos en el rostro.

—A mí también me gustas.

—Bien, es un buen comienzo.

Marcus le acarició la barbilla con el dedo pulgar.

—Yo también quiero que sepas un par de cosas, Donna, y la primera es referente a tu madre.

Donna dio un paso atrás, alejándose de aquel dedo que la estaba distrayendo.

—Continúa.

—Yo nunca os juzgué a ti ni a tu madre por la forma en que ella se ganaba la vida... no se me dio esa oportunidad. Fuiste tú quien decidió que yo estaba lleno de prejuicios. Lo que sí me molestó fue que tú me mintieras, pero que confiaras en mi hermano.

—Tú siempre estabas ocupado con el trabajo, Marcus. Además, siempre pusiste una barrera entre tú y yo.

—Es posible.

—Nada de posible, es la verdad —Donna lo miró y se dio cuenta de que, quizás, no había sido tan sincera con él como podría

haberlo sido—. Quería gustarte, Marcus, no que me miraras como a un ser inferior. Ese fue el motivo por el que te dije que mi madre era actriz.

—Sí, ya me he dado cuenta, pero ahora. Además, me gustabas; lo que pasa es que lo que sentía por ti era algo que no podía controlar. Creo que, aunque me hubieras dicho que venías de Marte, me habría dado igual.

Donna lo miró a los ojos.

—Eso es lo primero que querías decirme. ¿Qué es lo segundo?

—Algo que intenté decirte ayer cuando viniste a mi despacho, que jamás tuve intención de quitarte la custodia del niño.

—Pero me lo dijiste.

—Lo sé. Pero estaba enfadado y frustrado... porque me sentía rechazado.

—Lo siento —dijo Donna.

El deseo de besarla fue más fuerte que nunca, pero Marcus sabía que no era el momento de ceder a la tentación. Los besos llevaban a otras cosas, y Donna estaba demasiado delicada, por mucho que insistiera en negarlo.

Y el médico había dicho que nada de sexo.

—¿Por qué no te echas a descansar un rato? —dijo Marcus—. Entretanto, yo bajaré a ver qué hay que hacer en la cocina.

Capítulo 11

LA PRIMERA semana que Marcus pasó en casa de Donna, se trataron como dos personas que acabaran de conocerse, en vez de una pareja que iban a ser padres.

Marcus incluso iba a afeitarse al hotel por las mañanas después de que Ally y Sarán llegaran; ya que, como le dijo a Donna, los cuartos de baño eran lugares muy privados y no quería invadir su espacio.

Por fin, Donna decidió que necesitaban hablar.

Esperó a que Ally y Sarán se marcharan a sus casas después de un día especialmente ajetreado y fue a buscar a Marcus, que estaba trabajando en el pequeño despacho. Lo encontró con aspecto fatigado y con necesidad de un buen afeitado; pero, aun así, era el hombre más atractivo que había visto en su vida.

Marcus levantó la cabeza y frunció el ceño al ver entrar a Donna.

—¿Está todo bien?

—No todo.

Al instante, Marcus se puso en pie.

—¿Se trata del bebé?

—¡No, no se trata del bebé! —respondió Donna enojada—. ¡No siempre que estoy cansada se debe al embarazo, Marcus!

—¡No te exaltes!

—¡Me exaltaré todo lo que me apetezca! Soy yo la que está embarazada, ¿de acuerdo? Soy yo la que tiene que aguantar esta extraña situación de tenerte aquí como... como...

—¿Como qué? —preguntó Marcus con cautela.

—¡Como un desconocido! —exclamó ella. Marcus sonrió.

—Vamos, siéntate —sugirió él con voz suave. Donna se sentó en la silla frente a la de Marcus. Se preguntó qué iba a decirle; entonces, se dio cuenta de que no iba a perder nada siendo sincera.

—Si, para ti, vivir conmigo solo significa prepararme la comida, llevarme tazas de té todo el día y luego encerrarte en una habitación, creo que estoy no va a funcionar.

—Está bien, dime qué es lo que quieres. Donna tragó saliva.

—Si estás aquí físicamente, pero no en espíritu, para mí implica

tener las desventajas de compartir la casa con una persona, pero no las ventajas.

—¿Como por ejemplo? Donna se encogió de hombros.

—¡Oh... no lo sé! Por ejemplo... charlas nocturnas mientras bebemos un chocolate caliente... Marcus volvió a sonreír.

—Quieres llegar hasta lo más profundo de mi alma, ¿no es eso, Donna? —murmuró él en tono burlón.

—Sí, eso es —respondió ella—. ¡Si es que tienes alma! Vas a ser el padre del niño, Marcus; por eso, no quiero que seas un desconocido para mí... ni para el niño cuando nazca. Quiero poder responderle a las preguntas que me haga sobre ti cuando sea mayor.

La sonrisa de Marcus desapareció.

—¿Te refieres a cuando esté ausente? ¿Estás dando por hecho que no voy a poder contestar a sus preguntas yo mismo?

—¡Esa es la cuestión, no lo sé! No hemos hablado de ello, ¿verdad? No hemos hablado de nada. ¿Hasta qué punto pretendes ejercer de padre? —Donna lo miró con intensidad.

Marcus guardó silencio un momento.

—¿No crees que deberíamos tomarnos las cosas con más calma?

—¡Hay una gran diferencia entre tomarse las cosas con calma y no afrontarlas en absoluto!

Marcus volvió a sentarse en su silla; sus ojos, en contraste con la camisa clara que llevaba, se veían muy azules.

—No podemos predecir cómo vamos a reaccionar cuando el niño nazca. Lo que sí podemos hacer es sacar el mayor partido posible al presente y ver adonde nos lleva. La relación que establezcamos en estos meses que faltan hasta el nacimiento del niño será la base del futuro.

—¡Menuda base! —murmuró ella—. Lo único que has hecho hasta ahora es evitarme. Marcus sacudió la cabeza.

—No te he estado evitando, cielo. Lo que he hecho es tratar de no invadir tu espacio. No quería cambiar tu vida...

—¡Marcus! —Donna se inclinó sobre el escritorio—. ¡Lo único que podría cambiar mi vida más de lo que ya ha cambiado sería enterarme de que mi parto iba a ser televisado!

—Ah, sí, ahora que me lo has recordado... quería hablar contigo precisamente de ese tema —dijo Marcus con expresión seria.

Sus miradas se encontraron, chispas de humor increíblemente

eróticas. Donna se acarició el vientre, como si quisiera recordarse a sí misma las consecuencias de los pensamientos eróticos.

—Está bien, pregúntame lo que quieras saber —dijo él.

—Lo que quiero saber son cosas sobre ti —respondió ella simplemente.

Marcus asintió, casi para sí mismo. Ya se había preguntado cuándo iban a llegar a ese punto.

—Supongo que no quieres que te hable de mi vida profesional en el mundo de la hostelería, ¿verdad?

—preguntó él con sonrisa burlona. . —No.

—¿Quieres que te hable de mis relaciones con otras mujeres?

Donna respiró profundamente. Sí, eso era lo que quería saber, pero no había esperado que Marcus fuese tan directo.

Marcus no esperó a una respuesta.

—Vamos, Donna, no es para sonrojarse. Lo que querías es que te hablara de mis relaciones en el pasado, ¿verdad?

—Mentiría si te dijera que eso no me interesa

—contestó Donna con voz queda—. Sin embargo, no estoy segura de querer saber nada de tus relaciones.

—Quizá prefieras hablarme tú de las tuyas —dijo él, desafiándola.

—Bueno, mi vida sentimental no ha sido nada extraordinaria... lo normal.

—Un resumen muy general, ¿no? —Marcus empequeñeció los ojos—. ¿Has pensado alguna vez en casarte?

—No. ¿Y tú?

Marcus negó con la cabeza.

—No, nunca. ¿Y has estado alguna vez enamorada?

Donna no estaba dispuesta a admitir que lo amaba, la sinceridad no debía ser sinónimo de humillación.

—¿Qué es el amor? —contestó ella en tono petulante.

—¡Cínica! —Marcus se echó a reír, pero le extrañó que la respuesta de Donna le hubiera desilusionado.

No podía ser tan engreído como para creer que, en el pasado, ella lo había amado, ¿o sí?

—¿Y tú? —preguntó ella en tono vacilante.

—Bueno... ha habido ocasiones en las que supongo que he sentido algo que algunos calificarían de amor —respondió él

despacio—. Pero siempre me he echado atrás.

—Justo a tiempo, ¿verdad? —sugirió Donna.

—Sí, es posible.

La mirada de Marcus se tornó pensativa. Había habido mujeres en su vida. Después de despedir a Donna, había tenido relaciones con muchas mujeres, quizá como medio para demostrarse a sí mismo que era el mejor amante del mundo. Durante una temporada.

En los años que siguieron, conoció a algunas mujeres perfectas para el matrimonio. Sin embargo, algo le había impedido comprometerse, y nunca había tratado de indagar demasiado con el fin de averiguar qué era.

—Es posible —repitió Marcus—. Y ahora, te toca a ti, Donna. Dime, cuando te levantas por las mañanas y recuerdas que vas a tener un hijo mío, ¿te sientes acorralada? ¿Deseas que no hubiera ocurrido?

Donna cambió de postura en su asiento y meditó unos segundos antes de contestar.

—A veces sí; sobre todo, cuando pienso en la responsabilidad que entraña tener un hijo. Y, por supuesto, también me asusta un poco el parto. Pero le he preguntado a otras madres en el grupo de preparación para el parto y todas me han dicho que a ellas les pasa lo mismo —su mirada se suavizó—. En cuanto a lo de desear que no hubiera ocurrido... en fin, ha ocurrido; y, como tú mismo me dijiste en una ocasión, el pasado no se puede cambiar. Pero...

Donna se interrumpió, su expresión se tornó reflexiva.

—¿Pero qué?

Donna encogió los hombros.

—Tiene gracia... quiero decir que, a veces, la razón te grita: «¡Socorro!». Pero, por otra parte, la lógica deja de tener importancia. Quiero decir que, a pesar de no haberme quedado embarazada intencionadamente, quiero tener un hijo. Es más, estoy deseando tenerlo.

—¿En serio?

—Sí, totalmente en serio. Supongo que un psicólogo me diría que estoy tratando de formar una familia para compensar por la falta de vida familiar que tuve de pequeña. El problema es que no va a ser una unidad familiar completa. Voy a hacer justo lo que hizo

mi madre, criar a mi hijo yo sola.

Marcus sacudió la cabeza.

—Te equivocas, Donna. Tu padre abandonó a tu madre, yo no voy a ir a ninguna parte.

Donna se mordió los labios, obligándose a aceptar la verdad, por difícil que fuera.

—Pero puede que un día lo hagas. Llegará el día en que no te eches atrás, el día en que te enamores de una mujer, y esa mujer no querrá que tengas nada que ver conmigo. ¿Y quién podría culparla? Al fin y al cabo, el bebé es el resultado de una noche de sexo.

—Donna, el preservativo tal vez se rompiera porque... —Marcus se interrumpió un momento para hacer acopio de valor y reconocer la verdad—. Porque... no recuerdo nunca haber hecho el amor con tanta pasión.

Se hizo un breve silencio.

—¿Lo dices en serio? —preguntó Donna, con el corazón casi saliéndosele del pecho, sin atreverse a mirarle a los ojos.

—En serio.

Donna trató de no hacerse ilusiones. Que hubieran hecho el amor apasionadamente no significaba que la amara.

—¿Te encuentras bien? —preguntó Marcus. Donna se sentía extrañamente tímida.

—Es el niño, se está moviendo. Marcus se moría de ganas de tocarle el vientre, pero ya habían tenido demasiadas emociones por un día.

—Donna...

—¿Mmmmm?

—Se te ve cansada.

—Lo estoy, un poco.

—En ese caso, ve a echarte un rato mientras yo preparo la cena —vio la expresión que puso Donna y la interpretó correctamente al instante—. Y no te preocupes, no voy a volver a comportarme como un huésped. Todo va a ser como tú quieres que sea, ¿de acuerdo? Por las noches, hablaremos hasta que ya no aguantes más.

Marcus sonrió y añadió:

—¿Sigue gustándote jugar a las cartas?

—Bueno... estoy un poco baja de forma.

—Mejor para mí.

—Estoy segura de que no lograré ganarte —dijo Donna en tono inocente.

Capítulo 12

BUENO, ¿qué quieres hacer esta noche, cielo? Donna levantó la cabeza del bordado que estaba haciendo, para el niño, y sonrió.

—¿Jugar a las cartas?

Marcus hizo una mueca e, inquieto, empezó a pasearse por el cuarto de estar.

—Estoy aburrido de jugar a las cartas.

—¡Lo que estás es aburrido de perder!

—Solo te dejo ganar por tu delicada condición.

—¡Sí, claro! —Donna contuvo una carcajada—. De todos modos, no me siento nada delicada esta noche.

—Tampoco lo pareces. Se te ve tan sana como...

—¿Como un globo?

Marcus se la quedó mirando con una mezcla de orgullo y lujuria.

Sobre todo, lujuria.

No había sido fácil, pero durante los últimos meses había logrado contener su insistente deseo por ella, embarazada o no.

—No, no te pareces en nada a un globo.

—Entonces, ¿a qué me parezco?

Ese tipo de miradas era lo que lo desarmaba.

—¡Deja de jugar conmigo, Donna! De lo contrario, puede que te encuentres con una sorpresa.

Donna lo miró pensativa, fijándose en lo guapo que estaba con ese jersey gris marengo y pantalones oscuros de pana. Sin embargo, le notaba malhumorado, y no sabía por qué, ya que ahora las cosas entre ellos iban muy bien.

En un rincón de la habitación estaba el árbol de navidad que Marcus había decorado el día anterior, a pesar de que ella, desde el sofá, le había dirigido.

Era difícil de creer que llevaran viviendo juntos en ese piso solo tres meses y, no obstante, Marcus pareciera haber encajado perfectamente en su vida.

—Te noto un poco alterado esta noche —observó ella con esa calma que parecía ser una característica permanente de su embarazo últimamente.

—Sí, bueno...

—Bueno, ¿qué?

Marcus sacudió la cabeza.

—Nada.

—Marcus —dijo ella impaciente—, no está nada bien dar una indicación de algo y luego no explicar nada. Vamos, dime qué es lo que te pasa.

Marcus se la quedó mirando fijamente.

—Lo que me pasa es… tu actitud.

—¿Sí? ¿Acaso te ha molestado que impusiera mi opinión respecto a la copa del árbol? ¿O se trata del cabello del ángel?

—¡Lo ves! ¡Eso es precisamente a lo que me refería!

—¿A qué? —preguntó Donna sin comprender.

—Te tomas las cosas completamente a la ligera. Donna lo miró a los ojos y su expresión se tornó violenta.

—¿Estás insinuando que no me estoy tomando el embarazo en serio?

—¡Sí! ¡No! ¡No lo sé!

—Vamos, continúa.

Marcus se pasó una mano por su oscuro cabello y luego se dejó caer en un sillón.

—Físicamente, estás haciendo todo lo que el médico te ha dicho que hagas.

—Me parece que viene un «pero» —observó Donna.

—¡Pero no tengo ni idea de tu estado mental! Donna parpadeó.

—¿Quieres decir que, según tú, me estoy volviendo loca?

—¡Donna!

—Bueno, eso es lo que parecía que has dicho.

—¡Lo que digo es que nunca me hablas de lo que te preocupa! —dijo Marcus obstinadamente—. No me hablas de tus miedos, tus preocupaciones, tus inseguridades…

—Estás suponiendo que tengo de todo eso.

—Lo sé.

Donna lo miró fijamente a los ojos.

—¿Y cómo lo sabes?

—¿Te acuerdas de lo que pasó en septiembre? —preguntó él.

—¡Eso fue hace meses!

—¡Lo sé, conozco el calendario! Pero, ¿te acuerdas del paseo que dimos hasta la catedral, cuando viste a ese grupo de niños de

colegio?

—Sí, me acuerdo. ¿Y qué?

—¿Te acuerdas de lo callada que te quedaste? Te vi fijándote en un niño en particular.

Un niño que tenía los ojos muy parecidos a los de Marcus.

—Sí, es verdad.

—Pues sabía que estabas pensando en cuando nuestro hijo fuera al colegio como esos niños.

—Admito que me halaga que notaras mi reacción, Marcus; sin embargo, eso fue hace tres meses. ¿Por qué has tardado tanto en mencionarlo?

Marcus suspiró.

—Porque cuando el médico te dijo que te tomaras las cosas con calma, supuse que lo mejor era retrasar hablar de los asuntos más pedregosos con el fin de evitarte preocupaciones. Sin embargo, me gustaría saber... ¿cómo te sientes? ¿Qué es lo que sientes?

—¿Y tú, cómo te sientes? —dijo Donna.

—¡Eso no es justo!

—No me vengas con lo que es justo o no lo es, Marcus.

Marcus vaciló. Analizar sus propios sentimientos era algo bastante extraño para él.

—A veces, trato de imaginar la vida después del nacimiento del niño; pero no puedo, la imaginación no me da para tanto —Marcus estiró las piernas y sonrió—. No obstante, tampoco habría podido imaginarme viviendo contigo y mira, aquí estoy.

—¿Y lo encuentras soportable? —preguntó ella, forzando un tono despreocupado.

—¡Lo encuentro más que soportable! Me gusta, y mucho —si no se contaba que no podía tener relaciones sexuales con ella. Pero, naturalmente, no iba a decírselo—. Lo que más quiero en el mundo es que tú y el niño estéis bien.

Donna asintió.

—Lo sé, Marcus —respondió Donna acariciándose el vientre.

A Marcus, la imagen de Donna con el vientre abultado le pareció infinitamente tierna en ese momento. Pensó en lo valiente que estaba siendo: jamás se quejaba de cansancio ni parecía preocuparle que se le estropeara el cuerpo, como les ocurría a muchas mujeres.

—Pase lo que pase entre tú y yo, Donna, tenemos que hacer un

esfuerzo, tenemos que hacer que todo salga lo mejor posible... por el niño.

—Sí, lo sé —contestó Donna, preparándose para lo inevitable.

Y lo inevitable era que Marcus se marchara de esa casa tan pronto como naciera el niño, y que ella solo lo viera cuando fuese a visitarlo o a recogerlo para llevárselo por ahí.

—Ninguno de los dos hemos tenido infancias muy felices, cielo. Hagamos lo posible para que no le pase lo mismo a nuestro hijo.

La sonrisa de Donna estaba llena de anhelo e in—certidumbre.

Marcus se dio cuenta y deseó estrecharla en sus brazos, pero lo aterrorizaba que Donna pudiera malinterpretar el gesto. Además, no se fiaba de sí mismo. Si la abrazaba... no sabía si podría parar.

Siguieron transcurriendo los días. Pasaban las tardes juntos, y también los fines de semana. Marcus cocinaba y Donna seguía comiendo por dos o tres personas. Jugaban a las cartas y veían la televisión, aunque cambiaban de canal inmediatamente si había algo remotamente relacionado con el sexo.

Leían libros, a veces, el mismo libro; después, cada uno exponía su crítica a la lectura. En ocasiones, estaban de acuerdo; con más frecuencia, las discusiones acababan acaloradamente.

Y acalorado era el calificativo que mejor describía la forma en que Marcus se sentía después de que Donna se fuera a la cama, cosa que, a veces, hacía a las nueve de la tarde. Marcus buscaba distracciones, cualquier cosa que le evitara pensar en lo suave y hermosa que ella debía de estar bajo el edredón blanco.

—¿Te apetece comer algo? —preguntó él con una

tierna sonrisa.

—No tengo mucha hambre esta noche —Donna entrelazó las manos encima de su vientre—. Me parece que no tengo sitio ya para la comida. ¡Ay!

A Marcus se le encendió el rostro.

—¿Se está moviendo el niño?

—Sí.

—¿Me dejas que te ponga la mano en el vientre

para sentirlo?

—Naturalmente.

Donna se enderezó en el sofá para hacerle sitio, temía su reacción al sentir la mano de él en su vientre.

Marcus se sentó a su lado y, casi al momento en que le puso la mano, el bebé volvió a dar una patada.

—¡Vaya, cómo se ha movido! Debe dolerte mucho, ¿verdad, Donna?

Ella negó con la cabeza.

—No, no es dolor exactamente. En realidad, es una sensación fantástica, aunque no puedo describírtelo. Marcus no apartó la mano.

—¿Crees que es un niño?

—Sí —Donna asintió—. O una niña.

—¡Donna!

—¡Marcus! —bromeó ella.

—¿Te habría gustado que nos lo hubieran dicho? En las ecografías rutinarias, les habían preguntadc si querían conocer el sexo del bebé; pero, después de mirarse, ambos negaron con la cabeza simultáneamente.

—No, creo que no —respondió Donna—. Quiero que sea una sorpresa.

A Marcus le dio un vuelco de angustia el corazón.

—Ojalá pudiera dar a luz por ti, cielo.

—Pues lo siento, pero no puedes. De todos modos, te agradezco la intención.

Marcus se preguntó si Donna era tan consciente como él de que tenía los dedos a escasos centímetros de los pechos de ella, que crecían día a día. Se moría de ganas de tocarlos.

Donna llevaba puesto el vestido de maternidad que le había comprado en Londres un día que tuvo que ir, a pesar suyo, a una reunión. El vestido era de terciopelo verde claro, caro y no muy práctico. Cuando lo compró, Marcus pensó que Donna se vería con él como una diosa griega.

—Este vestido te sienta de maravilla —dijo Marcus con voz espesa.

—¿Sí?

—Sí. Pareces un brote a punto de abrirse.

—Es demasiado elegante para llevarlo por casa; pero como solo faltan tres semanas para el parto, creo que lo mejor es que lo aproveche.

—Mmmmm —murmuró Marcus, apenas prestando atención a

las palabras de Donna, consciente solo del bebé que estaba creciendo en el vientre de ella.

Donna se dio cuenta de que Marcus aún tenía la mano por encima de su vientre, y una increíble sensación de satisfacción la embargó. Se sintió a salvo, protegida.

¿Por qué no reclinarse y disfrutar de esa sensación de bienestar? Al fin y al cabo, era una actitud convencional de dos personas que iban a ser padres. Cierto que ellos no eran la más convencional de las parejas, pero... ¿y qué?

Le gustaba sentir la mano de Marcus en el vientre. En realidad, se sentía tan a gusto que incluso iba a apoyar la cabeza en el hombro de él. ¿Y por qué no? Incluso habían acordado que él estuviera presente en el parto, y no había nada más íntimo que eso.

A Marcus, el pulso se le disparó cuando ella apoyó la cabeza en su hombro. ¡Era casi de risa pensar que un gesto sencillo de afecto como ese pudiera procurarle semejante placer! Y era incluso más irrisorio el hecho de que se sintiera tan novato. Bueno, en realidad, era un novato en esa situación. Nunca había hecho el amor con una mujer embarazada...

Y tampoco iba a hacerlo ahora, se dijo a sí mismo con firmeza. ¡Lo único que Donna estaba haciendo era apoyarle la cabeza en el hombro!

Donna cerró los ojos y se quedó medio adormilada. Incapaz de resistirlo más, Marcus subió ligeramente el dedo y le acarició un hinchado pecho, y contuvo la respiración por miedo a la posible reacción de Donna.

Ella suspiró.

Marcus continuó acariciándola y, en esa ocasión, el suspiro de Donna fue muy placentero. Él, animado, se sintió más audaz. Empezó a frotarle el pezón hasta hacerla moverse, hasta hacerla gemir.

—¿Donna? —inquirió Marcus con voz suave. Donna abrió los ojos y lo encontró mirándola.

—¿Mmmmm?

—¿Te he despertado?

—No estaba dormida.

—¿Estabas haciéndote la dormida? —preguntó él de repente.

Donna se sintió perezosa y cómoda.

—Sí. Todo un atrevimiento por mi parte, ¿verdad?

—¿Por qué molestarte en fingir?

—Supongo que porque pensaba que, si fingía estar dormida, podía seguir disfrutando de lo que estabas haciendo sin preguntarme si debía dejarte.

—No te sientas culpable.

—Eso es fácil de decir.

—No pienses, disfruta —la idea de que Donna quisiera que la tocara lo excitó hasta casi volverle loco—. La verdad es que tenía miedo de que dieras un salto y me abofetearas por tocarte.

—En mi estado, dudo mucho que pueda saltar —comentó ella burlonamente.

Marcus notó la nota ronca de la voz de Donna. Quería que continuara, estaba seguro.

—Bueno, me parece que voy a seguir con lo que estaba haciendo. Quién sabe, puede que te ayude a dormir.

—Es posible —respondió ella nada convencida, y volvió a cerrar los ojos.

Marcus tenía miedo de no ser capaz de parar nunca. Y debía hacerlo en el momento en que notase la mínima resistencia en Donna.

Marcus continuó acariciándole los pechos y la oyó suspirar de placer. Solo un tonto no— se daría cuenta de que Donna llevaba meses deseando aquello.

Marcus le sonrió junto a los labios.

—Podría pasarme la noche besándote. Ella abrió los ojos.

—Y puede que yo te dejara.

—¿En serio? —murmuró él.

—Sí, en serio.

Donna pensó que Marcus iba a empezar a desnudarla en ese momento, pero no lo hizo. En vez de eso, le soltó la cinta que le sujetaba el pelo, liberándolo.

—Sacude la cabeza —susurró él. Donna lo obedeció y el cabello le cayó en cascadas por los hombros.

—Eres mi sueño convertido en realidad, Donna

¿Lo sabías?

«No, tú eres mi sueño», pensó ella. «Tú eres n sueño convertido en realidad y te amo».

Marcus empezó a acariciar el cuerpo de Donr hasta hacerla arder de deseo. Entonces, con cuidad le subió el vestido hasta la cintura, dejando al descíBIA bierto su abultado vientre.

—No —dijo ella inmediatamente.

—¿No qué?

—Que no me mires.

—Pero si eres preciosa.

—No lo soy, estoy...

—Sí lo eres —le contradijo Marcus—. Grande y fu< te y maravillosamente madura.

Donna se dio por vencida y le dejó rodearla ha: ponerle las manos en las firmes nalgas. Le dejó t sarla en los párpados, en la punta de la nariz y en I contornos de la boca. Le sintió tocarla en ese luj cálido y húmedo... hasta encontrarse perdida en erótico mundo que Marcus había creado.

Donna murmuró el nombre de él, y luego comí zó a moverse al ritmo que Marcus marcaba.

Él, mirándola, continuó acariciándola, maravil do con los movimientos de las piernas de ella. Sabia que era más práctico llevarla a su dormitorio, pero también sabía que Donna estaba al borde del clima

La pena era que todo iba a ser muy rápido, penso Marcus mientras observaba el frenético movimiento de las caderas de Donna.

Ella sintió el primer espasmo de placer recorrerle todo el cuerpo... hasta hacerla temer morir de placer. Y gritó el nombre de él.

Marcus la llevó en brazos hasta su dormitorio y la desvistió como si se tratara de una niña; después, sacó el camisón de debajo de una almohada y se lo puso por la cabeza.

Cuando la cubrió con el edredón, ella estaba adormilada y Marcus estaba dolorido de excitación; y sabía que si no se marchaba de allí inmediatamente...

Había empezado a caminar de puntillas hacia la puerta cuando la voz de ella lo hizo detenerse.

—¿Marcus?

Marcus se volvió.

Los ojos de Donna estaba muy abiertos.

—Ven a la cama.

Él sacudió la cabeza.

—No, estás cansada y necesitas dormir. No importa —mintió él.

—Sí que importa. Quiero abrazarte. Quiero que me abraces.

—¿Y si digo que no?

—¿Quieres obligarme a levantarme y a correr detrás de ti por toda la casa? ¿En mi delicada condición? —dijo ella en tono burlón.

Marcus sonrió.

—Bueno, que no se diga que no he intentado comportarme como un caballero.

—Y yo no voy a dejarte.

—En ese caso... —Marcus le lanzó una mirada felina mientras cerraba la puerta antes de empezar a desabrocharse la camisa.

Marcus no quería asustarla, por lo que decidió desnudarse despacio. Y la vio observándolo, claramente disfrutando de lo que veía. Y cuando se metió en la cama, descubrió que Donna temblaba casi tanto

como él.

Donna le rodeó el cuello con los brazos casi tímidamente.

—Voy a hacerte el amor —dijo ella. Marcus sacudió la cabeza.

—No, cielo, recuerda lo que ha dicho el médico nada de sexo.

—Hay muchas formas de hacerlo, ¿no?

—Sí, sí, las hay.

—Quiero darte el mismo placer que tú me has dad a mí —susurró Donna—. ¿Quieres enseñarme cómo?

La inocencia de la pregunta de Donna le tomó p(sorpresa, al igual que la confianza que demostrat tener en él al hacerle la pregunta.

—Puedes apostar lo que quieras a que lo hare —murmuró Marcus.

Capítulo 13

DONNA le despertó en mitad de Ja noche. —¡Marcus! —dijo ella con cierta ansiedad—. ¡Siento algo extraño!

Perdido en el recuerdo del orgasmo más maravilloso de su vida, Marcus se movió en la cama.

—Mmmm. Yo lo he sentido.

—¡Hablo en serio!

Alarmado, Marcus se incorporó y abrió los ojos.

—¿Te refieres al bebé?

—No estoy segura. Marcus frunció el ceño.

—¡No puede ser! Todavía faltan tres semanas.

—Los niños, a veces, se adelantan.

—No te muevas —Marcus le puso un brazo alrededor de los hombros y la estrechó contra sí una vez que volvió a tumbarse—. Vamos a esperar un momento a ver qué pasa, ¿de acuerdo?

—De acuerdo.

Los dos se quedaron muy quietos, conteniendo la respiración. Después, soltaron el aire al unísono. Marcus le acarició el cabello.

—No se me ocurre ninguna manera más agradable de esperar, ¿y a ti?

—A mí tampoco —contestó ella apoyando la cabeza en el pecho de él.

Marcus guardó silencio unos momentos. Había cosas que quería preguntarle, pero no sabía si aquel era el momento adecuado. Quizá nunca fuera el momento adecuado.

—¿Qué te pasa? —murmuró ella.

—¿Cómo sabes que me pasa algo? —Marcus sonrió en la oscuridad.

—Porque te he sentido tensar los hombros, como te pasa siempre que quieres hacer una pregunta difícil. Marcus lo pensó.

—Me conoces ya muy bien, ¿verdad, Donna? Donna se sintió protegida por la oscuridad, y 1(suficientemente segura de sí misma para ser sincera.

—Creo que siempre te he conocido. Lo que pasa e que, antes, no me sentía tu igual.

—¿Y ahora sí?

—Sí, claro que sí.

Marcus respiró profundamente; pero antes de pe der hablar, Donna lo hizo por él.

—Quieres saber si eres el único amante que he tí nido, ¿no es eso, Marcus?

A Marcus, la percepción de ella le dejó perplejo.

—No tengo derecho a hacerte esa pregunta.

—Sí que lo tienes. Pero tienes que estar dispuesto escuchar cosas que preferirías no saber. Marcus suspiró.

—Supongo que esperaba un imposible. Donna sonrió.

—¿Y qué? Todos tenemos derecho a esperar eos imposibles, ¿o creías que tú eras inmune a eso? por ejemplo, desearía que nunca hubieras estado con otra mujer, pero no es así.

—Es verdad, he estado con otras mujeres —Marcus hizo una pausa antes de continuar—. Sin embargo, ¿qué pensarías si te dijera que no ha habido ninguna mujer que me hiciera sentir lo que me haces sentir tú?

—¿Y qué pasaría si te dijera que, en mi vida, solo ha habido otro hombre...?

—¿Te amaba?

—Sí, mucho.

—¿Pero tú no lo querías a él de la misma forma?

—No —respondió ella con voz queda. ¿Cómo podía haberlo querido si al único hombre al que había amado era Marcus?

—¿Sabes una cosa? Todavía no hemos hablado de lo que va a pasar una vez que el niño haya nacido —dijo Donna.

Marcus sabía el motivo por el que no habían hablado del tema: era demasiado doloroso.

—Bueno, supongo que, para mí, lo más importante es saber con qué frecuencia voy a poder ver al bebé.

—¿Te refieres a cómo vamos a arreglar tus visitas periódicas?

Marcus asintió. La frialdad de la frase le hizo parpadear.

—Si quieres, podemos ir a un abogado para que lo arregle.

Donna levantó la cabeza del pecho de Marcus y se inclinó sobre él.

—¿Es eso lo que quieres?

Marcus lanzó una amarga carcajada.

—Lo que yo quiera no tiene importancia.

—¡Claro que la tiene! —exclamó ella con pasión—. ¡Tú eres el padre!

—¡Solo el padre biológico! —le espetó él.

—¿Y qué otra clase de padres hay?

—¡Los de verdad! Los que limpian la nariz a sus hijos cuando tienen catarro. Los que van al parque con sus hijos a darle patadas a un balón. Los que les enseñan a montar en bicicleta.

—¿Y si es una niña? —preguntó Donna.

—¡Lo mismo! —gruñó Marcus—. ¡Y no trates de cambiar de tema, Donna! A ti no te importa hablar de qué pasaría si yo conociera a otra mujer, pero no pareces darle importancia a lo que sería para mí si tú tuvieras relaciones con otro hombre, ¿verdad? ¿Qué haría yo, aguantarme cuando viera a mi hijo, o hija, llamar «papá» a otro? Creo que no lo soportaría.

—¿Por qué estamos discutiendo sobre un hombre imaginario en un momento como este? —le pregunte Donna—. Creía que los dos habíamos tenido una ex periencia mutuamente satisfactoria...

Marcus suspiró.

—Ese es el problema.

—¿Y por qué es un problema?

—Porque hace que me dé cuenta de lo much que... te deseo —no parecía la palabra apropiada, pero valía de momento—. Te deseo más que nunca, Donn; Y lo peor es que el sexo solo ha empeorado las cosa me ha hecho darme cuenta de lo que me falta.

Era verdad, la experiencia sexual que había compartido hacía poco lo había cambiado todo. Donna tenía la sospecha de que, a veces, las mentes < los hombres y de las mujeres apuntaban en la misn dirección, pero siguiendo rutas diferentes para lleg al mismo sitio. Ella lo amaba, lo sabía. Y se le oc rrió pensar que, en el fondo, Marcus también la arriba. Pero no quería forzarlo a nada.

—¿Quieres decir que quieres que empecemos a tener relaciones sexuales con regularidad? —pregunto ella en tono casual.

Marcus encendió la luz y Donna, después de parpadear, lo vio mirándola furioso.

—¡No!

Donna fingió sorpresa.

—¿No quieres hacer el amor conmigo?

—¡Sí!

—Marcus, si vas a seguir gritando como un energúmeno, te sugiero que te vayas a tu habitación.

—¡Si no estuvieras embarazada, te daría unos azotes!

—Si no estuviera embarazada, tú no estarías aquí, amiguito.

—¿Y quién lo dice?

—¡Lo digo yo!

—¡Sí que estaría aquí! Se hizo un breve silencio.

—¿Sí? —preguntó Donna después de tragar saliva.

—¡Claro que estaría aquí! Porque antes o después, habría recuperado la razón y me habría dado cuenta de lo mucho que te quiero. Sí, Donna, te quiero.

Donna se lo quedó mirando. ¿Hablaba en serio? ¿Era cierto que su sueño se había convertido en realidad?

—Te amo, Donna —repitió Marcus suavemente antes de abrazarla—. Si no hubiera sido tan estúpido, lo habría reconocido mucho antes.

La felicidad que Donna sintió fue tan pura, que casi se mareó.

—Yo también te quiero —contestó ella suspirando—. ¡Oh, Marcus!

Él le acarició un brazo.

—¿Mmmm?

—Podríamos haber estado así desde mucho antes... Marcus sacudió la cabeza.

—No, cielo —dijo él con ternura—. Los dos éramos demasiado jóvenes... y teníamos demasiados prejuicios sociales. Yo era demasiado arrogante y tú era; demasiado...

—¿Demasiado qué?

—Demasiado buena para mí —contestó él con pasión.

Donna sonrió y no le corrigió. Al fin y al cabo, ningún hombre le sentaba mal respetar a la mujer de su vida

—Teníamos que estar separados para poder...

—¡Marcus! —le interrumpió ella con repentina angustia.

—¿Qué?

Donna jadeó, su expresión mostró miedo.

—El niño, Marcus. ¡Va a nacer!

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque lo sé!

—¡Es un niño! —exclamó la matrona mientras niño lanzaba su

primer grito—. Un niño precioso. La mujer le dio el niño a Donna, lo depositó en vientre, y añadió:

—Y creo que es el niño más largo que he visto mi vida. Va a ser tan alto como…

—Como su padre —dijo Donna con la respiracion entrecortada, y sonrió a Marcus mirándolo a los ojos.

—¿Quiere cortarle el cordón umbilical, señor King? —preguntó la matrona.

Marcus, hasta ese momento, se había considera un hombre con gran confianza en sí mismo, pero sabía que sería capaz de hacer cualquier cosa antes que hacer algo que pudiera dañar a su hijo.

—Prefiero dejárselo a los expertos —respondió Marcus con una fatigada sonrisa—. Y mi apellido es Foreman.

—Ah, ¿sí? —comentó la matrona con acentuada despreocupación.

Marcus la miró con el ceño fruncido.

Una vez que el cordón estuvo cortado, la matrona dejó al bebé con Donna.

—Ahora, lo que suelo hacer, es ir a preparar a los padres una taza de té —explicó la mujer—. Eso les deja unos minutos a solas con su hijo.

Una vez que se hubo marchado la matrona, Donna y Marcus se miraron con incredulidad.

—Está aquí —dijo Donna—. No sé por qué, pero me da la impresión de que así es como tenía que ser.

Marcus tragó saliva al tiempo que se agachaba para retirarle a Donna un mechón de cabello de la frente. Estaba sobrecogido por la emoción, y sentía un amor tan puro, que se juró a sí mismo nunca olvidar aquel momento.

—Gracias, Donna —dijo Marcus simplemente.

—¡De nada! —respondió ella con ojos brillantes—. ¿No te parece precioso?

—Claro que lo es. Igual que su madre.

—¡No, mucho más que su madre! —insistió ella—. A propósito, vamos a tener que decidir pronto cómo vamos a llamarlo, no podemos seguir llamándolo «niño» mucho más tiempo. ¿Alguna sugerencia?

Marcus se encogió de hombros.

—Se me ha ocurrido algún nombre que otro, pero tú primero.

—Bueno, a mí me gusta bastante Nick —dijo Donna acariciando la pequeña cabeza—. Tu padre se llamaba Nick y mi madre Nicola, así que he pensado que...

Donna se interrumpió porque, en ese momento, entró la matrona, que miró a Marcus con una expresión interrogante.

—Bien, ¿ha tomado ya una decisión? Marcus sonrió.

—No completamente, pero... a los dos nos gusta el nombre de Nick.

La matrona lo miró con desesperación.

—¡Señor Foreman! ¿Es que no va a pedirle nunca a esta chica que se case con usted?

Los pálidos ojos azules de Marcus se llenaron de humor al mirar a Donna.

—Puede que no me acepte.

La matrona lanzó un suspiro destinado a mostrar que no soportaba la falsa modestia.

—¿Quieres casarte conmigo, cielo? —pregunto Marcus con voz suave.

Donna estuvo a punto de echarse a reír de pura felicidad al tiempo que la boca de Nick, que se acababa de quedar dormido, se abría y soltaba el pezón.

—Marcus, no tienes que casarte conmigo por el niño...

—¡No es por eso! —dijo él rápidamente—. Quiero casarme contigo porque te amo. Más de lo que puedes imaginarte. Iba a proponértelo antes, pero... nos dormimos.

Marcus sonrió traviesamente.

—¡Marcus!

Marcus se agachó al lado de la cama, de tal mai ra que sus rostros quedaron muy cerca.

—Por favor, Donna, di que sí. Dime que te vas casar conmigo.

—Sí —y Donna esbozó una sonrisa radiante—. Claro que voy a casarme contigo.

—¡Felicidades! ¡Ya era hora! —exclamó la matrona, y se inclinó sobre Donna para quitarle al niño de los brazos—. Tú y yo nos vamos a ir un ratito porque voy a limpiarte, jovencito. Y también porque tu padre acaba de pedirle a tu madre que se case con él, y ahora quieren estar unos minutos tranquilos y a solas.

Donna sonrió mientras la matrona, con el pequeño Nick en los brazos, salía de la habitación y cerraba la puerta tras sí. Por extraño que resultase, ya echaba de menos la presencia de su hijo.

Pero entonces, abrió los brazos a Marcus, que estaba a punto de romper varias cláusulas del reglamento de los hospitales, ya que se estaba quitando los zapatos y disponiéndose a meterse en la cama con Donna.

Una vez en la cama, Marcus la abrazó y la miró a los ojos.

—¿Cuándo vamos a casarnos? —preguntó él.

—¿Te parece que nos casemos ahora? —respondió ella suavemente.

Se besaron hasta que Marcus le advirtió que, si no paraban, iba a dejarla embarazada otra vez. Por lo que se contentaron con permanecer abrazados.

Y así fue como los encontró la matrona cuando fue a devolverles a su hijo: los dos profundamente dormidos y pegados el uno al otro en la cama del hospital.

El bebé empezó a llorar y ambos padres abrieron los ojos al instante.

—Es tu turno —murmuró Donna adormilada.

—Será un placer —respondió Marcus.

Marcus se levantó de la cama con cuidado para no molestar a Donna y, después, con suma ternura, tomó a su hijo en los brazos y comenzó a acunarlo.

Sharon Kendrick — Secreto de mujer